

SELECTA



Revista Mensual

AÑO I

TOMO I = MARZO 1909-1910

EMPRESA ZIG-ZAG, Editores
CALLE TEATINOS N.º 666, SANTIAGO

Marzo de 1909 - Abril de 1910

Grabados	Págs.	Págs.	
El Compromiso, cuadro de O. Erdmann (Portada)	1	Batalla de Lacar	160
Antigua puerta del Convento de San Francisco. El templo de Santo Domingo	3	Retrato de la señora E. Huici de E.	162
Casa del siglo XVII en Santiago	4	Un antiguo palacio boliviano	163
Antigua casa del Conde de la Conquista (siglo XVIII)	5	De Bolivia, 164 y	165
Claustro de San Francisco	6	Servicio de amor, cuadro de Erdmann	167
Casas del fundo San José	7	Don Crescente Errázuriz	169
Grupo de animales	8	Venecia	172
Franz Helz, retrato	9	Retrato de Mariano Moreno, en colores	179
Fotografía artística de don Luis Navarrete	11	El ave amiga, cuadro de O. Grashey	180
Autógrafo de O'Higgins	12	La infanta Margarita, cuadro de Velásquez	182
Sé honrada, cuadro de N. Veruda	13	Paisajes de don Alberto Orrego Luco, en colores	183
Cuadro de Salvador Smith en colores	15	El fundo San Carlos	187
Caricaturas de Smith	18	Paisaje de Rusiñol	191
Retrato de A. Smith	19	Retrato de Heine	193
Paisaje de Smith	22	Escultura de María L. Isella	194
Ilustraciones de don P. Subercaseaux	25	Don Manuel Montt	195
El Palacio Real de Berlín	26	Isidoro Errázuriz	198
S. M. el Emperador de Alemania	27	La Moda en un restaurant elegante	200
S. M. la Emperatriz de Alemania	28	Don Eduardo Suárez Mujica, retrato	203
El príncipe imperial de Alemania y familia	28	El Presidente de Venezuela, general Juan V. Gómez	204
Don Eusebio Lillo en su escritorio	29	Edgard Poë	205
Don E. Lillo en la intimidad	30	Se acabó el hogar, cuadro de Harris	208
Grabado japonés	31	Retrato de Reynolds	209
En las puertas de un templo japonés	32	Paisaje del sur de Chile	211
Bocetos japoneses	33	Mistral, retrato	212
Orville Wright	34	Pedro N. Pránder	215
Wilbur Wright	35	Proyecto de frontón del Palacio de Bellas Artes. Santiago de Chile	217
Viña del Mar. Chalet Ross	36	Lady Wallcourt de Lawrence	227
Un conservatorio de orquídeas	37	El ferrocarril Pan-Americano. Tricromía.	239
Jardín del señor J. Magalhaes. Viña del Mar	38	Coquelin	244
Catedral de Amiens	39	Primavera de Amor, cuadro de A. Seifert	250
Los héroes de Iquique. En su juventud	41	Paisaje de Onofre Jarpa	254
Autógrafo de A. Prat	42	Don Marcial Martínez	255
La Cena. Leonardo de Vinci	43	Wanda de Zaremska	258
Corazón de Marino	45	La vuelta, cuadro de C. Molis	261
Un naufragio	46	La despedida del torero, cuadro de P. Salinas	266
Retrato de don Isidoro Huneus por don P. Lira	47	En el Mar y en el Campo. Fotografías artísticas	267
Café, cuadro de don P. Lira	48	La Primavera de los muertos, en colores	269
Flor Silvestre, cuadro de Lira, en colores	51	Cuando renace la vida, cuadro de Rudolf	274
La Crónica de P. Bertaid	53	El profesor R. Altamira	275
Don Julio Zegers, retrato	56	Claudio Arrau	278
General San Martín, retrato	57	Ensueño, cuadro de S. Lieck	282
Chopin	58	¡Buenas Noches! S. Hom	290
Paisaje japonés de Yochida	59	Cuadros de Alvarez de Sotomayor, uno en colores	292
Retrato de don Jorge Montt	60	El Cerro de Santa Lucía	293
San Antonio, bajo relieve de Puech	61	Las segadoras, cuadro de Bretón	294
El poeta Swinburn	62	Estatua en mármol de la señorita Luisa Isella	296
Trafalgar, cuadro de De Martino	63	Señora Teresa Bezanilla de Hübner, retrato	297
Juana de Arco	64	Franz Litz y Wagner, retratos	301
Ante el Tribunal de la Inquisición	68	La pesca, de Delapoeur Bowning	304
Pirque. Palacio	69	Retrato del héroe de Tarapacá, don Eleuterio Ramírez, en colores	306
Caballerizas de Pirque	69	El marqués de Ito	310
Don José Alfonso	70	Santa Bárbara, cuadro de Palma, el viejo	313
El Descendimiento, cuadro de Rubens, portada	71	Clara Della Guardia	315
La Emperatriz Josefina	72	S. M. el rey Leopoldo de Bélgica, busto de Vincotte	317
Paulina Bonaparte	73	Viejas canciones, cuadro de Toussaint	321
Vistas de París	74	Arquitecturas	324
Don E. Soro	75	Don Guillermo Bled Gana	336
Foglio d'Albur. Música de Soro	76	José Enrique Rodó	329
Viaducto del Malleco	77	La partida de ajedrez, Milton Fischer	328
Puentes de Chile	78	Tigre en acecho	327
La lección de geografía, cuadro de Valenzuela Puelma	80	La pesca, cuadro de Forbes	328
La Resurrección de la hija de Jairo, cuadro en colores de Valenzuela Puelma	81	Ensueño. Schumann	332
La Marquesa de Londonderry	83	El Emperador Nerón	335
Frontón del Museo de Bellas Artes de Santiago	84	Zaragoza, monumento de Querol	336
Mendelsshon	84	Grabados de la Escuela de Bellas Artes	339
Adiós de Dicksee, en colores	85	Cuadro de E. Molina, en colores	342
La Juventud de Walter Releigh, en colores	85	Señorita Julia Gana	347
La hora de baile, cuadro de Schuzler, en colores	87	El baño de la niña, cuadro de Edward Pointer	349
El puritano en peligro, cuadro de Millais, en colores	89	La Diana Moderna, de C. W. Turse	350
Perdidos, grabado en madera, cuadro de C. Palezieux	90	Un salvamento al amanecer, cuadro de Stanhope A. Forbes	353
Vistas de San Juan de Chena 88 y	93	La hora de la marea, Lucy E. Kemps	354
Amores que pasan, cuadro de Albano	94	El suplicio de Tántalo, C. de A. Printer	356
Cosecha de arroz en Japón	97	Vistas del Pabellón Argentino	358
En un campo de Lotos, Japón	100	Gavarni	361
Fotografías artísticas de Navarrete 96 y	101	El corazón de una geisha, ilustraciones en colores	365
La Mosquée de Hamidich. Vistas de Turquía 99 y	103	Barbey d'Aureville	367
Madonna de Andrea del Sarto	106	Niño del volatín, escultura de Lidia Berroeta	368
Retrato de S. Rusiñol	106	Adoptado, cuadro de Walter Hunt	369
Vista de Florencia. La Virgen de la Silla 105 y	108	Retrato de Swinburne	375
Paisaje de Helsby	111	La Catedral de Milán	376
Paisaje de Helsby en colores	112	Magdalena penitente. Galería Brera	377
Don Emilio Mitre, retrato	115	Bosquejo de Plafond. Tiepolo	379
El general Dublé, retrato	117	Ultimo retrato de Alfonso Daudet	381
Grupo de animales de Potter	118	Laberinto de Barcelona, Rusiñol	382
El sísmógrafo de Santiago, 116 y	119	Proyecto de monumento de la colonia francesa para el Centenario chileno	351
Miss Sildones, por J. Reynolds	123	Mlle. de Romas, por Drouais, en colores	373
Pedro A. González	124	Cabeza de estudio, en colores	385
Don Carlos L. Heichner	126	Rosa, ilustraciones de P. Subercaseaux	388
El Marqués de Cañada Hermosa, don José T. Ruiz de Azúa en colores	129	Eduardo de la Barra, retrato	400
Valparaíso	130	El Ancla, cuadro de Stanhope	401
Sachem 128 y	131	El te en la terraza, J. M. Avy	402
Los Rastrojos, cuadro de Millais	132	Un virtuoso, de León Guipon	402
Un rincón del sur de Chile	135	Buena pipa, dibujo de Renonard	403
Los hijos de Carlos I, cuadro de Van-Dick	137	Retrato de Juan Lorenzo Bernini	404
El general Bálnes	141	Santa Teresa, por Bernini	405
El general Borgoño, cuadro en colores de Monvoisin	143	Busto en mármol de Francisco I de Este, por Bernini	406
El obispo Elizondo, retrato de Monvoisin	145	Monumento del Papa Alejandro VII, por Bernini	411
El bergantín "Meteoro" en colores	146	La amazona, dibujo de Harrison Fischer	412
Tallaví	149	Gourmandise, de M. Chrétien	413
La Libertad, monumento a Garibaldi	153	Aristócratas y plebeyos. Lucy E. Kemp-Welch	414
Don Vicente Blasco Ibáñez	155	Los ordenanzas, E. Meissonier	416
El regadío en la República Argentina 148 y	157	Primavera	417
La Mujer de la Regalia, Vigée Lebrun	159	Las nodrizas, de Etcheverry	418
Murillo, Virgen	159	Víctimas del mareo	418
Roca viva. Ilustraciones de don Pedro Subercaseaux 156 y	159	Tocadora española, de Villegas	420
Don Carlos de Borbón	159	Los cuentos de Andersen	425
		Retrato de Mr. Bryan	425

	Págs.		Págs.
Vistas de París.....	427	En casa de Petronio... , por Angel C. Espejo.....	198
En colores: El bosque silencioso, cuadro de Eduardo Rudi-	383	El gobierno de sí mismo, por Eleodoro Astorquiza.....	201
suhli	407	El nuevo Presidente de Venezuela, general J. V. Gómez.....	204
Las jóvenes en el jardín, de Leiong.....	423	Las desgracias y el genio de Edgar Poë.....	205
Madame Recamier, por David.....	423	Una Cena de Beethoven, por Julio Janin.....	207
Artículos			
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	2	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	210
Viejas Crónicas, por Eclair.....	3	Federico Mistral, por A. Orrego Barros.....	212
La Vida en el Campo.....	7	Las Plegarias que no se confunden, por Maurice Barrés.....	213
Milagros, por M. J. Ortega.....	10	Pedro N. Préndez, por Miguel Luis Rocuant.....	215
La Corona.....	13	El Perdón de las Injurias, por Mauricio Maeterlinck.....	218
Antonio Smith, por Luis Orrego Luco.....	17	Angamos, por B. Vicuña Mackenna.....	221
La Apuesta de Crillón.....	21	Rafael, Rembrandt y Velásquez, por Richón Brunet.....	224
El Emperador de Alemania.....	25	Vidas Intensas, por E. Gómez.....	226
Don Eusebio Lillo, por Miguel Luis Rocuant.....	29	Simón y Juan F. González, por Joaquín Fabres.....	228
El Bansal de Hiranuma, por Angel C. Espejo.....	31	El ferrocarril Pan-Americano, por Santiago Marín V.....	233
El Dominio del Aire, por Científicus.....	34	Juegos de Invierno, por Gabriel del Mar.....	234
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	40	La Sombra de Don Quijote, por Amanda Labarca H.....	236
El Combate de Iquique, por Vicente Zegers.....	41	El Arte del Comediante, por Coquelin.....	239
De Cristo á Judas, por C. Silva Vildósola.....	43	Charlas, por Carlos Luis Hübner.....	241
Corazón de Marino, por Juan Aicard.....	45	Revista de Revistas, por Omer Emeth.....	242
Don Pedro Lira, por B. Vicuña Subercaseaux.....	47	La que pasa, G. Labarca Hubertson.....	243
Diálogos Paradójicos, por René Vinci.....	51	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	245
Don Julio Zegers, por Luis Orrego Luco.....	53	Las Expediciones al Polo Norte.....	247
El 25 de Mayo.....	55	Onofre Jarpa, por Richón Brunet.....	250
En el Parque Monceau, por Alberto Mackenna S.....	57	Don Marcial Martínez.....	253
Algernon Charles Swinburne, por Miguel Luis Rocuant.....	61	Wanda de Zaremska, por Angel C. Espejo.....	255
Juana de Arco, por Omer Emeth.....	63	Las Rosas, por Guy de Teramond.....	257
Un sabio en la Academia Francesa. Mr. Berthelot.....	65	El Novenario de Animas, por Narciso Oller.....	259
El cirque.....	68	Vida doméstica en un templo budhista.....	262
Don José Alfonso, por Ricardo Montaner Bello.....	70	Del Diario de un Sentimental, por J. M. Pedraza.....	265
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	70	Memorias, por S. Rusiñol.....	267
Los terremotos de Italia.....	71	Roma, por B. Vicuña Subercaseaux.....	270
Las Mujeres en el Primer Imperio, por Pierre d'Ozon.....	71	El profesor Altamira, por Mont-Calm.....	274
Recuerdos de París, por Mont-Calm.....	73	Claudio Arrau León, por A. Orrego Barros.....	275
Enrique Soro.....	74	Revista de Revistas, por Omer Emeth.....	276
Los Ferrocarriles del Estado, por Santiago Marín Vicuña.....	76	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	279
Auredo Valenzuela Pueima, por Richón Brunet.....	78	La Magna Lección, por Wini.....	281
Veladas, por Jacobo Edén.....	81	La Zamacueca, por B. Vicuña Subercaseaux.....	283
Mendelssohn, por Kean.....	83	Siluetas Filosóficas, por R. Sanhueza Lizardi.....	286
Los trajes en el arte, p. 84.....	85	Amistad de Solteras, por J. E. Barríos.....	288
El Centenario de Espronceda, por Enrique Piñeyro.....	86	Don F. Alvarez de Sotomayor, por J. Fabres.....	290
La Vida en el Campo.....	88	El Cerro Santa Lucía, por G. Verra.....	292
El Abanderado, por A. Danget.....	91	Charlas, por Carlos Luis Hübner.....	296
¡Sayonara! por Angel C. Espejo.....	93	Franz Listz y Ricardo Wagner.....	297
La Fotografía Artística, por Luis Navarrete.....	96	Tarapacá, por G. Labarca H.....	300
Los Asuntos de Turquía, por Luis Orrego Luco.....	99	El Marqués Ito, por Angel C. Espejo.....	304
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	102	La Catedral, por V. Blasco Ibáñez.....	307
Santiago Rusiñol, por Gabriel del Mar.....	103	Clara della Guardia, por Jorge Huneeus.....	310
Flores, por B. Vicuña Subercaseaux.....	105	Revista de Revistas, por Omer Emeth.....	312
Conversaciones sobre Arte. Helsing, por Richón Brunet.....	108	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	314
Don Emilio Mitre, por Mont-Calm.....	111	Observaciones, por Jacobo Edén.....	315
La Batalla de Tacna, por el general Dublé.....	112	El Centenario de Tennyson, E. Diez-Canedo.....	316
El Observatorio Sismológico de Santiago de Chile, por el	116	Stella Matutina.....	317
Conde de Montessus de Ballore.....	116	Al Pasar... , por Eclair.....	318
Pedro A. González, por Miguel L. Rocuant.....	119	Literatura Femenina.....	320
Palabra y Cara de Caballero, por Inocencio Conchali.....	122	Algo sobre Arquitectura, por Niksur.....	321
Charlas, por Carlos Luis Hübner.....	123	Don Guillermo Blest Gana, por Miguel Luis Rocuant.....	324
El Marqués de Cañada Hermosa, por A. de la Cerda y Ruiz.....	125	José Enrique Rodó.....	326
Valparaíso, por Forward.....	126	La Siembra, por G. Labarca Hubertson.....	330
Sachem, por Sienkiewicz.....	128	Los Secretos de la Antigua Roma.....	331
Hijos de la Niebla, por Wini.....	131	Ernesto Molina, por Richón Brunet.....	337
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	134	Charlas, por Carlos Luis Hübner.....	339
Un caso de cobardía doble, por Inocencio Conchali.....	135	Rosas de Noviembre, Gabriel del Mar.....	340
Conversaciones sobre Arte, por Richón Brunet.....	137	El Fin de Nápoles, por Matilde Serao.....	344
Una hermosa obra. Recuerdos del bergantín "Meteor", por	140	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	348
el Almirante Silva Palma.....	140	Una comida en casa del Almirante Blanco, por Va Guerra.....	350
Tallaví, por Iris.....	143	Recuerdos de otra Edad, por Enrique Nercasseau y Morán.....	356
La Mano Maldita, por R. Maizeroy.....	144	Gavarni, por Richón Brunet.....	358
V. Blasco Ibáñez, por Miguel L. Rocuant.....	146	El corazón de una geisha, por Kyoto.....	361
El regadío en la República Argentina, por Santiago Marín V.....	148	Barbey d'Aureville, por Magallanes Moure.....	365
El origen de la vida.....	150	Otros Barrabases, por Inocencio Conchali.....	367
Chilenos fuera de Chile, por Carlos Silva Vildósola.....	153	Entrevista con Swinburne.....	369
Roca Viva, por G. Labarca Hubertson.....	156	En Extremadura.....	371
Don Carlos de Borbón, por Luis Orrego Luco.....	159	La Catedral de Milán, por B. Vicuña Subercaseaux.....	375
Independencia de Bolivia, por F. Santiván.....	163	Recordando á Daudet, por Gabriel del Mar.....	379
Revista de Revistas, por Omer Emeth.....	166	Revista de Revistas, por Omer Emeth.....	380
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	168	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	384
Con don Crescente Errázuriz, por J. Peña Castro.....	169	Rosa, por Wini.....	386
Un Libro Raro, por J. T. Medina.....	171	Los Líricos y los Epicos, por Miguel Luis Rocuant.....	387
Venecia, por Benjamín Vicuña S.....	172	Filosofía Optimista.....	400
Mariano Moreno, biografía.....	179	El Caballero Bernini.....	403
Conversación artística sobre don Alberto Orrego Luco, por	183	Las Jóvenes en el Jardín, por René Boylesve.....	407
Richón Brunet.....	183	Charlas, por Carlos Luis Hübner.....	410
Idilio y Tragedia, por Salvador Rueda.....	185	Flores Marchitas, por Rosa Hochstetter.....	412
Vida en el Campo.....	187	Gambetta.....	415
El Ingerito de los órganos vitales.....	189	Cuadros de Controversia.....	417
Ante la tumba de Heine.....	192	Los Cuentos de Andersen, por Amanda Labarca H.....	420
Centenario de don Manuel Montt, por Wanderer.....	195	La Casa de la Señorita Mariposa, por José Zahonero.....	422
		Federico Chopin, por E. Georgi.....	424
		William J. Bryan.....	425
		París.....	427

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I.—Núm. 1

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago, Abril de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso



EL COMPROMISO.—Cuadro de O. Erdmann

HECHOS Y NOTAS

LA política de los Estados Unidos de Norte América tiene para las Repúblicas del Sur, y en especial para Chile, una importancia considerable. En tanto que las cuestiones nacionales suscitadas en Francia, Alemania, Italia é Inglaterra solo se nos representan como un espectáculo esencialmente humano, y casi diríamos teatral ó de romance, en el cual los héroes son pueblos, los acontecimientos públicos de los Estados Unidos revisten ante nuestros ojos la forma de un drama indirectamente mesclado al de nuestra propia existencia. Hoy están las cuestiones internacionales de Chile en el Norte, las de Tacna y Arica, asumiendo la forma de esos problemas pavorosos que la Esfinge proponía á los viajeros en las puertas de Tebas. En la política de la Gran República del Norte existe acaso alguna de las palabras misteriosas que resuelvan el problema.

La elección de Mr. Taft, como Presidente de la Unión, y el discurso que acaba de pronunciar al recibirse del mando, han sido recibidos, en Chile, con sentimientos de viva cordialidad y simpatía, pues corresponden, no solamente á sanas corrientes de la vida política interna de la Gran República, sino también á ideas generosas y levantadas de cordialidad entre los grandes y pequeños Estados de América entera, en el norte y en el sur.

Como acaba de expresarlo en su discurso último, será Mr. Taft un continuador de la política de Roosevelt, respetuoso del derecho, dentro de líneas en las cuales podemos proceder en paz y tranquilidad de conciencia, á nuestro propio desarrollo. América para los americanos, será en sus labios una doctrina desinteresada y protectora de nuestros derechos é intereses, en presencia de las aspiraciones excesivas de potencias mundiales.

¿Quién es Mr. Taft? "Su contribución á la historia de su tiempo se encuentra en acciones, no en palabras" decía, refiriéndose á él, un político americano. El nuevo Presidente no pertenecía á la política militante de partido, á pesar de figurar en el Republicano y de haber actuado, durante los últimos años, como Secretario de la Guerra del Presidente Roosevelt. Sin embargo, su actividad y su energía extraordinaria y única de trabajo, le han permitido imprimir el sello de su personalidad en muchos de los problemas vitales de la política americana, en la cuestión de Filipinas, en la de Cuba, en los trabajos del Canal de Panamá, en la organización de la escuadra.

Es un hombre de paz. En tanto que la mayor parte de los estadistas americanos han nacido y se han desarrollado en la arena de las luchas políticas, en el Congreso, Mr. Taft ha salido del foro y de la magistratura. Tiene la contestura especial del hombre creado en medio de las leyes, acostumbrado á su aplicación é imbuído del espíritu de justicia y de legalidad. Ha recibido, desde niño, ese pliegue moral, que informa todas las acciones de la vida y que será definitivo.

Nacido en 1857, pertenece á una de las familias más antiguas y honorables de la Nueva Inglaterra. Su padre, el juez Alfonso Taft, había sido magistrado en Cincinatti, Secretario de la Guerra bajo el Presidente Grant y Ministro Plenipotenciario en Austria.

El hijo, Mr. William Howard Taft, entraba á la carrera administrativa en 1882, como Tesorero Fiscal de Cincinatti, iniciando interesantes reformas administrativas. De ahí pasó al foro. En 1887, ya era juez de la Corte Superior de Cincinatti, conocida por su probidad, y por el alto nivel intelectual de sus miembros. Tanto se distinguió, por sus condiciones eminentes, que el Presidente Harrisson lo nombró *Solicitor General* de la Unión.

Le tocó, entonces, el exámen y el estudio de algunas de las más trascendentales cuestiones suscitadas en los Tribunales de la Unión, entre otras, la de las pesquerías del Mar de Behring, caso en el cual el Gobierno de Gran Bretaña se presentó como litigante ante la Suprema Corte de la Unión Americana. Era este un asunto de grave interés internacional y el hecho de que una gran potencia, como Inglaterra, en vez de acudir al Arbitraje Internacional, confiara en los fallos del Tribunal Superior de la Unión, indicaba el altísimo aprecio de la imparcialidad y de la elevación de sus fallos.

Todo esto, al mismo tiempo, comprometía la severidad de espíritu y la escrupulosidad del fallo en los Magistrados americanos. Mr. Taft estuvo á la altura de la delicada situación de conciencia creada por la confianza de un Estado amigo.

La obra de Mr. Taft en la magistratura lo señaló principalmente por su estricta y delicada honradez, así como por los principios nuevos de jurisprudencia que dejaron sentados algunos de sus fallos, y opiniones, principalmente en lo relativo á los estatutos de Comercio entre Estados.

También estudió casos de *boicoteo*. Le tocó dar el primer fallo en que se aplicara el acta Sherman en contra de los *trust* en 1890.

Mr. Taft, en la magistratura, combinó el más elevado espíritu de honradez, en la aplicación del derecho, á la más penetrante filosofía jurídica.

De repente, su vida toma nueva faz. La guerra y el triunfo de Santiago de Cuba colocaban á los Estados Unidos en condiciones de potencia colonizadora. Pasaban á sus manos las Islas Filipinas, convulsionadas por ardiente lucha de razas y de tendencias religiosas. Problemas administrativos, militares, religiosos, internacionales se acumulaban á un tiempo. Mr. Taft, designado por el Presidente Mac-Kinley, se revelaba en ellos con los amplios recursos de su actividad infatigable, de su agudeza política, de su inteligencia penetrante.

Levantaba el comercio de Filipinas, establecía el régimen de la paz moral y de la confianza en la administración americana. Concedió autonomía municipal; creó caminos, y concluyó con los bandidos. Implantó los nuevos métodos de cultura agrícola perfeccionada. Llevó mil maestros de escuela americanos. Se arregló con las comunidades religiosas para la espropiación de sus cuantiosos bienes, revendiéndolos á los particulares. Y su política por contraste con la anterior, fué denominada de atracción y de benevolencia.

Quería probar el desinterés americano. Prohibía el botín. El elevado espíritu de moralidad es el carácter de más relieve en Mr. Taft. Eso mismo le impuso en Cuba, más tarde, y le ha conquistado la confianza de sus conciudadanos.

VIEJAS CRONICAS

Memorias de cincuenta años

ENTRÉ en el libro con la misma impresión con que entro en el hogar del propio autor de las "Memorias de medio Siglo", impresión de cordialidad, de franqueza, de buen humor; sus páginas exhalan felicidad, y se la comunican al lector sacudiéndole ese peso de víspera de catástrofe que parece abrumar en Santiago á las personas y á las cosas.

De la amenidad del volúmen tengo una prueba irrefutable para los que leemos habitualmente: Es la primera vez que consigo leer historia de Chile; los conquistadores no me interesaron, los cuentos de las revoluciones no los entendí y solo ahora miro más allá del momento en que me ha tocado vivir con agrado y con interés. Esa formación de la sociedad chilena me parece llena de colorido lugareño. Las señoras de crinolina que andaban en calesa, los caballeros de cuello alto y de corbata de varias vueltas no me son extrañas sino parientes en las memorias de cincuenta años.

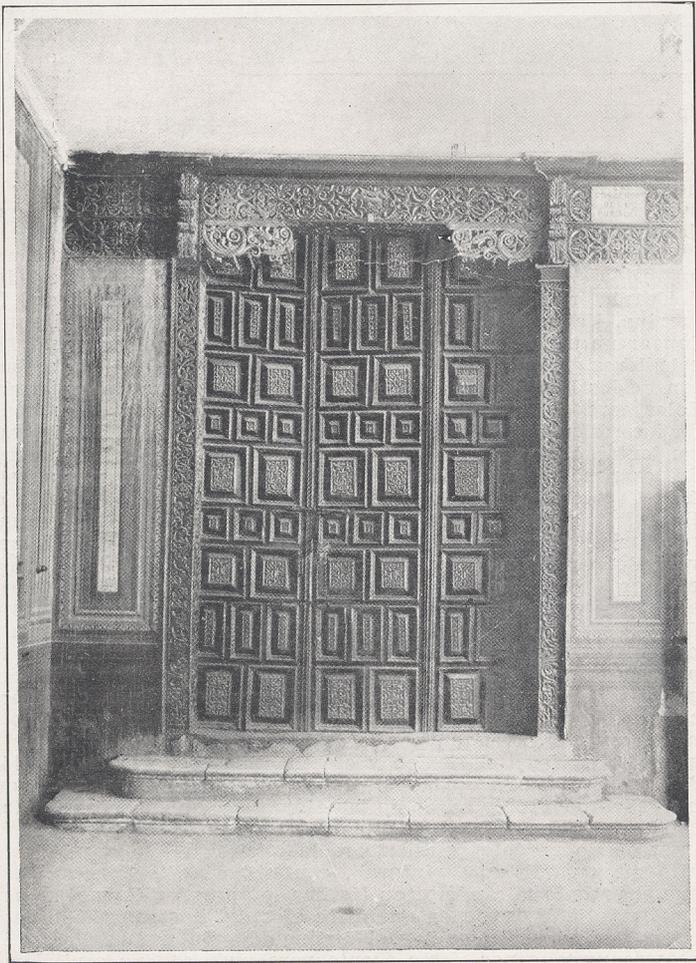
El Señor Subercaseaux agrupa sus emociones al rededor de su propia vida. Hizo muy bien, pues es el mejor hilo conductor que podía encontrar para presentar cosas de tan diversa índole y faces tan opuestas de una existencia variadísima como la suya. Se excusa de hablar de sí mismo y de invitarnos á sus intimidades, pero la verdad es, que si hay una persona que tenga el derecho de interesarnos es ciertamente el Señor Subercaseaux que pertenece á un hogar que hizo época en la sociedad chilena cuyos dichos han pasado á ser proverbiales y cuyas alegres travesuras rompieron la tirantez colonial. Si él mismo, es pariente de más de la mitad de Santiago, amigo y conocido de la otra mitad ¿por qué no había de refrescar en unas páginas los ya desteñidos cuentos que oímos á nuestras abuelas y que tienen el sabor del puchero nacional desterrado de nuestras mesas?

En sus primeros capítulos presenta los recuerdos elaborados en la misma forma en que los conservan los niños, que perciben

ralón de la hacienda y con Ña Peta la lavandera del rancho cercano. Maldecimos al jeneral Blanco cuyo desacertado consejo hizo perderse el galón de oro del pantalón del cochero, y, recorreremos los barrios de Santiago, que de rurales se han vuelto urbanos. Todas sus descripciones tienen esas manchas fuertes de



El templo de Santo Domingo



Antiquísima puerta del convento de San Francisco

ante todo líneas, colores y jestos y que por el hecho de no estar aún moldeados por el cerebro, dan no sé que extraño relieve de verdad.

A través de su mentalidad de seis, siete ú ocho años vemos surgir los palacios de entonces vamos al Puerto en bilocho, con los paquetes en almofrej, conversamos con Ño Duque en el co-

color, con que á veces el pincel del futuro pintor se tiñe en la paleta cuando el escritor cree estar hundiendo su pluma en el tintero.

Nos hace ver desde su balcón de niño única actuación que le cabía por sus pocos años—el incendio de la Compañía. Muchas veces he oído describir la catástrofe, pero esta vez la he encontrado pintada con toda la propiedad de los recuerdos infantiles que aprecian en el drama solo las partes que hieren los sentidos. En esa pintura en que las bocanadas de humo y los castillos de llamas se valorizan más que la tragedia moral, vemos una faz nueva de ese episodio culminante del pasado. Los ayes de las víctimas, el espanto, llegan apagados á su alma de niño que ha visto con pavor derrumbarse la torre como una formidable pieza de pirotécnica, mientras contempla á las aves nocturnas desterradas de sus nidos volando por el cielo ennegrecido con sus alas siniestramente coloreadas por el fuego de la hoguera... De tantos detalles cogidos al azar de los recuerdos, nadie había visto esas aves de la noche con las alas encendidas cruzando el cielo manchado y poniendo como un sello fatídico á aquel cuadro de horror! Se necesitó de una criatura, aghena al espanto de la hecatombe para que mirase hácia arriba en esas horas en que todo retenía abajo! La descripción que hace del clérigo Ugarte, director de la iglesia de la Compañía, es un gran retrato, que mediante cuatro pinceladas diseña todo un carácter, toda un alma de asceta... Puede haber sido un desequilibrado el tal clérigo Ugarte, pero de los toques del Señor Subercaseaux se desprende que era en todo caso un místico de esos que no abundan en la viña del Señor.

Al concluir su internado el autor nos pasea á través de la renovación de Santiago efectuada por el Intendente Vicuña Mackenna. Allí vemos lo que debió ser el cerro Santa Lucía según el plan de Don Manuel Aldunate "que presentó una acuarela romántica que levantaba sobre el cerro todo un poema de torres ojivas y almenas desarrollándose entre rocas, apoyándose sobre muros medioevales que subían, bajaban ó entornaban el gigantesco peñón y escalaban por fin el cielo con sus flechas superior-

res". ¡Que hermosa visión de lo que el Cerro Santa Lucía pudo ser, se encuentra en esas líneas! Dentro de ese plan no habría resultado el juguete alemán que es sino "destacándose de las aplastadas fábricas vulgares del contorno, con recintos y castillos inexplicables, con manchas verdes de cipreses ú otros árboles tupidos oscuros y severos, con hierbas trepadoras de las rocas y de los muros que dieran al conjunto mayor realce por contraste". Esta concepción artística del cerro se hubiera armonizado tanto en su romanticismo severo con la majestad y la melancolía que le da el fondo de la cordillera, pero el Señor Vicuña Mackenna, como observa el autor, era "literato y no podía tener una idea fija de lo estético material".

Los amantes de ese delicioso peñón como sentimos ante la visión encantada que muestra á nuestros ojos el Señor Subercaseaux, que tal estudio quedara guardado y que no se hubiera levantado ese miraje romántico sobre la vulgaridad aplastada de la ciudad en formación!

El estilo de las "Memorias" se reciente de un *laissez aller* que solo en este caso me gusta porque refleja la llaneza del espíritu del Señor Subercaseaux tan poco dado á complicaciones, manteniéndose en un justo equilibrio que le hace ver la vida desde un punto en que no es trágica ni ridícula; es simplemente liviana, quiero decir fácil de vivir! El no se preocupa de redondear sus frases ni de pulirlas, ni de ritmarlas ¡no! ni quiere, ni tiene tiempo, solo pretende contarnos lo

que vió, lo que sintió, la opinión que se formó, ajustándose lo más posible á la verdad. Si la naturaleza de la cosa requiere un lenguaje vulgar no trepida un instante en llamar la cosa por su propio nombre. Tiene brusquedades de estilo que dan mucha originalidad á los recuerdos, así como esa sencillez exenta de todo rebuscamiento de efecto, hace que la lectura del libro resulte una amable conversación bajo los árboles á la venida de la primavera... Cuando por ejemplo dice "paraba en tal parte" la expresión tiene más propiedad de lo que pudiera creerse, pues seguramente su inquietud natural no le daba tiempo para sentarse... Al cónsul Rodríguez lo hace entrar en escena "como un viento". Dentro de la impetuosidad de carácter de ese caballero le está muy bien el término; tanto más que en ese instante iba á dar la noticia de la toma de Lima! Refiriéndose á la rapidez de los viajes dice:

"Van como volando". Y lo que en realidad se lee "como volando" es su propio libro, no porque se lea á la ligera sino porque se lee sin cansancio ni fatiga de ninguna especie, en una época en que apenas hojeamos revistas! Y creo que el mejor elogio que se puede hacer y el más justo es decir que se lee "como volando" privilegio de pocos autores, porque los más nos arrastran; muchos nos llevan en coche de posta cuando no en carreta por las asperezas del estilo ó los saltos de las ideas.

Nada de tenebroso ni de complicado encontramos en el libro, luz esplayada como en la Basílica de San Pedro que describe muy bien, conceptos claros y emociones gratas, salpicadas de bromas, en compañía de algún tipo chusco que hace disfrutar de ese privilegio del hombre sobre los demás seres de la creación: la Risa! Esos seres que aparecen en el libro con el único objeto de divertirnos, como Don Juanico Ovalle, como Florián (que no pararemos hasta saber quien es) son tratados de manera tan afectuosa que el lector se encariña con ellos y no los quiere soltar. A través de las bromas del Señor Subercaseaux se siente el buen espíritu con que explota las genialidades de las personas que nacen con naturaleza cómica como otras la tienen romántica ó trágica sin que nosotros tengamos la culpa!

El mismo reconoce que la alegría ha sido un verdadero don de Dios hecho á su casa. Esa santa alegría que es agena al carácter chileno y que él debe sin duda á la mezcla de sangre francesa. La gravedad chilena está abiertamente reñida con lo que en Francia se llama "la joie de vivre". Nosotros hemos llegado á creer que la alegría supone falta de profundidad de carácter; la tristeza nos parece la normalidad de la vida y el placer su peligrosa excepción. Nos complacemos en hablar de penas y en suspirar y si no vibramos en la belleza natural ó artística que

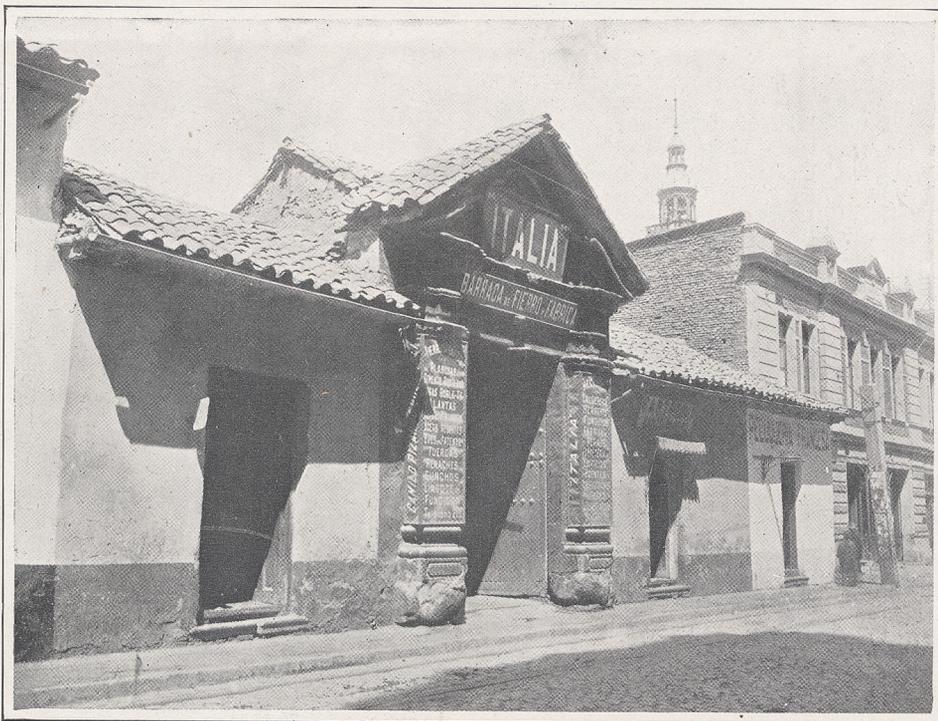
nos es inaccesible, nos deleitamos plenamente en los relatos de muertes, de escándalos y de catástrofes. Los triunfos de cualquier orden nos dejan frios, pero los desastres nos apasionan. El espíritu la frase ingeniosa, el rasgo cómico que tiende á la caricatura y que no es más que una forma del arte de reír sin hiel, toma entre nosotros un carácter dañino que hace temer á las personas de risa sana mucho más que á los maldicientes y á los destructores profesionales.

La personalidad artística del Señor Subercaseaux se manifiesta desde sus más tiernos años. Tan cierto es que se nace y no se hace artista. Desde los corredores del colegio de San Ignacio le vemos saludar las neblinas de Mayo que al anochecer se conden-

san en "transparencias opalinas". Cuando sus condiscípulos apenas distinguían en materia de color el gris del trompo, del verde, del volantín, ya él descubría tintes rosados y transparencias opalinas. Su gusto artístico va aumentando con la cultura y con la observación de los grandes modelos. A través de su primera juventud en París, el arte es un contrapeso tan grande al aturdimiento de su edad que le vemos dejar el hotel del Louvre, punto de reunión de los chilenos de aquel tiempo, huyendo de la falta de independencia que encontraba para seguir sus gustos. Insisto en esta observación que prueba como el arte preserva, levanta, ennoblece la vida, proporcionando una fuente de goces que los años no agotan jamás; á la vez que abre inmensos hori-

zontes al alma! El arte y solo el arte ha producido conversiones tan ruidosas como la de Huissmann que fué llevado por el sentimiento estético desde la última depravación hasta las cimas del misticismo.

Entre nosotros hay cierto desdén por el arte y empleando una expresión común "parece un embeleco" no solo para la seriedad del carácter masculino sino hasta para la supuesta frivolidad femenina. Hay personas que se sienten más buenas y que llegan á fundar un título de orgullo en carecer de tales "embelecos". Los caballeros graves que se ocupan de negocios ó de política se burlan de los hombres que hacen profesión de artistas, considerándolos seres incapaces de ganarse la vida, de comprender cosas de interés práctico y según ellos de magnitud mucho más trascendental. Y yo me permito preguntar ¿cuál es la única grandeza de los pueblos que sobrevive al tiempo? ¿qué ha inmortalizado á la Grecia? ¿Qué ha sido más duradero, el poder ó el arte de Roma? Los artistas son los trabajadores de la eternidad, porque su obra es inmortal. Son ellos los fundadores de la única gloria verdadera, mil veces superiores á los guerreros que dan un poder efímero á los pueblos, mientras que las conquistas que hacen ellos—los artistas—en el mundo de lo bello son las conquistas del espíritu que no están sujetas á las caducidades humanas y por lo tanto esas son las únicas conquistas definitivas... En los pueblos cultos como Francia ó Italia los artistas van á la vanguardia del progreso humano y disfrutan de toda la consideración que merecen, y por el contrario los pueblos nuevos como el nuestro, se caracterizan por la falta del sentido de la belleza á que solo conduce el tiempo y el refinamiento de la civilización. A este propósito no puedo dejar de recordar una anécdota que me refirió el propio autor de las Memorias, quien encontrándose con una de las más altas dignidades de la iglesia chilena, fué interrogado por el prelado sobre la profesión que estudiaba su hijo mayor. "Estudia pintura", contestó sencillamente... á lo que el prelado mirándolo con lástima le agregó: "Bueno... pero ¿qué más?". Y ese joven que á los ojos del ilustre prelado debió pasar por un necio, es hoy el distinguido pintor Don Pedro Subercaseaux, que por cierto cuenta para vivir con un capital más seguro que el de cualquier otro negocio como lo prueba el resultado de la venta de sus cuadros. Solo que para ser artista es preciso tener un talento especial, que no necesitan las demás profesiones. Con la seguridad de su ojo artístico, el Señor Subercaseaux nos hace breves reseñas de las diferentes escuelas de pintura, emitiendo ideas en que aparece de cuerpo entero el profesional. Sus juicios sobre el arte pictórico son de un tecnicismo claro que nos enseña la ejecución de las obras maestras



Casa del siglo XVIII

de las distintas tendencias y épocas, cuya sencillez de efecto impide comprender el esfuerzo que suponen. Además de la factura que él analiza con claridad, sentimos su impresión estética bien definida y que nos sirve de iniciación en los secretos de ese arte. Le dejó tomar la palabra copiando algunos párrafos que sirvan de modelo. Sobre el pintor Fortuny página 327 dice: "Fué más que colorista; fué un mágico de la paleta. Una tableta cualquiera de su pintura tenía seguramente un dibujo exquisito, justo é intencionado hasta el extremo, pero el color era lo sobresaliente con ser verdadero y armónico en sumo grado, lucía tal finura y vivacidad que, para mí por lo menos, no es dable que haya sido alcanzado por otro pintor, siendo muy pocos los que como Villegas se le han acercado".

Su descripción de Venecia acusa el toque fino del pintor que compara la dulzura de esta ciudad en oposición á la violencia del colorido napolitano: "El agua de las lagunas es pálida y profunda, sus reflejos están llenos de notas oscuras, diferentes á las ondas azules del mar Tirreno. El cielo, que da la entonación de las aguas, es más fino en Venecia, sus horizontes se matizan con brumas de color delicado, cubriéndolo nubes mas tenues y transparentes cuando el tiempo está fresco y sereno, más luminosas, por causa de las luces de los canales y de otras aguas lisas, cuando los hinchaban la lluvia ó la tormenta". La escuela de pintura veneciana le merece el siguiente juicio: "La pintura en Venecia tiene como rasgos característicos el colorido rico, entonado, caliente, y la composición vasta, abundante, decorativa casi en exceso. Los cuadros del Tiziano, de Bonifacio, de los Palma viejo y joven son como dorados; la sustancia, la materia, parece de ámbar, y los matices que envuelven la escena parecen trozos mitigados de arrebol; las carnes tienen tintes claros de madreperla, de mármol pantélico ó de alabastro oriental; los cabellos son de jacarandá, mientras los ropajes parecen placas de esmalte antiguo con fondo de cambiantes metálicos". El juicio sobre la pintura de Velásquez es tan exacto, que lo trascribo con verdadero agrado: "Velásquez es tenido por el primer pintor que ha nacido. Quien quiera que haya practicado este arte sabe que en su manera, su factura, como se dice en la jerga de las academias, Velásquez es incomparable. El dibujo es ámplio, justo y fácil, el color finísimo, armonioso y distinguido y

posiciones difíciles é imposibles". Tratando de Morelli dice: "Tan fuerte era la intuición de Morelli, que sin haber nunca estado en Jerusalem hizo la escena de Jesus resucitando á la hija de Jairo con una propiedad admirable; nunca alcanzada por nadie. Resultó un cuadro oriental. Atraído por la fama el Patriarca de Jerusalem, de paso por Nápoles fué á ver el cuadro en el estudio de Morelli y exclamó: Cómo se conoce que Ud. ha vivido en Jerusalem! Otro amigo que menciona es Dagnan Bouveret, cuya Cena queda en mi recuerdo como lo más inspirado que ha producido el arte francés moderno; hay en ese cuadro la más extraña comprensión del misterio eucarístico... El Señor Subercaseaux juzga que "nada en los tiempos modernos se ha hecho más dulce y penetrante en el alma, que sus figuras de Madonnas y de Cristo, y sus tipos de mujeres bretonas".

De Puvis de Chabannes dice: "Los medios pictóricos, la propia práctica del dibujo, han sido casi olvidadas por el artista, puesto frente á su muro y poseído de su propio sentimiento amoroso de la obra". Refiriéndose á Rugendas nos lo coloca antes que Monvoisin:

"Sus cuadros son los únicos documentos plásticos de esa época oscura, incierta y sin fuentes de información, que tiene, sin embargo, el mérito de ser como la alborada de la nación. Con el tiempo esas obras serán de un valor inapreciable".

Y así desfilan á nuestros ojos los tipos de los pintores con sus sistemas y no pocos rasgos interesantes de sus caracteres personales.

En los otros juicios que emite sobre ciudades, libros, sucesos ó personajes, se ve al hombre desapasionado, á quien no atormentan los "parti-pris" de ningún género, con una mentalidad sana, demasiado inquieta para profundizar las materias, pero que así al pasar las enfoca con el corazón sereno y el cerebro despejado.

Las honduras de los filósofos alemanes no lo solicitan y las catedrales góticas no lo perturban. Prefiere la ojiva veneciana que le parece "una risa" á la del norte que se le presenta como un "suspiro".

Tampoco le gusta ese empeño que algunos autores tienen por alambicar las cosas y por descubrir simbolismos forzados. ¿Será acaso que no se ha detenido el tiempo suficiente para que surjan esas visiones que corresponden á miradas más hondas sobre las cosas? Cree que el hábito de leer hace que nos sugestionen los autores y que perdamos nuestro propio juicio. Y es que él no ha pasado por esas crisis de exaltaciones morales en que nos apropiamos las ideas que reflejan nuestros ideales!...

Además de los juicios críticos hay una serie de retratos de personajes antiguos ó de hombres célebres, observados "desde ese proscenio del teatro de la humanidad que es París" ó desde otras partes.

Y así vemos pasar á los hombres importantes que han figurado en el espacio de medio siglo. De una ú otra manera asoman en las Memorias, Gambetta, Alfonso XII, Víctor Manuel II, Dumas hijo, el cardenal Manning, el viejo emperador Guillermo, Pio IX y tantos otros que ya próximos ó á la distancia reciben una buena pincelada de la paleta del Señor Subercaseaux.

Nuestros políticos, nuestros guerreros aparecen con mucho relieve, y entre las mujeres descuella como una figura de leyenda germánica doña Zunilda Vicuña, cuyos encantos trastornaron una provincia entera. "Era la coquetería en persona, coquetería instintiva, ingénuo, irresistible era la coquetería buena y virtuosa digámoslo así".

Y de buenas á primeras nos encontramos con que el Señor Subercaseaux estuvo en París enfermo de nostalgia. Nostalgia diagnosticada por un gran profesor! ¡lo felicito! pues creía que á la exclamación del criado que corría por el parque de Nos diciendo oh ¡quel pays! quel pays! el autor

le había prestado la voz de su propia alma indignada contra la invasión de los microbios que sientan sus reales en las flores de los jardines y que llevan hasta las mariposas en sus alas doradas!

Las peregrinaciones del autor que tal se propone, aunque en realidad son jiras artísticas, tienen páginas hermosísimas como por ejemplo el viaje á Umbría con sus descripciones de Asis y de Perusa. Le sigo con vivísimo interés en su viaje á Oriente. ¡Cuánto cuesta que el espíritu de la Tierra Santa se apodere de su ánimo! En vez de besar el polvo al pisar suelo bendito, empuña el bastón y da un palo. ¡Verdad que lo da en defensa de monjas como quien dice con objeto religioso! Embarcado en el tren de Jerusalem, él se siente en el tren de Pirque; los grandes nombres no lo sugestionan y cada paradero le hace pensar en Lampa ó en Tiltit. Solo el Santo Sepulcro lo reduce á compunción y luego el arte que es una forma elevadísima de dar culto á Dios lo coje de lleno y hace que nos muestre un maravilloso panorama de la ciudad Santa vista con el ojo impecable del pintor. Los temas que solicita su pincel son los más interesantes, sorprende todos los juegos de luz, las atenuaciones de tintas,



Antigua casa del Conde de la Conquista

la composición desenvuelta é imprevista. El todo es sencillo, como si naciera de la pura observación, seguida de unas pocas pinceladas. En el museo quisiera uno no moverse de en frente de esos cuadros para los cuales se hubiera inventado, parece la expresión "obra maestra". Miguel Angel y Rafael fueron más considerables artistas, pero de ningún modo más grandes pintores. Persiguieron ideas sublimes y les dieron forma en estilo grandioso, pero nunca miraron la realidad frente á frente como lo hizo Velásquez, que la penetró á fondo, penetrando con ella á toda una serie de individuos de toda jerarquía, á toda una sociedad, á todo un pueblo, á toda una época". Y sigue el detalle del color y de los tonos creados por Velásquez.

Pasando á los autores franceses modernos, el Señor Subercaseaux nos da á conocer los principios de Sargent que obtuvo una segunda medalla en el Salón de París con el retrato de la Señora Subercaseaux á quien fijó á los veinte años en una magnífica tela que es á través de la joven de entonces una profecía de la mujer que allí se encerraba. El mismo Sargent enseñó al autor á conocer á Tiépolo á quien llama "el genio especial de las com-

los rincones vetustos... Instala su caballete en los puntos más originalmente orientales, y como se lo derriban los camellos entonces se encarama sobre la Basílica del Santo Sepulcro "que para mayor enredo" está construida en terreno accidentado. Allí la torre de los cruzados le lanza su campana como una descarga de artillería y el muezzin del minarete le tira á la cara su imprecación á Mahoma, mientras los frailes griegos van saliendo como duendes á poblar la terraza desde su convento incrustado en las cúpulas del Santuario.

Nosotros los fieles de las catacumbas y de las obscuridades de abajo, encontramos una sensación nueva en esta Sión vista á vuelo de pájaro y por ojo de artista. Hay otra faz curiosa de la vida del autor. El Señor Subercaseaux campesino tomando posesión de su hacienda de Nos que describe como la residencia de las hadas. Toda la familia á la vuelta de Europa se siente en fruición ante aquella hermosa naturaleza.

El campo les embelesa, quieren disfrutarlo y hacer el bien sin contar con el tífus que los asecha y que estuvo á punto de exterminarlos. Aquel parage encantado estaba plagado de influencias dañinas que solo soportan los connaturalizados con esos gérmenes mortíferos. Entre tanto los días trascurren como una égloga en acción contemporánea. Dejo la pluma al autor que al pasar nos presenta á sus inquilinos en una deliciosa página de rusticidad campestre: "Tobar era uno de los inquilinos con posesión más central en el fundo. Los franceses le llamaron luego "el marqués Tobar"; era el ejemplar más desgreñado y sucio, de toda la comarca. Madame Tobar, su mujer, parecía bastante mayor y sus numerosos hijos ofrecían tipos variados, aunque uniformemente mal cubiertos de andrajos y de mugre; los había rubios y negros, escuálidos unos y cachetudos otros, dos parecían ser de la misma edad aunque no eran mellizos. El estado civil de la familia no era cosa fácil de precisar; resultaba que un hijo era de una comadre, otro de un primer matrimonio y otro ahijado no más; el mismo Tobar no lo sabía á punto fijo. La habitación de árboles y tejas era nueva y no tan mala; pero la mantenían en la obscuridad, con la ventana obstruída por un cajón de costado abierto, con zapallos secos amontonados dentro. Tirados sobre el suelo cerca de la puerta había una batea de poco uso y más allá un montón de choclos de la última cosecha y un cuero tieso, sin curtir, ribeteado de sangre seca. Las camas ó abrigos que hacían de tales, estaban extendidas en un rincón y felizmente no se veían bien. Desdeñando la molicie de

su interior, la marquesa en cucullas conversaba ese día desde el corredor con una vecina mientras una de sus chiquillas cogía piedras al sol y dos de los herederos corrían tras de un pollo que huía moviendo alas y piés". Como modelo de costumbres chilenas es de primer orden el párrafo anterior.

No puedo seguir al Señor Subercaseaux en su actuación como ministro diplomático en Berlín y en Roma, porque nada de eso entiendo ni me interesa sino en lo que concierne á la vida social y á los comentarios sobre las personas que hace con animación y movimiento, pero me basta y me sobra para encontrar muy gratas las páginas de las "Memorias", el ver pasar por ellas como por una linterna mágica la vida de medio siglo y no ya tan solo la de nuestro modesto rincón santiaguino, sino también



Claustro de San Francisco

la gran vida europea con sus momentos importantes y con sus grandes actores que vemos desde un sillón de orquesta. Y sobre todo me gusta encontrar en el Señor Subercaseaux un hombre que hace tan franca y sincera profesión de cristiano dentro del artista que es el por su talento, por su cultura y por su trabajo.

ECLAIR.

Los Libros Nuevos

El Brasil en el Siglo XX.—Por Pierre Denis.—Librería Colín.—(En francés).—Esta obra estudia el estado actual de esa República, de tan considerable interés para nosotros, y se detiene en sus paisajes de asombrosa belleza, en sus caminos, en su vida política, su vida económica, la cuestión monetaria y el cambio. Describe una visita á San Pablo, su colonización, su inmigración, la vida agrícola, el estado de la pequeña propiedad en el sur, la cultura é importación del café, su valorización y las cuestiones proteccionistas con él relacionadas.

La colonización de Río Grande encierra otro capítulo de suma importancia para los países á los cuales el problema de la inmigración preocupa. El trozo relativo al Ceara y á la hoya del Amazonas es digna de atención.

Entre otras, las páginas consagradas á la cuestión económica en el Brasil presentan interés considerable, sobre todo para los países que sufren el régimen del papel-moneda con sus desastrosas fluctuaciones y su estado anormal. En el momento de la Revolución, en 1889 tenía el Brasil

174 millones de pesos (mil reis) de emisión y el cambio se encontraba por encima de la par, á 27 3/16 peniques. Vinieron una serie de emisiones fiduciarias que ensancharon enormemente la cantidad de circulante, y se fué produciendo, con ellas, la baja paulatina hasta llegar á 6 peniques en 1896. La situación era de gravedad extrema. El Presupuesto se hallaba en déficit y no había con que pagar los intereses de la deuda pública.

En estas condiciones se efectuó en Londres, con la casa Rothschild, y por el Presidente Campo Salles, la importante operación del **Funding-Loan**. El Banco Rothschild emitió 10 millones de libras esterlinas en títulos del 5% y el Brasil se comprometió á entregar á ese banquero el equivalente en papel-moneda, al cambio de 18 p. para ser inmediatamente incinerados. Al año siguiente, la baja se detuvo, y comenzó el alza paulatina del cambio.

El tipo de cambio se fijó, mediante la **Caja de Conversión**, en 1906, al cambio de 15 peniques.

Esta cuestión y la del café, están presentadas con suma claridad y exactitud.

De Cepa Criolla.—Por Don Martiniano Leguizamon.—La Plata.—(República Argentina).—Son estudios de vida argentina los que allí se presentan, particularmente los que se refieren á la extraña personalidad del general Urquiza y el lugar de su nacimiento, el relativo á costumbres populares, á Fray Mocho, la Tierra de Matorros, los cuadros de antaño, el suicidio entre los gauchos. Es un libro de trescientas páginas.

Bocetos Criollos.—Por José Pio Sagastume.—La Plata.—Libro de narraciones y cuentos en estilo popular.

Es un acopio de datos para el **Folk-lore argentino**.

Tratado de Electricidad.—Por Antonio y Alfredo Col.—Ferrol.—Es el más importante estudio sobre esta ciencia que se haya publicado en España, al decir de los entendidos. Apareció el tomo I, sobre Teoría General de la Electricidad.

NOTA.—La Revista dará cuenta de los libros que se le remitan.

La Vida en el Campo



Casa del fundo San José de Don Ismael Tocornal

EN esta sección, nueva entre nosotros, trataremos de seguir la vida agrícola chilena, en forma parecida á la de *Country Life*, la conocida revista inglesa, si bien dentro de términos más modestos, puesto que será para nosotros parte de un conjunto lo que es para los ingleses objetivo principal. Sin dificultad se comprende que en un gran país, con inmensa riqueza, se verifique la ley de división del trabajo intelectual y de las especializaciones, lo que no puede siempre realizarse entre nosotros.

Es nuestro propósito, en este punto, dar una idea de la vida agrícola de Chile, reproducir las diversas faenas, dar las habitaciones y los parques privados.

Entre nosotros domina, en agricultura, el *ausentismo*. Son numerosos los propietarios que pasan su existencia en Santiago, dejando el fundo en manos de un administrador, olvidados del proverbio conocido de que al ojo del amo engorda el buey. Es verdad que á esto contribuye, y no poco, la inseguridad de nuestros campos. También es de señalar la falta de comodidades en las habitaciones y de hábitos de cultura en la existencia diaria.

En Inglaterra y Francia, el *gentleman-farmer* habita en un castillo ó en una casa confortable y elegante, bien aereada, entre muebles cómodos, corti-

najes, libros, revistas é instrumentos de música. Tiene, en torno de la casa, un hermoso parque para sus paseos, con plantas, flores y esculturas finas. Eso permite á una familia vivir la mayor parte del año *encerrada* en el campo, sin echar de menos la vida de ciudad. Entre nosotros, diríase que hay complacencia en hacer la vida campestre lo más dura posible, sin distracciones, sin libros, sin revistas, ni caloríferos en invierno.

Felizmente ahora comienza á desarrollarse, en Chile, una corriente contraria. Las habitaciones son confortables, sanas y elegantes. Hay casas magníficas como las de Panquehue, Pirque, Los Nogales, San Isidro, Lo Hermida, Parque de Lota, y muchas más, difíciles de enumerar.

Ahora damos vistas de las casas y fundo del Señor Ismael Tocornal, inteligente y laborioso agricultor, lleno de iniciativa y de espíritu de empresa. Su viña de San José está situada en el llano de Maipo, tan feraz y valioso, cuyo riego ha sido una de las grandes conquistas del hombre sobre la naturaleza.

El señor Tocornal tiene viticultores franceses y sigue con esmero, todos los procedimientos más modernos de cultura. A eso debe la justa reputación de que gozan sus productos.

Tiene, además, valiosos reproductores de fina

LA VIDA EN EL CAMPO



Viña del Señor Ismael Tocornal

sangre, constantemente encargados á Europa.

El Señor Domingo Tocornal y Matte, hijo del Señor Don Ismael, dirige con activa y entendida dili-

gencia este importante fundo. Conoce y practica la agricultura científica—la de nuestro porvenir. Vive consagrado con entera desición á sus trabajos.



Grupo de animales finos del mismo fundo

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



FRANZ HALZ

MILAGROS

EN la monotonía de la vida provinciana, donde no tenemos para divertirnos ni paseos, ni teatros, ni congresos científicos, ni cámaras legislativas, el trato con un amigo sincero é inteligente es inestimable, sin duda alguna.

Yo tengo uno de esos amigos, que me visita con frecuencia y á quien recibo con mucho gusto, porque es mozo simpático, de ingenio vivaz y de charla amena y entretenida. Su humor siempre igual es lo que yo le celebro y envidio sobre todo: las contrariedades más molestas y hasta verdaderas desgracias pueden caerle encima, sin que él ponga cara angustiada ni deje aquel aire zumbón y regocijado con que recibe y comenta todos los sucesos de la vida.

Es cierto que su afición á los comentarios suele llevarlo á veces sin querer á meterse un tantico en la vida ajena; pero yo se lo tolero de buena gana, en obsequio á la gracia y soltura con que lo hace y en recompensa del placer que me proporciona y del contagio de buen humor que con ello me comunica.

Siendo, pues, así el carácter de mi amigo, á nadie extrañará que me sorprendiera profundamente al verlo llegar anoche á mi casa (mientras yo estaba absorto y preocupadísimo en hallar un tema para este artículo) con el sombrero echado hácia atrás, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, pisando fuerte y con las cejas fruncidas y los ojos irritados.

—¡Hombre! ¿Qué trae usted?

—Traigo, traigo... que he sido víctima...

—¿Víctima de qué?

—De mi tontería, de mi falta de carácter, de mi vanidad, de haber olvidado un proverbio que me sé muy bien: "cada oveja con su pareja", de haber aceptado la compañía de personas á cuya altura no puedo yo alcanzar.

Me picó con aquello la curiosidad, lo invité á sentarse, le alargué un cigarrillo, encendí yo otro, tiré la pluma, alejé el papel y me dispuse á escuchar.

—Vamos, cuénteme Ud. la historia con todos sus detalles.

—¿Con detalles? Bien.—Y durante dos minutos no hizo otra cosa que arrojar hácia el techo bocanadas de humo, hasta que al fin se volvió hácia mí y me preguntó de improviso:

—¿Cree Ud. en los milagros?

—Hombre, tanto como eso...

—Pues no creer en ellos, fuera de que es una impiedad, es cerrar los ojos á la evidencia. Adonde quiera que miremos, veremos milagros todos los días. Milagro es que Beckert no haya escapado á la justicia después de los informes científicos que lo declararon muerto; milagro que sane un enfermo en manos de ciertos médicos; milagro que haya mesas electorales en que no se cometan fraudes; milagro que sea admitido en el Congreso un senador ó diputado que no pertenezca á la mayoría; milagro que haya Municipalidades rurales en que el alcalde ó el tesorero no se hayan escapado con los dineros de la comuna; milagro es, en fin,

y de los más patentes, que haya empleados de medicina ó de ínfima categoría, que vivan con holgura, que vistan con elegancia y que parezcan en todo personas acaudaladas, con un sueldo de cien ó doscientos pesos de once peniques...

—¿Hablas del cajero de la Casa Prá?

—Nada de eso; hablo de personas honradas, que no manejan fondos ajenos. Será un nuevo sistema de economía doméstica lo que ellos tienen, pero el hecho es que el sueldo les luce lo que no es decible. Si no, ahí está para probarlo mi vecino Próspero, que arrienda la mejor casa de toda la cuadra y cuya familia es la más importante de todo mi barrio.

Con los ciento ochenta y tres pesos y treinta y tres centavos que le produce su empleo de secretario de cierta oficina, el hombre se sostiene á sí mismo espléndidamente y sostiene á su madre y á dos hermanas solteras, que aún se creen en edad de merecer, y que no pueden aportar un centavo para los gastos de la casa, porque la nobleza de su familia y el temor de no hallar novio les han impedido aceptar los puestos de cajeras de almacén ó de maestras de escuela que se les han puesto al alcance de la mano en repetidas ocasiones.

La mamá, Doña Encarnación, es la que más se indigna cuando le hablan de estas cosas.

—¿Empleadas mis hijas? exclama. ¡Antes muertas! Eso para gentes de más ó menos, pero no para nosotras. ¿Qué caballero se casa con una empleada? Además, no tenemos necesidad de tales bajezas para vivir.

Y en efecto, (aquí está lo que yo en vano trato de explicarme) el sueldo de Próspero da para todo. La señora Encarnación gasta manto de seda y luce, envuelto en el brazo, rosario de nácar para ir á misa, y paletos y tocas con gasas y penachos para ir de paseo. Sus dos niñas, la Luchita y la Conchita, visten á la última moda y apenas se les notan las indiscretas arrugas bajo la sombra de los paracaídas, que no otra cosa son los enormes sombreros con que se atavían cuando salen por esas calles á pescar novios. Y Próspero, vamos, aunque pasa ya de los cuarenta, parece mozo de veinticinco con sus bigotes rizados y teñidos, y es un verdadero petimetre con su chaquet de corte irreprochable, con sus hongos y corbatas de los últimos modelos, con sus guantes plumizos ó amarillos, con sus zapatos de charol siempre flamantes, con sus polainas blancas en verano y negras en el invierno y con su bastón de puño de plata ó de cosa que lo parece. Y por su andar majestuoso y por su elegante vestimenta lo toman en los paseos, los que no lo conocen, por un gran personaje, y en los clubs y cantinas se le tomaría por un millonario al verlo jugar al cacho, beber copas caras y fumar cigarros puros, con aquel desenfado y con aquel aire alegre y despreocupado que sólo puede dar la abundancia de dinero en sitios tan peligrosos para el bolsillo.

Y el milagro se repite de puertas adentro los días en que la familia recibe á sus

relaciones, una vez á la semana generalmente. Doña Encarnación, como gran señora que es, hace ceremoniosamente los honores de la casa; las niñas tocan y cantan y hacen monadas que es un primor, y Próspero baila y charla y hace cabrietas como un jovencito, y divierte á toda la tertulia con sus gracias y ocurrencias de buen gusto, tan alegre y satisfecho como si contara incondicionalmente con los favores de la fortuna. En tales circunstancias las niñas no hablan de otra cosa que de trajes y de modas, y discuten entre sí ó con sus amigas sobre si la modista Tal es mejor que la Cual, ó sobre si en la tienda del Gato Negro hay mejores telas que en la Bola de Oro ó en las Granadinas. Doña Encarnación, entre tanto, conversa con las señoras de edad, y reniega ante ellas de la servidumbre, y protesta del Gobierno porque ha creado escuelas profesionales para mujeres, lo que ha traído como consecuencia la escasez é insolencia de las criadas, pues ya todas quieren ser obreras ó poner taller de modas, y se queja de que la cocinera que tiene actualmente no sepa asar un pavo sin quemarlo de un modo horrible, ni preparar debidamente el puding ó la mayonesa, aunque son viandas que tiene que hacer todos los días, y de que la niña de mano sea tan torpe que le rompa cada semana una docena de piezas de porcelana ó le pierda las cucharillas de plata; y esto, apesar de que, fuera del sueldo escandaloso que les gana, las chiquillas la colman de "gratis", y le regalan vestidos casi nuevos, que solo han usado dos ó tres veces, y tanta ropa blanca que la muchacha puede vestir con ella á su madre y á sus dos hermanas, todas las cuales se alimentan además en la casa con las sobras de la mesa.

Todo esto y mucho más lo dice la señora con airados ademanes y con accesos de sofocación, á los cuales es propensa á causa de su gordura. Y yo le encuentro razón sobrada para quejarse de la insolencia de sus sirvientas, á juzgar por lo que ocurrió en su casa una vez que yo figuraba entre los convidados. La criada que servía á la mesa estuvo á punto de bañar con agua hirviendo al novio de la Conchita, y la Señora Encarnación, no pudiendo contenerse, la amenazó con un pellizco y le dijo por lo bajo:

—¡Estúpida, torponaza!

—No es pa tanto, ña Encarnación, le gritó la moza con descaro. Pa los cuarenta cobres por noche que Ud. me paga...

Y no contenta con esta réplica, llenó después el barrio de mil cosas contra la familia, diciendo que no tenfan criadas sino de ocasión, para las noches de tertulia, y que no se come en esa casa sino cuando hay forasteros, y que aún entonces se guardan cuidadosamente los conchos de las copas y las sobras de los platos para obsequiar á los convidados en otra recepción, y que todo el lujo de Don Próspero era cosa de apariencia y de por encima y que por debajo solo había remiendos y poca limpieza, y que Doña Encarnación y las niñas vestían en casa de refajo y camisola, y no se ocupaban sino

MILAGROS

de reñir entre sí y en dar mil vueltas á la tela de unos mismos trajes para que les sirvieran para todas las estaciones y por muchos años, y que no criaban gato ni perro por no tener como alimentarlos, y otras mil cosas, en fin, que no eran sino hijas del despecho y chismes de vecindad.

Todas estas hablillas no han logrado amenguar en nada el prestigio de Próspero y su distinguida familia. Todo el vecindario se honra ahora, como siempre, de recibir sus saludos. Así fué que yo me sentí satisfechísimo hoy después de almuerzo, cuando Próspero llegó á mi casa más galán y peripuesto que nunca, y me saludó jovialmente con un airoso movimiento de la mano hácia el ala del sombrero.

—Salud, vecino, ¿hay algo de nuevo?

—Nada que yo sepa, vecino.

—¿Cómo. ¿No sabe Ud. que dejan de usarse los hongos sin alas y que volvemos á los aludos?

—No lo sabía.

—¿Y que Beckert ha puesto de moda las patillas austriacas, en vez de las barbar á lo Pepe Vila?

—Tampoco.

—Pero ¿qué va á saber Ud. con la vida que lleva! Ni por ser hoy Domingo sale Ud. á estirar las piernas. Vengo á invitarlo á que demos por ahí una vueltecita.

—Talvez no pueda. Tengo tanto que hacer.

—No hay quehaceres en día de fiesta, vecino. Se viene Ud. conmigo, damos unas vueltas por la plaza para recrear el ojo, y después me acompaña Ud. á comer al Central, donde se guisa pasablemente. Yo no dijero bien cuando como solo, pues no hay mejor salsa que la compañía y la conversación de un amigo como Ud.

Y se acercó á mí, me quitó el libro que tenía entre las manos, me ayudó á incorporarme tomándome de un brazo, me sacudió las motillas de la ropa, me puso en las manos el sombrero y el bastón y me llevó consigo, sin dejar de predicarme sobre la conveniencia de hacer ejercicio para conservar la salud y de recorrer las calles y frecuentar á las gentes para saber noticias.

Y mientras paseábamos por la plaza, yo cohibido y él con pleno dominio sobre sí mismo, yo con la mano atrás y él haciendo con su bastón elegantes y difíciles molinetes, me daba noticias minuciosas de todas las personas á quienes encontrábamos, y me honraba con sabrosas confidencias sobre sus últimas conquistas. Me contaba de una gran señora que no lo deja en paz con sus regalos y con sus billetes amorosos y de una modesta pero limpia y bellísima costurera que lo sigue como su sombra, hambrienta de sus miradas, y creció con sus relatos en mi concepto más de un palmo, y principié á sospechar que el secreto de su prosperidad podía estar en lo de los regalos de las señoras coquetudas que solicitan su amor.

Hablando de estas cosas llegamos al hotel y jugamos al cacho el aperitivo en el mesón de la cantina. No sé como pudo echar cinco ases á cada tiro, con lo cual es claro que yo tuve que pagar. Pasamos después al comedor, donde Próspero dió pruebas de ser un gastrónomo consuma-

do, de excelente apetito y conocedor á fondo de todos los secretos de la cocina contemporánea. Pidió todos los platos de la lista, extras esquisitos, vinos generosos y bajativos variados y de primera calidad. Fué una comida deliciosa, amenizada por la charla de Próspero, inagotable y espiritual, y terminada entre las nubes aromáticas del humo del humo de habanos legítimos de lo mejor.

Llegada la hora de pagar, saca Próspero una lujosa cartera de complicadísimo broche, mientras me habla de un nuevo nudo de la corbata, la da vueltas entre los dedos, no acierta á abrirla por lo absorto que lo tiene la conversación, y el mozo, impaciente, espera que espera, y él sin acabar de espicarme aquel nudo maldito de la corbata, hasta que yo, ¡infeliz! que tengo la mala costumbre de llevar mi escaso dinero en los bolsillos del chaleco, no pudiendo sufrir lo tirante y molesto de aquella situación, saco, pago y el mozo se va.

Advierte entonces Próspero su distracción; se eriza conmigo porque he pagado; intenta levantarse para alcanzar al mozo, á lo que yo me opongo, por cierto; se niega tenazmente á perdonarme, y solo consigo que se dé por satisfecho con la promesa que formulo de no hacerlo otra vez.

¡Y no lo haré, por el santo de mi nombre! Aperitivo, comida, vinos, licores y cigarros: ¡veintitres pesos, amigo mio, que tenía destinados para pagar al sastre su mensualidad!...

Así terminó mi visitante su relación, y se quedó pensativo, imaginando talvez la cara que pondría su sastre al oírsele contar.

En cuanto á mí, tiré la colilla de mi cigarro, tomé la pluma y me dispuse á escribir, repitiendo para mis adentros aquel verso del autor de las Doloras:

Pues, señor, bravo amor, copio y concluyo.

M. J. ORTEGA.

FOTOGRAFIA ARTISTICA



Esta hermosa fotografía es obra del Señor Luis A. Navarrete

LA ABDICACION DE O'HIGGINS

Por
D. Fernando Escobedo.

Valparaiso Febrero 12 de 1823

Muy Sr. mio & todo mi aprecio: Con esta fecha llevo a la Com.
Junta una solicitud que espero encuentre su aprobacion, tanto por
que conviene ala mayor tranquilidad de la Republica en el pre-
sente Estado de cosas, como amis deos & afeirme & los tumultos
& pretensiones que mi presencia pudiera excitar, bien sea entre
las tropas que he creado o entre cualquiera otra clase de gentes.

Quando todo este tranquilo y mi influjo no sea otro que el de
un simple ciudadano entonces volveré a mi amada Patria a go-
zar deste gran bien. Y no dudo que penetrado V. desta verdad
contribuya en quanto esta con alcance al fin indicado teniendo
el honor & submisivisme su mas atento y obediente ser^{vo}

Q. I. M. B.

Fernando O'Higgins

P. D.

Levare V. aprecio mis respetos con
mis expresiones a los S. S. D. Aguirre Escobedo
D. Jose Mig. Infante, D. Aguirre Uval y D. Mariano Egoña.

LA CORONA

Se aproximaba el día de Difuntos y yo deseaba adquirir una corona. Me detuve frente á algo así como un aparador de florista cargado de coronas de todas clases. Aquel día las coronas habían sustituido á las flores de trapo, los ranitos para la cabeza, las margaritas y espigas para sombreros, á las hojas recordadas, dispuestas en montones como en un herbario por las aprendizas del taller, y á las rosas de vivo color destinadas á vivir una noche y á morir chafadas

sentidísimo; coronas de papel pintado para disgustos fugaces, salpicadas de rocío y de lágrimas de cristal; coronas de hierro destinadas á sentimientos generales, á la muerte de un presidente, de un comandante de bomberos ó de un maestro de obras; hasta había pensamientos de *peluche* con el precio pegado al dorso. Había coronas de todas clases; pero no había flores naturales que son las que más se agradecen.

Entré, y el olor de la quincalla y el aire de admi-

LA GRAN PINTURA CONTEMPORANEA



"SÉ HONRADA..." Cuadro de N. Veruda

en una orgía;—muestrario de flores cromo, productos de una industria barata y parodia de las flores de verdad, de las flores que son para nuestro corazón suspiros de la tierra. Colocadas con el gusto *práctico* que el comerciante emplea y atraer á los parroquianos, había allí dedicatorias para todos los sentimientos y para todas las fortunas. Coronas de porcelana para recuerdo del muerto, á prueba de lluvias y tempestades, de esas que resisten todo golpe contra tierra; coronas de cartón-cuero cortado con un molde

nistración que reinaba allí me helaron el alma. Las coronas perpetuas colocadas por orden de precio y de medida, cubrían el techo; detrás de los armarios aparecían las de vidrio; en lo alto de la sala destacábase una gran corona de muestra, como pieza de exposición premiada en dos ó tres capitales; debajo veíanse las cajas de cintas con las inscripciones siguientes: Caja ocho: "A los queridos esposos". Caja veinte: "A los inolvidables padres". Catorce: "Recuerdo eterno". Veintidós: "A los amigos del alma". Y así, llena

la tienda, de letras encontradas, en papel dorado. Había allí tres señoras sentadas; delante de ellas un dependiente muy amable les iba enseñando las muestras y la calidad de los géneros.

—¿Es para su papá?—preguntaba el dependiente.

—No, señor, no—decía la señora más joven exhalando un suspiro muy largo.—¿Es para mi pobre marido!

—Entonces le recomiendo esta corona grande que es, como ven ustedes, de porcelana negra. Vendemos muchísimas. La marquesa de Bellmas compra dos todos los años.

—¿Qué te parece?—preguntó la joven á las otras dos señoras.

—Me parece muy seria—dijo una.

—Y de mucha novedad—dijo la otra.

—En cuanto á eso—añadió el dependiente—ninguna otra tienda está tan bien surtida. Las recibimos directamente de las mejores fábricas. Están hechas á máquina; sólo así podemos venderlas al precio á que las damos. Si quieren gastar menos, tenemos de porcelana.

No se lo aconsejo, sin embargo. Tratándose de su marido no debe usted regatear—añadió con una frase definitiva, de efecto seguro.

Quedáronse con la corona; bajó el dependiente una

cinta de la caja *inolvidables esposos*, para las viudas de primer aniversario, pagaron y se fueron.

Una vez fuera la viuda; el dependiente despachó un “recuerdo eterno” á otras dos señoras, y por último se dirigió á una pobre mujer que hacía rato que esperaba, en un rincón del establecimiento, seria y triste, con los ojos nublados por el dolor.

—¿Qué quería?

—Una corona.

—¿Cómo la desea?

—Qué se yo ¡pobre de mí! Como le parezca á usted.

—¿Piensa usted gastar mucho?

—Todo lo que traigo—dijo dejando caer en el mostrador algunas pesetas en plata mezcladas con calderilla pingosa.

El amable dependiente, contó la calderilla con una mirada, y trajo una corona un poco más barata que aquella suma.

—¿Le gusta ésta?

La vieja dijo que sí instintivamente, mientras que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—Estas duran mucho.

—De esas ha de ser. Es para mi pobre hijo—exclamó rompiendo á llorar.—¿Y quién sabe si será la última!

LA NOVELA DEL DIA

La Isla de los Pingüinos

ANATOLIO France, incansable y genial, ha enriquecido con una obra más, editada por Calmann-Levy, su ya rico equipaje literario. *La isla de los pingüinos* es una alegoría, es la reconstitución de la historia de la humanidad, hecha por un literato de primer orden, erudito y humorista.

San Mael, uno de aquellos celosos apóstoles de los primeros tiempos que iban predicando á todos los pueblos el Evangelio de Cristo, conquistando almas, avasallando corazones y arrastrando conciencias, visita la isla de los pingüinos, y engañado por la apariencia casi humana de las pacíficas aves que escuchan atentamente su predicación, los toma por seres humanos y los bautiza. El Padre Eterno se ve en grave apuro con el bautismo de los pingüinos, hecho nada menos que por un santo y con todos los requisitos del ritual. El único medio de salir del paso es convertir en hombres á los pingüinos, y eso es lo que hace Dios, y así empieza la historia del pueblo pingüino, que no es otro que la humanidad misma.

La historia de los pingüinos es digna de este comienzo cómico. Anatolio France declara que la historia es difícil de escribir porque “nunca se sabe con seguridad cómo han pasado las cosas” y aprovecha esta dificultad para hacer á la vez la sátira del hombre y la de la historia misma, con cierto humorismo filosófico que hace pensar en Voltaire, en Swift y en Rabelais.

El origen de la propiedad lo relaciona con el hecho de hacerse dueño el más fuerte de la tierra y del trabajo de los demás: el del poder, con el del reconocimiento y afirmación de esa fuerza; y el de la religión, con el terror de lo desconocido, mantenido por los sacerdotes pingüinos.

La obra es desigual, pues como labor de fantasía no se halla sometida á método ninguno científico, y mientras episodios de escasa importancia aparecen extensamente desarrollados, sucesos trascendentales figuran en forma sumaria, siendo frecuentes las digresiones, que suelen ser las más interesantes.

ANTONIO SMITH

FUÉ Smith el primero de los pintores chilenos que alcanzaron á recibir esos rayos de gloria, comparados por un filósofo con los fulgores del sol naciente sobre la cumbre de la montaña—tan dulces le parecían—cuando se bosquejaba la aurora

La influencia de semejante vida había de proyectarse hondamente en las diversas fases de la sociedad chilena. Después de la Independencia, hubo necesidad de improvisarlo todo, escuelas y hombres de Estado, ciencias y letras, industria y comercio, periodismo y arte. Era menester construir, con todas sus piezas, una civilización entera, á la manera que los americanos del Norte improvisan una gran ciudad en las soledades salvajes del Far-West.

Macaulay, en uno de sus admirables estudios, nos presenta como el más elevado ideal de sociedad humana el que presentaba Atenas en tiempo de Pericles, con la admirable armonía de civilización, á la cual concurrían, por parejo, todos los elementos.

Se comprende, como dada la cultura superior del espíritu griego, la enseñanza de sus filósofos, el sentimiento supremo de la poesía, lo exquisito de las letras, lo vasto de la cultura, la honda percepción del arte, y el afinamiento de la raza al través del medio y de la herencia, se pudiera llegar á tales condiciones que lo bello se produjera casi naturalmente en todas las manifestaciones del espíritu, desde el discurso hasta el cuadro, de la poesía á la escultura, desde las Odas de Píndaro, hasta las pinturas de Zeuxis ó los frisos del Partenón. Se comprende, también, por un desarrollo de la

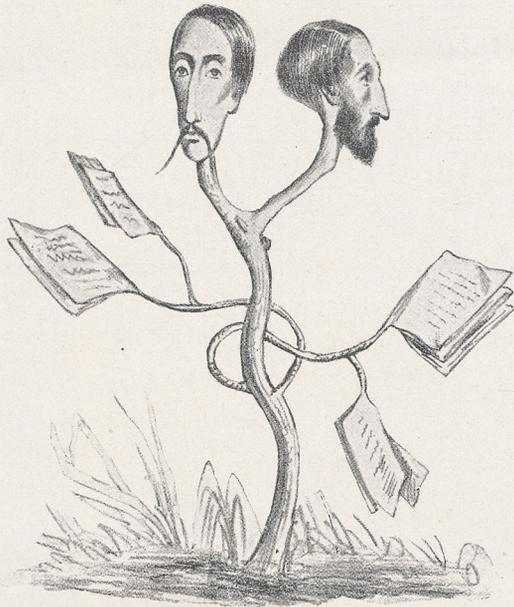
misma ley moral, las inmensas dificultades con que debía tropezar en Chile, recién salido de la Colonia, todo aquel que quisiera consagrarse al arte de la pintura. Se necesita base para eso, un decidido y ardiente espíritu aventurero unido al temperamento de los antiguos estoicos, es decir, algo de lo que constituye la esencia misma de la moderna bohemia de las letras en las viejas capitales europeas.

Antonio Smith, realizó en Chile ese tipo extraordinario, á la vez que nuevo y desconocido entre nosotros, del bohemio artista, producto genuino del período romántico, en el cual los poetas usaban largas melenas ó el célebre chaleco rojo con el cual Teófilo Gautier escandalizaba á la burguesía parisiense durante la primera representación de Hernani. Smith, en idéntico sentido, fué para la sociedad santiaguina un hombre de chaleco rojo. Venía á romper los moldes consagrados en la vida santiaguina, con su estilo de bohemio, pero á traer, al mismo tiempo, la nota deliciosa, y nueva del genuino arte nacional, hondo, poético, sentido, vibrante de imaginación, todo idealismos y ensueños que contrastaban con los rudos y á veces groseros materialismos de una sociedad naciente.

milia en la cual se respiraban tradiciones de arte y sobre la cual obraban, con toda su fuerza, las leyes misteriosas del atavismo, con toda su fatalidad á menudo inexorable, de manera tan segura como lenta. Así, del fondo oscuro de diversas razas vemos surgir las condiciones varias de su espíritu, el idealismo sajón, el espíritu de observación irónica y chispeante del andaluz, con su imaginación empapada en rayos de sol, mezclada á las tristezas de la raza del norte, la pereza del meridional y el ensueño del germánico. Eso, también, debía procurársele el don precioso de interpretar y de sentir hondamente la poesía de la naturaleza, de penetrar en el alma de las cosas, de ver lo que nadie ve y de sentir lo que nadie siente, esencia del paisajista.

Para comprender bien la naturaleza de los artistas en pintura, es menester darse cuenta cabal de la percepción de los colores en el ser humano. Todos los hombres experimentamos sensaciones análogas, es decir de una misma naturaleza, pero nunca sensaciones idénticas, en presencia de un color. Un tono de rosa impresiona de cierta manera á una persona dada, de manera diferente á otra. Bien podrá ser insignificante esa diferencia, pero no dejará, por eso, de ser perfectamente positiva y apreciable. Esas, al parecer, tan insignificantes diferencias en la manera de percibir el colorido, la línea, el objeto, son precisamente lo que viene á constituir, en último término, la esencia de la personalidad artística. Así, en tratándose de un escritor, de un novelista por ejemplo, le colocamos frente á un ser humano. Si se interrogara á uno de los mil seres que pasan, sobre cuales son las características del personaje que contempla, nos diría, probablemente, que un ser humano es igual á otro; quizá, en el mejor de los casos, nos describiría sus líneas generales.

Un grande escritor, un Balzac ó un Dowstoyewsky, examinará todos esos de-



Caricatura de los hermanos Amunátegui, por A. Smith

del arte chileno. Antes de él, encontramos, á fines del siglo diez y ocho y principios del diez y nueve, la figura del mulato Jil, retratista y pintor de imágenes sagradas, de escuela quiteña, dibujo duro, colorido resaltante que nos dejó, sin embargo, los retratos de los Padres de la Patria, del General San Martín, de O'Higgins y otros guerreros, algunos ilustres, olvidados los más. No existía en Chile, ni podía existir entonces, una atmósfera propicia al arte.

Figurábamos entre las más lejanas y pobres colonias españolas. Se iba al Perú en busca de fortuna, sea en el comercio, sea en los riquísimos y afamados minerales de Potosí; en Méjico y en el Plata existían inmensas riquezas naturales. A Chile solo venían los esforzados Vascos, á cultivar una tierra ingrata y dura, ó los calaveras brillantes, segundones de familias castellanas. Venían á este apartado rincón del destierro, en donde enterraba más soldados y dineros España que en todas sus demás colonias de América, en el desastrozo empeño de someter el heroísmo de los Indios Araucanos, cuya gloria cantaba en un poema Don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Al separarnos de la madre España, en 1810, Chile solo se convertía en nación á manera de ficción poética. Sus ciudades eran miserables aldeas sin policía, sin luz, sin calles, sin aseo, sin monumentos, sin edificios públicos. Su comercio había permanecido, hasta ese día, en manos de las flotas de galeones españoles que partieron de Cádiz. La vida social era modesta y sin asomos de lujo ó de riqueza, los ánimos humildes, las costumbres reservadas, y reinaba en todo el orden monótono de la existencia conventual. No teníamos poetas, ni escritores, ni autores dramáticos. Apenas una que otra pintura venía del Perú ó de Cádiz, con destino á familia opulenta que la mantenía en el recinto misterioso de sus salas, abiertas una vez al año para los días de santo del Señor Conde, Marqués ú Oidor de la Real Audiencia.



Caricatura de Cicarelli, por A. Smith

El brillante pintor, Antonio Smith, nació en Santiago, en el mes de Septiembre de 1832. Fueron sus padres Don Jorge Smith, Cónsul Británico, y Doña Carmen de Irisarri, hija del eminente escritor Don Antonio José de Irisarri, y hermana del poeta Don Hermógenes. Nació, pues, en un medio de superior cultura, en una fa-

talles ínfimos que para el vulgo pasan ignorados, sus irregularidades de fisonomías, sus arrugas, sus matices de mirada y de expresión, el detalle característico de su traje, de su persona, de su actitud y de su movimiento, reproduciéndonos ó creándonos un ser vivo. El detalle sustancial de observación, nacido en un afinamiento

de las sensaciones, constituye la originalidad de cada temperamento artístico. A fuerza de observación ó de ejercicio, un escritor puede llegar á exasperar su propio sistema nervioso en el ejercicio de la observación y del análisis moral, á la vez que un pintor desarrolla cierto sentido visual más amplio, más vigoroso y más completo que el de las multitudes. Llega á percibir la movilidad incesante de la luz que las retinas brutales del vulgo ignoran. Como dice con exactitud un crítico, una especie de impalpable polvo de átomos coloridos flota en lo que tomamos por la sombra, y tiñe esa sombra. Los pintores empapan su pincel en aquel polvo, y obtienen las coloraciones singulares que a veces sorprenden ó irritan el vulgo, pero que no son sino la expresión exacta de una realidad.

Solamente una naturaleza refinada, percibe los matices de color, apreciables á intervalos de intensidad siempre fijas para el vulgo. Este solo verá, por ejemplo, dos colores: el negro y el violeta; en tanto que un verdadero artista percibirá una docena, un centenar de matices ó de combinaciones intermedias. Los sentidos que se afinan por el ejercicio, se transmiten por la herencia.

Antonio Smith encerraba en su alma ese tesoro de percepción íntima de la poesía del color. ¿Realizábase, acaso, por obra del sentimiento innato y espontáneo ó era la obra de una lenta selección y herencia de antecesores desconocidos? No tenemos datos para resolver este problema. Es de notar, eso sí, el espíritu esquisitamente artístico de la familia de Irisarri, en la cual se ha revelado, en señaladas personalidades, el don innato de apreciar y de sentir la naturaleza con poderoso vuelo sentimental.

La vocación de Smith era tan irresistible que no pudo ser contenida por las resistencias de su familia que deseaba consagrarlo á una carrera lucrativa. Su lapiz partía solo, y hacía maravillas, como los rifles Chassepot en Mentana. En vez de estudiar, trazaba caricaturas ingeniosas, humorísticas, y dignas del lápiz de Cham. Como en el espíritu de Enrique Heine, se mezclaban en el suyo el sentimiento con la ironía. Y luego, sin maestros, empezó á pintar paisajes en los cuales una mancha, una pincelada, permitían vislumbrar el germen de un grande artista, el instinto del color.

Era esa precisamente la hora en que se iniciaba el despertar de la sociedad chilena, roto ya definitivamente el molde férreo de las costumbres é ideas coloniales. La vanidad nacional, herida por el grupo de escritores argentinos, iniciaba la brillante producción intelectual de Lastarria, Arteaga Alemparte, Blanco Cuartín, Vicuña Mackenna, Ambrosio Montt. Comenzaba á revelarse una literatura nacional, hija de un poderoso cerebro, con ideas propias, con estilo y lenguaje peculiares, enteramente distinta de los moldes españoles ya rotos, y más empapada que España en la cultura y el arte, en el pensamiento científico y el espíritu crítico de la inteligencia europea. Y junto con abrirse el horizonte intelectual, comenzaba también á iniciarse en Chile el estudio de la técnica del arte.

España, en trescientos años de colonia, no había enviado ni uno solo de sus pintores ó artistas á Chile. Pocos años des-

pués de la Independencia, ya teníamos entre nosotros el distinguido pintor francés Raymundo Monvoisin. Era un artista de nota que había obtenido premios en diversas exposiciones europeas. Un lance, en extremo raro, le obligaba á emigrar, según se cuenta. Después de una violenta querrela, por rivalidades amorosas, el novelista Paul de Kock publicó cierta novela titulada "Mon voisin Raymond" en que ponía en ridículo á su adversario. Tan grande fué la burla, que el pintor francés no paró hasta llegar á nuestras playas. Sea de esto lo que fuere, verdad ó cuento, es lo cierto de que ya en Chile existían ciertos asomos de arte.

Monvoisin despertó entre nosotros la pasión por la pintura. Sus retratos, de singular valor, adornaban las salas de las casas grandes. Sus cuadros históricos *La caída de Robespierre, La última cena de los Jirondinos, Eloisa leyendo las Car-*

to de la Oda á la Inmortalidad del poeta Rousseau: "Era una epístola que nunca llegaría á su destino..."

El 9 de Marzo de 1849, se inauguraba la Academia chilena de Pintura, con asistencia de Don Manuel Búlnes, Presidente de la República, Ministros y corporaciones oficiales. Cicarelli pronunció un discurso pomposo, y Don Jacinto Chacón una poesía en que le pedía al nuevo maestro:

"Derrama el sacro fuego
"Y crea aquí Cánova y Rafaeles".

Los versos eran bastante malos y se solicitaba en ellos no poco, algo así como una media docena de Rafaeles. El Señor Chacón los pedía como si fueran alfajores.

Conviene hacer un recuerdo de este principio de la pintura en Chile. Por primera vez se enseñaba dibujo del natural, composición histórica, anatomía artística, pintura y ropaje. Se les exigía conocimientos de literatura, de historia, de filosofía. Se les enseñaba también algo de arquitectura y de dibujo de paisaje "para poder formar los fondos de los cuadros".

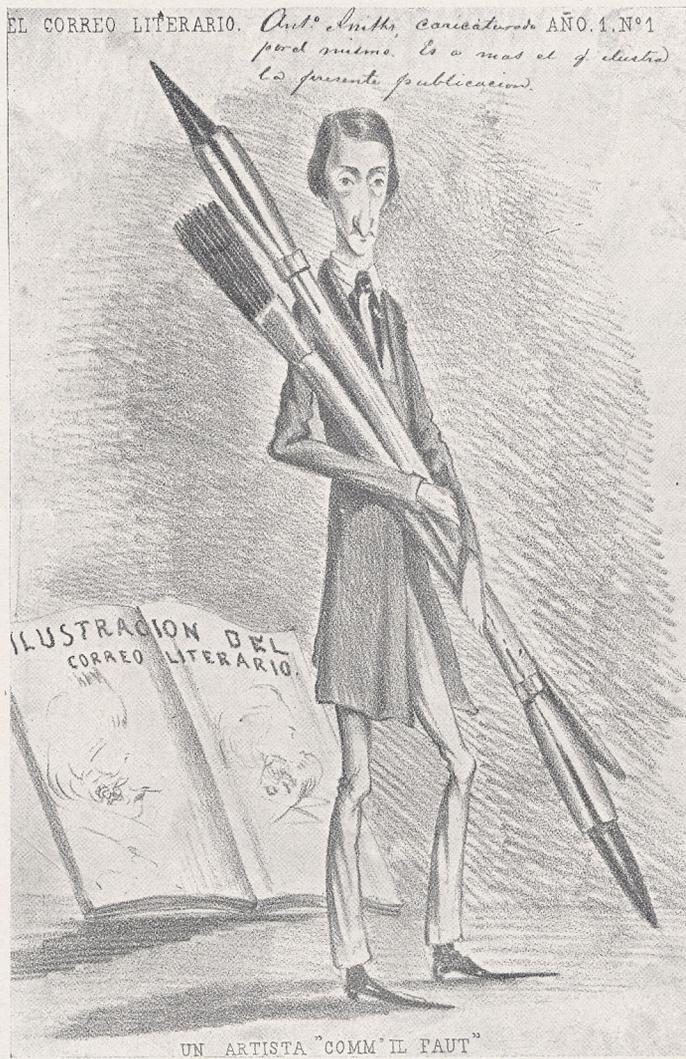
Entre los numerosos jóvenes entusiasmados con la nueva carrera de arte se contaba, en primera línea, Antonio Smith. Era de los soldados que llevaban oculto en su mochila el bastón de mariscal. Era pobre, pero nada le importaba la fortuna, y bien sabía que por ese camino, en Chile, es difícil alcanzar el pan de cada día, ese alimento que Dios concede á los gusanos de la tierra y á los pájaros de los bosques.

¿Cómo era la fisonomía de Antonio Smith? Vicente Grez, uno de nuestros más brillantes escritores, le ha retratado en sus páginas hermosas y llenas de colorido: "Poseía una de esas fisonomías que se gravan en la imaginación y que no se podrían confundir con ninguna otra, ni aún en el día en que todos los hombres se reúnan en el valle de Josafat. Aquel rostro tenía una extraña mezcla de ternura y de ironía. Una cabeza que parecía chica para los pensamientos que en ella se hospedaban, frente poco espaciosa, cejas arqueadas como las de Mefistófeles, nariz grande y algo inclinada á la derecha. Una espesa cabellera negra, bastante descuidada, completaba esa fisonomía típica: artista por excelencia. Esta cabeza llena de expresión, estaba colocada sobre un cuello largo. Parecía una cabeza clavada sobre una pica. Se le veía desde lejos, y sin ser demasiado elevado, dominaba entre la multitud".

"A primera vista, el sentimiento que inspiraba Smith era el de la simpatía: franco, descuidado, jovial, no se necesitaba sino de estrechar su mano para conocerlo á fondo. Su alma se revelaba á todos los que se le acercaban, sin el menor preámbulo, sin la más ligera afectación, sin ocultar nada. Después de tratarle un momento uno se decía interiormente:—"A este hombre le conozco hace mucho tiempo..."

Alegre, sentimental y profundamente irónico, Smith unía el ingenio picaresco y maleante de Rabalais á la melancolía romántica de Lamartine y de los poetas de 1830—el romanticismo se reflejaba entonces en Chile como todas las modas, era contemporáneo de las crinolinas.

Pero un hombre de temple semejante no podía entenderse durante mucho tiempo con otro de la especie de Cicarelli, que



Caricatura de A. Smith por el mismo

tas de Abelardo, despertaron la más honda admiración en nuestra sociedad nacional y fueron como una revelación del arte de la pintura. En torno suyo se levantó una pléyade de discípulos y de admiradores ardientes. El Gobierno chileno correspondió su deber de fomentar esa corriente artística nueva y se consagró con todo empeño á este propósito. Un poeta, Don Salvador Sanfuentes, Ministro de Justicia é Instrucción Pública, contrató como Maestro de la Academia de Pinturas de Chile, al pintor de Cámara del Emperador del Brasil, el italiano Don Alejandro Cicarelli.

Era éste un pintor de mediocre talento, pero que llevaba en el alma un amor apasionado á la pintura, aún cuando amor no correspondido. Se le pudo aplicar la frase del gran satírico francés, á propósi-



PAISAJE DE ANTONIO SMITH

no pasaba de ser un globo de jabón, sin talento, sin valer moral, sin más mérito que su apasionado y mal correspondido amor al arte. El discípulo puso al maestro en caricatura, con aplauso de todos, y riñeron. La Academia solo servía para crear pintores convencionales, fríos, mediocres, educados en la rutina, sin iniciativas, ni espontaneidad, ni calor. El alma de Smith, hondamente sentimental y espontánea, franca y risueña, no podía caber en esos moldes y tuvo que romperlos. Con gran pena hubo de abandonar, por el momento, su recién iniciada carrera artística.

Y como había en Smith el tipo y el temperamento del bohemio de Murger, fué á dar, de golpe y zumbido, en la carrera de las armas. En 1853 lo encontramos de oficial de Granaderos en la ciudad de Chillán, llevando uniforme tan vistoso como galoneado y arrastrando el sable brillante y nuevo, admirado de las damas y envidiado de los jóvenes. Había colgado la paleta para convertirse en héroe de la paz. Como los personajes de Byron, para distraer los ocios de la guarnición, se había enamorado, y abandonaba la guardia para visitar su bella. Faltando á los rigores de la Ordenanza Militar arriesgaba su cabeza, pero nadie tenía empeño en cortársela. Y tanto se demoraba en llegar el verdugo, que el joven Smith colgó la casaca militar, junto á la paleta, y sacó el lápiz, muy afilado, para dibujar en Santiago las caricaturas del *Correo Literario*. De golpe se reveló como un grande artista, de imaginación viva, de vena esquisitamente espiritual, de un ingenio digno de Cham el dibujante parisiense. Por su lápiz desfiló Don Guillermo Blest Gana, pulsando una enorme lira; Don Pancho Marín, con el corazón en la mano, como se pintaba á sí mismo en un discurso, y Amunátegui, sacándose respetuosamente el sombrero, decía: "Adios, Señor Caballo", á uno que tiraba un carretón. La de Cicarelli fué sangrienta:

"Llegó á estas bellas regiones,
un pintor que era un portento,
mostró placas, distinciones,
y medallas por cajones;
pero no mostró talento".

Viendo que en Chile nada aprendería, Antonio Smith se encaminó á Europa, vi-

sitó y estudió las exposiciones, museos y talleres de pintores. En Florencia conoció á Carlos Marcé, el gran paisajista romántico, de honda sensibilidad y exquisita poesía. El joven chileno encontró el maestro soñado, la musa de sus inspiraciones y desde ese momento se declaró discípulo suyo y se consagró enteramente al paisaje.

En 1863, el joven pintor volvía á Chile y se dedicaba enteramente á la pintura de paisajes. Nadie, como él, sentía con vigorosa fuerza la poesía intensa de la naturaleza; nadie tenía la facultad de sumergirse en lo ilimitado, de dilatarse en las profundidades del mar y del cielo. Smith comprendía la importancia del paisaje en pintura. Sabía que las cosas, en apariencia muertas, de la naturaleza, tienen un alma propia con la cual el artista debe ponerse en contacto. La especie de emoción sagrada que la realidad y la vida despiertan en nosotros deben ser expresados con el pincel de manera que sus colores, sus medias tintas, sus tristezas y sus rayos de sol se reflejen, de igual manera, en el espíritu de los demás.

El paisaje "Puesta de Sol en los Andes", presentado por Antonio Smith á la Exposición de 1875, alcanzó inmenso éxito y obtuvo el primer premio. El público, entusiasmado, se encontraba por primera vez en presencia de un verdadero artista chileno, de inspiración briosa, de sentimiento muy hondo que pintaba en la naturaleza su propio espíritu, anotaba los refinamientos de su propia sensibilidad, lo exquisito de su ternura. Eran unos cielos que hacían crecer las alas para subir á ellos, y unas nieves muy puras teñidas en rosa de ensueño. El entusiasmo despertado por los paisajes de Smith fué inmenso durante los primeros tiempos. Treinta años después de su muerte, se le ha criticado su falta de realidad, el hecho de que nunca pintase con el verdadero paisaje á la vista, sino desde el fondo de su taller.

"Smith" se sentaba frente de su caballete, ha dicho un crítico, tomaba sus pinceles y formaba sus colores; luego se concentraba un instante y aparecían vagamente las formas de sus hermosas montañas, sus aguas transparentes y sus cielos brillantes".

Por esto se le hacía un cargo de falta de realidad, á nuestro entender sin funda-

mento alguno. La expresión de la realidad, en pintura, no es ni puede ser la de una nueva fotografía en colores, sino la interpretación de un estado de alma, en los hombres ó en la naturaleza. Un gran crítico español, el primero de los críticos de Arte en aquel país, Don Federico Baltart, ha señalado muy bien la especie y forma de la copia de lo real en pintura, **la interpretación de la realidad.**

"Todos los aficionados viejos han visto á Fortuny pintar de memoria un piano que pareció después lo mejor estudiado del cuadro donde figuraba, y todos saben que ese admirable cajón lleno de parches y refuerzos, donde guardan sus ropas los **Saltimbanquis** de Domingo, se pintó teniendo á la vista otro recién cepillado. Pero con tales hechos ¿se quiere probar que Domingo y Fortuny han **presentido** la naturaleza? No lo creais aunque lo juren frailes descalzos. Diffcil sería encontrar dos estudiantes más asiduos del natural".

"No olvidéis esa lección á que os convida el ejemplo de tres maestros tan distintos en todo lo demás. Rosales, como Fortuny, como Domingo, como todos los grandes pintores, nunca tradujo palabra por palabra el texto que la naturaleza le ponía delante. Antes de coger la pluma lo leía íntegro; después abarcaba el conjunto de cada frase, y hasta ver clara su equivalencia en lengua pictórica, no sentaba la mano sobre el papel".

Así procedía Smith en sus paisajes, y por eso encontramos en ellos, aún en sus horas de convencionalismo, un sincero y delicado ambiente de exquisita poesía.

Porque Antonio Smith era, en el fondo, un poeta, y, por otra parte, sin serlo no se puede ser artista. De aquí el exquisito idealismo de sus tardes, en las cuales surge y flota la melancolía; de sus puestas de sol, en la cual leemos la tristeza infinita de lo que pasa, las soledades de las almas cuando se apagan ciertas luces, la historia de vidas que mueren lentamente en la dulzura exquisita de un crepúsculo inefable.

Antonio Smith fué, sin discusión, el primero de nuestros artistas hondos. Se ha perfeccionado extraordinariamente la técnica y la factura, en las paletas de los pintores que lo siguieron, pero no hay más expresión de alma en sus obras.

LUIS ORREGO LUCO.

EL FEMINISMO EN NIZA

JEAN Lorrain escribía de Niza á su madre: "Desde mi cama veo las barcas; allí quisiera morir".

Aunque el solo nombre de esta ciudad nos sugiere el cuadro burlón del Carnaval con su festividad florida, exuberante de movimiento y color, como los lienzos de Willette, el alma de la ciudad es melancólica.

No nos sorprende que la exquisita sensibilidad de Lorrain no fuese ajena á esta influencia nostálgica.

El aspecto del gran malecón, llamado paseo de los Ingleses; del Casino municipal; de la *Feté* con su magnífica rotonda de conciertos; el de la hermosa plaza Massena, con su calle que imita un trozo de bulevar parisiense, y el de las vidrieras lujosas con sus joyas y novedades, sólo revelan la fisonomía aparente de todos los lugares de recreo. Este es el tocado ó la máscara, con que igualmente se cubre Niza que Ostende ó Truville.

Lo pintoresco de Niza son sus montes, sus colinas, sus naranjos floridos, sus olivos sicilianos, sus lirios florentinos, sus pinos aromáticos, los manojos de rosas que sobrepasan las barandas de las villas, y su mar, su amar azul cual un monte de turquesas que se estremece lejano, bajo la quimérica visión de la luna.

El pueblo, que vive entre el olor de pescadillos rosados como corales, lilas, azahares y anémonas, es sencillo y supersticioso, sobre todo, supersticioso por su herencia latina. Entre sus leyendas, tiene una que nos seduce por la poesía que encierra: la de la Virgen Tatia, cuyos suspiros se escuchan al pasar por las ruinas del circo romano en las noches de tormenta. No menos interesante es la historia fabulosa de la heroína popular Catalina Segurane.

El Municipio, para conmemorar su heroísmo, ha dado su nombre á una calle que desciende del lado donde está situado el célebre Chateau.

Catalina Segurane representa en Niza la glorificación del feminismo primitivo. Tanto la historia, cuanto la tradición, conservan el recuerdo de su patriotismo. A su valor se debió la salvación de la ciudad el año 1543, cuando fué atacado por el ejército francés, bajo las órdenes del duque de Enghien, y por una flota turca, gobernada por el corsario Barbarroja. Esta animosa mujer tomó una bandera en las manos, y agitándola en el espacio, arengó al pueblo á que defendiese la plaza, lo que decidió el triunfo.

El feminismo moderno no lucha con las armas de la guerra; su actitud es menos belicosa y más rasonada. Un libro de Mr. Théodore Goran, *Auceour du Feminisme*, ha levantado una polémica periodística, pues entre otros cargos que hace al feminismo, lo considera antimilitarista, por consiguiente, socialista y hasta anarquista. Estos juicios los rechaza con gran inteligencia y dando pruebas de buena erudición, la notable feminista Anne de Keal (seudónimo de la marquesa de Johannis en un editorial de su importante periódico "El Feminista").

La marquesa de Johannis es una escritora sagaz y de talento; tiene en prensa una novela defendiendo la maternidad contra todos los prejuicios sociales, y una comedia en verso. En su trato es fina y distinguida como una gran dama. Hoy se le considera en Niza la heroína del feminismo analizador y razonado; así como antes Catalina Segurane lo fué de la pasión patriótica.

EVANGELINA.

La Apuesta de Crillon

Narración histórica por STANLEY WEYMAN

EN cierta noche lluviosa de la primavera del año 1587, caía el agua á torrentes, haciendo cuanto podía por limpiar un poco las desaseadas calles del viejo París; las acequias rebalsaban y el viento de Marzo hacía crujir y gemir en sus goznes las muertras de tiendas y tabernas, cerrando con estruendo los postigos, azotando con la lluvia los huecos de puertas y portales y calando hasta los huesos á los pocos transeuntes.

Dos horas antes de dar la media noche, un hombre surgió bruscamente de la oscuridad, cerca del Pont du Change y volvió la esquina de la calle Saint Jacques la Boucherie.

Se llegó á una puerta, que parecía ocultarse modestamente bajo los empinados aleros y que se hacía notar sin embargo por la luz que salía al través de la reja de su coronamiento y golpeó con fuerza. Tras ligera demora, se abrió la puerta por sí sola y el desconocido entró. No mostró sorpresa alguna por la invisibilidad del portero, como no hubiera dejado de hacerlo un extraño; se detuvo un momento para cerrar, siguiendo después por un pasillo, aislado en parte á su otro extremo, por una alta pampara de madera. Pasando ésta, entró á una gran sala de techo muy bajo y alumbrada solo á medias por una docena de velas y por el fuego que ardía en el hogar.

El aire se sentía pesado con el humo, pero los ocupantes de la sala; una docena de hombres más ó menos, sentados los unos en torno de una larga mesa y diseminados los otros, parecieron reconocer en el acto al recién llegado y saludaron su entrada con un grito de alegría, que aunque de bienvenida parecía algo irónico á juzgar por la actitud del grupo. Un sujeto que estaba cerca del fuego, dando de puntapiés á los leños con aire de impaciencia, se volvió, y al ver quien entraba, dirigióse á él, diciendo con viveza: "Bienvenido, Señor de Bazán! ¿habeis venido á reasumir nuestro duelo?—Había perdido ya la esperanza de volver á veros".

"Aquí estoy" respondió el recién llegado, con sequedad, desembozándose y hechando á un lado su gran capa. Se vió entonces que era un joven de unos veinte años escasos, vestido con sencillez, y de figura esbelta pero varonil y bien musculada. Tenía cierto aire de resolución singular en un hombre tan joven, contraste acentuado aún más, por las miradas rápidas y desconfiadas con que recorría, la escena. No perdió tiempo en sus observaciones, sin embargo, porque se sentó con prontitud y cierto aire de decisión á una mesita cerca del fuego y bajo la luz de un par de candeleros. Pidió una botella y arrojó con desenfado sobre la mesa un bolsón de dinero, arreglando al mismo tiempo su espada, de modo que la empuñadura descansara sobre su pierna izquierda. Empezaron á jugar á los dados.

El juego no era como los juegos modernos de azar; arrojaban los dados por turno, ganando el punto mayor y valiendo como una batalla decisiva cada una de las jugadas. Ambos apostaban sumas mucho más altas que las que se acostumbraba en el círculo que los rodeaba, lo que hizo que uno á uno, fueran los otros jugadores abandonando sus mesas y agrupándose en torno.

A medida que el juego progresaba, palidecía más y más la cara del joven y sus ojos adquirían una expresión ansiosa y febril. Pero seguía jugando en silencio. No así los que apostaban á su mano. Una granizada de juramentos é interjecciones casi tan espesa como la nube de humo del hogar, que envolvía á los jugadores, empezó á seguir el resultado de cada jugada. El ambiente tranquilo un momento y perturbado solo por el ruido de los dados, resonaba al siguiente con los gritos é imprecaciones de una veintena de voces.

La casa, conocida con el nombre de Casa de Simón, era un garito de segunda clase; frecuentado por los escuderos más pobres y por aventureros de reputación dudosa. Era favorecida especialmente por la facción de los Guisa; quienes estaban entonces en el poder, porque aunque Enrique de Valois ocupaba nominalmente el trono de Francia, Enrique de Guisa, Jefe de la Liga y favorito de París, imponía su voluntad sobre el Rey y sus valedos. Era él el verdadero poder; el Rey no tenía más remedio que someterse á su política. En secreto, Enrique III se resentía de esta situación, y entre sus servidores inmediatos y los arrogantes partidarios de los Guisa había una enemistad mortal.

Durante el juego, un pequeño detalle dejó ver que el más joven de los jugadores era muy ignorante en política ó pertenecía á un partido que rara vez se veía representado en la Casa de Simón. Por algún tiempo él y su contendor habían tenido una suerte más ó menos igual. Pero doblaron las apuestas é inmediatamente la fortuna se declaró en su contra; el bolsón de dinero empezó á enflaquecer, aumentando al mismo tiempo el montón de monedas de su adversario con asombrosa rapidez. Gruesas gotas de sudor aparecieron en la frente del joven y su mano temblaba al vaciar sus últimas monedas y arriesgarlas en medio de un murmullo, mitad de simpatía, mitad de burla, porque si bien era cierto que era provinciano, jugaba en cambio sin temor y con una audacia que le atraía la buena voluntad de los concurrentes.

Su contendor, cuyo rostro cetrino, no dejaba ver ni triunfo ni alegría, contó friamente una suma igual y la empujó al centro

de la mesa sin decir una palabra. El joven tomó el cubilete y por primera vez pareció vacilar; algunos pudieron notar que se había mordido los labios hasta hacerse sangre. "Después que vos", murmuró por último retirando la mano. Temía el resultado de esta última jugada.

"Es vuestro turno", replicó el otro con frialdad, "pero como queráis". Sacudió el cubilete, lo volcó sobre la mesa de golpe, y levantándolo exclamó con un juramento: "¡El Duque!". Había hechado el punto más alto posible. "Doce es el juego".

El joven, que era casi un muchacho, aunque de corazón, talvez el más gran jugador de los presentes, arrojó los dados no pudiendo contener un calofrío nervioso. "¡El Rei!" exclamó "¡viva y por muchos años!". Había hechado también doce. Jugaron de nuevo y ganó por dos puntos: nueve por siete. "¡Viva!".

"Rei ó Duque", respondió el hombre alto, conteniendo con una mirada á los circunstantes, los que parecían dispuestos á intervenir, "el dinero es vuestro, tomadlo".

"Dejadlo", contestó el joven alegremente, y con los ojos brillantes; y cuando el otro hubo puesto una suma igual, arrojó los dados con confianza. ¡Ai! esta vez eran un as y un dos. El otro jugador hechó un dos y un cuatro. "Más vale tarde que nunca", dijo, recojiendo el dinero. Y reclinándose en su silla miró á su alrededor con una sonrisa de satisfacción.

El joven se levantó. Las palabras que mostraron que no pertenecía al partido del Duque le habían enagenado la simpatía que antes sintieran por él los espectadores, y nadie le dirigió la palabra. Era aún mucho que guardaran silencio y no lo hostilizaran. Su rostro lívido era la verdadera imagen de la desesperación. De pronto, como si se acordara de algo olvidado, se sentó de nuevo y con mano temblorosa se quitó una cadena de oro que llevaba al cuello. "¿Quereis apostar contra esto?" murmuró:

"Contra eso, ó vuestra espada, ó vuestro cuerpo, ó contra cualquier cosa menos vuestra alma", contestó el otro con risa burlesca. Tomó la cadena, y después de examinarla, "os apuesto treinta coronas en contra", dijo.

Tiraron los dados, y el joven perdió otra vez.

"Os apuesto diez coronas contra vuestra espada, si quereis", continuó el ganancioso, observando el artístico puño del arma.

"Nó", contestó el joven con sequedad, ofendido por algo en el tono del otro. "Esta puedo necesitarla. Pero, os juego mi vida contra la vuestra".

"¿Vuestra vida contra la mia? ¿Con éstos?", contestó el ganancioso, levantando los dedos.

"Bueno, como queráis". A decir verdad, no había pensado en jugar su vida, había hablado impulsado por el despecho del vencido y queriendo provocar un desafío.

El otro movió negativamente la cabeza. "Nó", dijo, "nó. Nadie puede decir que Miguel Berthaud se haya negado alguna vez á dar desquite, pero la apuesta no sería igual. Vos habeis perdido todo cuanto teniais, amigo mío, y yo he ganado mucho. Soi rico ahora y vos pobre. No hay paridad en lo que arriesgamos. Pero os diré que puedo hacer. Apuesto vuestra cadena de oro y setenta coronas, si quereis... contra vuestra vida".

Una carcajada estrepitosa saludó la propuesta. "¡Ciento!", gritaron varios, "¡ciento!".

"Muy bien. La cadena de oro y cien coronas. ¡Así sea!".

"Pero... ¿mi vida?" murmuró el joven mirándolo asombrado. "¿Para qué os serviría mi vida, Señor Berthaud?".

"Eso es cuenta mía", respondió el otro con sequedad. "Si perdeis, vuestra vida es mía. Eso es todo. En buenas palabras, y para ser franco, os diré que necesito que me hagais un servicio".

"¿Y si no quiero hacerlo?".

"Entonces exigiré vuestra palabra de caballero de que os matareis. Observad, sin embargo, que si gano os deajo elegir, amigo".

Y se echó hacia atrás, encontrando con sonrisa ligera y ojos medio cerrados las miradas de admiración fijas en él. Los unos lo contemplaban asombrados, otros movían la cabeza con aires de inteligencia; los demás se reían ó se daban con el codo, hablando en secreto con aire misterioso.

Durante cuatro noches consecutivas, todos ellos, parroquianos asíduos de la casa, habían seguido este duelo de azar; pero jamás habían esperado un resultado tan inusitado y tan dramático como éste. Hombres como ellos ¿qué no habían visto? En la locura del juego habían llegado á ver jugando hasta lo más sagrado é íntimo de su ser en los momentos de desesperación contra la suerte; y hasta las ropas mismas que los cubrían, teniendo que volverse desnudos á sus casas al traves de las calles: porque las calles de París eran testigo entonces de escenas harto más extrañas que las que presenciaban ahora. Pero, ¿la vida? Sí, aún hasta eso habían visto arriesgar no una ni dos, sino centenares de veces; pero, jamás en tales términos, ni en apuesta de juego y menos todavía con los caracteres de originalidad de la que presenciaban. Así, con un ahinco que ningún duelo de la época hubiera despertado entre ellos, se agolparon ansiosos alrededor de la mesa, esperando el resultado.

El joven sintió un estremecimiento nervioso, pero contestó pausadamente: "acepto". Estaba en efecto, desesperado, había sido arrastrado hasta los últimos límites. Había perdido todo

cuanto tenía; el todo de un muchacho que llegaba á París á hacer fortuna, con un caballo, su espada, y un saquito de coronas; reunido este último gracias á la estoica frugalidad de su padre y á las privaciones de una madre cariñosa. Una semana antes, no había visto jamás una carta, ni conocido lo que era un juego de azar. Después, había visto, se había tentado con los dados que se atravesaban en su camino, y el demonio del juego, herencia maldita de alguna de sus antepasados remotos, había despertado en él.

Su contendor, siempre con la sonrisa burlona en los labios, tomó el cubilete. Pero un hombre de baja estatura y fornido, que vestía los colores del Duque de Guisa, intervino. "Nó, Miguel", dijo, con una mirada de benevolencia para el joven jugador. "Deja al muchacho que escoja sus dados y juegue primero ó último, como quiera".

—"Bueno", contestó Berthaud, bostezando. "No importa, mi estrella me favorece esta noche. No puede ganar".

Bazán tomó los dados, los sacudió, titubeó un momento, y decidiéndose repentinamente, hechó... ¡siete!

Berthaud tiró descuidadamente é hizo... ¡siete!

Unos dieron un grito, otros respiraron con fuerza, como aliviados de un peso, los más murmuraron entre dientes un juramento. Estos espíritus salvajes, que habían desafiado la muerte en mil formas diversas, tenían no obstante algo de niños y encontraban un placer intenso al presenciar algo nuevo para ellos.

—"Tu estrella puede favorecerte", murmuró el hombre que interveniera antes, "pero... amenaza ocultarse, Miguel".

Berthaud no contestó. El joven le hizo señas que jugara. Jugó de nuevo... ¡ochó!

Bazán, con mano trémula que apenas dejó salir los dados del cubilete jugó á su vez, é hizo... ¡siete! Había perdido.

Era de esperar una exclamación, un grito de ira ó desesperación, pero nada de esto hubo. Se oyó un murmullo en el círculo de espectadores. "Berthaud va á reclutarlo", gruñó uno. "Bien curioso el juego", murmuró otro y se sumió en una meditación profunda. Pero ninguno volvía á ocupar su sitio en las otras mesas. Esperaban las consecuencias, el resultado. Porque el perdedor, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos continuaba sentado, como no fándose cuenta de lo ocurrido, hasta que su contrario le tomó del brazo. "¡Valor!" dijo Berthaud, con destello de triunfo en los ojos, "una palabra en privado, si gustais. No hay para que desesperarse. No tenéis más que hacer lo que os pida y podeis llegar hasta los sesenta años".

Obediente á la señal, el joven se levantó, y el otro llevándolo aparte empezó á hablarle en voz baja. Los demás jugadores agrupados cerca de la mesa abandonada no alcanzaban á oír lo que se decía; pero uno ó dos con varios pretextos, se acercaron un poco, y de una que otra palabra que alcanzaron á sorprender, sacaron sus deducciones, las que comunicaron á los otros con aires de importancia. Una cosa se veía claro. El joven resistía á la proposición que se le estaba haciendo, protestaba con ira. Concedió, sin embargo, porque momentos después tomó su capa, se cubrió, y evitando al parecer las miradas de los demás, salió, acompañándolo Berthaud hasta la puerta, pudiéndose oír las últimas palabras del ganancioso: "Eso es todo", le dijo, "si tenéis buen éxito en lo que os he exigido, Señor de Bazán, quedamos en paz y tendreis además cincuenta coronas. Si fracasais no haceis más que pagar vuestra deuda. Pero no fracasareis. Recordad... media hora después de la media noche. Y, ¡valor!".

La fiebre del juego circulando por sus venas lo había abrigado y blindado contra el frío, la humedad y la tristeza producida por el aspecto abandonado y tético de las calles; y aún contra todo recuerdo importuno del hogar paterno. Además gracias al buen caballo, á sus camisas con encaje y á sus galones de oro, sacrificados en aras de la suerte, no podía ésta volver-

se en su contra esta vez! Recuperaría de nuevo esto y además todo el dinero que había perdido.

Así pensaba al entrar. ¿Y ahora? Se detuvo un momento en una callejuela lóbrega y angosta, y descubriéndose miró al cielo, dejando que la lluvia refrescara su ardorosa frente; miraba hacia arriba y al ver que una masa de nubes atravesaba el angosto pedazo visible entre los techos, se dió cuenta con asombro y anonadado que era él en persona quien estaba allí ahora, en esa noche oscura y tempestuosa, arruinado hasta el punto de haber perdido hasta su misma vida; y que era también el mismo quien había llegado á París una semana antes, rico en esperanzas, vida y juventud. ¡Solo una semana antes!

Recordaba, una falta de que se había hecho reo allá en su tierra, de la cual en vez de responder como hombre y como caballero, había huido la indignidad, aprovechándose de la salida que le ofrecía la indignación de su padre al mandarlo fuera, y dejando tras sí con todo el peso á su cómplice más débil é indefenso. Y le parecía que lo que le pasaba era su castigo. Se levantó ante él la vieja casa de sus padres con su aspecto anticuado y vetusto. Vió el jardín de su madre, el enorme granero y el foso seco medio cegado por las zarzas, donde había jugado cuando niño. Y sintió una calma estraña, mitad apatía, mitad resignación. Este era pues, su castigo.

Emprendió la marcha con rapidez en dirección al Louvre, pero al llegar á la plazuela abierta ante el palacio, desde donde podía ver la gran puerta, se detuvo y recorrió con la vista los alrededores, como si titubeara. Frente al puente levadizo ardía la hoguera de un puesto de guardia, humeante y chisporroteando con la lluvia, y al reflejo rojizo que despedía se alcanzaba á ver las formas de uno ó dos hombres de pie, probablemente centinelas. Después de detenerse en duda durante más de un minuto, Bazán se deslizó rápidamente hasta el portal de la Iglesia de San Germán y Auxerrois y desapareció en el ángulo que formaba ésta con el claustro.

Haría una media hora que esperaba cuando se notó movimiento hácia la puerta de Palacio. Dos hombres salieron conversando con aire de intimidad y se detuvieron un momento mirando al cielo, como si hablaran del tiempo. Se separaron; y uno de ellos, que aún á la escasa luz reinante podía verse era alto y delgado, atravesó el espacio abierto en dirección á la Rue des Fosses, calle que pasaba junto al claustro. Entraba apenas en la calle, cuando Bazán, quién había seguido atentamente su menor movimiento, salió de la sombra y le tocó el brazo.

El hombre alto se volvió, retrocediendo vivamente. Llevó la mano á su espada y la sacó en parte de la vaina "¿Quién sois?" dijo luego tratando de distinguir en la oscuridad las facciones del otro.

—"¿El Señor de Crillon, no es verdad?", preguntó el joven.

—"Sí. ¿Y vos, mi joven Señor?"

—"Me llamo Claudio de Bazán, pero no me conoceis. Tengo una palabra que deciros".

—"Habeis escogido una hora bastante estraña, amigo mio".

—"Hay cosas que son siempre oportunas", respondió el joven con un tono algo imperioso, debido á las circunstancias y á la tensión nerviosa en que se encontraba.

"He venido á preveniros que vuestra vida está en peligro. No salgais solo, Señor de Crillon, ni paseis por este camino de noche. Y sea donde fuere, andad en adelante por el medio de la calle".

—"Os agradezco el aviso", contestó el hombre alto con voz fría y satírica, mientras sus ojos seguían escudriñando las facciones de su interlocutor. "Pero, lo repito, habeis escogido una hora bien estraña para darlo, joven Señor. Además vuestro nombre es nuevo para mí y vuestra cara desconocida".

—"No tenéis para qué conocerme", dijo Bazán.

—"¿Sí? pues á mí me parece lo contrario, con perdón vues-



tro", replicó Crillon, con aspereza. No acostumbro asustarme por pequeñeces, ni quiero dar á hombre alguno derecho para decir que me ha asustado á humo de pajas".

—“¿Os convencereis si os digo que yo he venido aquí á mataros?” gritó el joven impetuosamente.

—“Sí, si quereis decirme también porque no lo habeis hecho ó por lo menos ensayado”, repuso Crillon secamente.

Bazán no había pensado en dar detalles; su intención fué poner al otro en guardia é irse, en seguida. Pero bajo el impulso del momento, arrastrado por la excitación, habló, y contó toda la historia, y Crillon, después de llevarlo bajo el alero de una casa para que los protegiera de la lluvia, escuchó. Escuchó atentamente, él, que conocía todos los planes tenebrosos, los escándalos, los celos é intrigas viles de esa Corte semi francesa, semi italiana, que combinaba de extraño modo para lograr sus fines la fuerza con la astucia y el fraude. Aún después de oirlo todo, cuando Bazán tocando ligeramente la resolución que había formado de prevenir á la víctima en vez de atacarlo, se calló de repente, con aire cortado; continuó en silencio por algunos momentos. Por fin preguntó: ¿I ahora qué hareis, amigo mio?”

—“Volver” respondió el joven.

—“¿Y después?”

—“Pagar mi deuda”.

El Duque soltó un juramento formidable (era su lado flaco) y con repentina violencia cogió á su compañero del brazo y hechó á andar apresuradamente. “A casa de Simón”, murmuró. “Donde Simón, amigo mio. Conozco el sitio. Le cortaré el pescuezo á ese canalla de Berthaud”.

—“¿Pero, qué gano yo con eso?” contestó el joven, con algo de amargura. No por eso he dejado de perder, y debo pagar mi deuda.

Crillon se detuvo de pronto; la oscuridad que ocultaba su cara impedía ver su emoción. “Cierto”, dijo pausadamente. “No había pensado en eso. Nó, no había pensado en eso. Pero ¿pensais hacerlo? ¿Y si lo mato?”

—“He jugado la vida y la he perdido”, contestó Bazán con orgullo. “He dado mi palabra y soy caballero”.

—“¡Fiugh!” silbó Crillon. Lanzó otro juramento y se detuvo. Era un grande hombre, extraordinariamente hábil y lleno de espicientes y de ideas, pero la situación era enteramente nueva. Sin embargo, después de pensar un minuto se le ocurrió una idea. Volvió á ponerse en camino nuevamente, tomando del brazo á Bazán, y arrastrándolo con la misma prisa y violencia. “Donde Simón”, gritó como antes. “Valor, amigo mio. Le jugaré vuestra vida y la ganaré, os rescataré. Después de todo es bien sencillo, de lo más sencillo”.

—“No aceptaré”, contestó el joven con tristeza. Se dejó llevar sin embargo. “¿Qué apostareis contra mi vida?”

—“Cualquier cosa, todo”, exclamó su nuevo amigo atrevidamente. “La mia misma si es necesario. ¡Valor, Señor de Bazán! ¡valor! Lo que Crillon quiere, Crillon puede. No me conoceis todavía, pero me habeis gustado, os lo aseguro”. Y lanzó otro formidable juramento. “Os aseguro que ganaré y sereis mio”.

No dió tiempo al joven para hacer más objeciones, y tomándolo del brazo, lo llevó apresuradamente al traves de las calles hasta llegar á la puerta de los aleros. Llamó á ésta con el aire del que no lo hace por primera vez, y ante quien todas las puertas se abren. En la pausa que hubo antes de abrir, Bazán habló: “¿No estareis en peligro aquí?”, preguntó algo asombrado.

—“¿Por ser una de las guaridas de los parciales de Guisa?”

Cierto. Pero en todas partes hay peligro. Ningún hombre puede morir antes de su hora ni sin la voluntad de Dios. ¡Y soy Crillon!”

El aire soberbio con que dijo la última frase preparó á Bazán para lo que había de seguir. En el momento de entreabrirse la puerta, Crillon le dió un empujón y atravesando el corredor con paso firme. Pasó el dintel y se detuvo sonriendo mirando el grupo de caras espantadas y atónitas vueltas hacia él; se quitó la capa y se la hechó sobre el brazo izquierdo. Su alta estatura hacia siempre resaltar su persona; esta noche venia saliendo de Palacio y vestía de negro, y lila, el pomo de su larga espada incrustado con piedras preciosas, y la orden del Espíritu Santo resplandecía en su pecho. Esta elegancia ponía más de manifiesto los adornos pretenciosos y chillones de los aventureros. Los saludó friamente. “Lluviosa la noche, caballeros”, dijo.

Algunos de los que estaban más distantes se habían levantado, y todos, se agruparon como un rebaño de ovejas al divisar un lobo. Uno de ellos contestó de mal humor el saludo.

—“¿Me considerais como un intruso, señores?” continuó con afable sonrisa, aceptando como un verdadero homenaje la conmoción que su entrada causara. Porque era vanidoso. Buscó á un antiguo amigo, al Señor Miguel Berthaud, quien está aquí según creo”.

—“¿Y para qué lo quereis” contestó el jugador alto y moreno, con aire de desafío. Era el único de entre los presentes que pudiera considerarse en algo siquiera como un adversario capaz de hacer frente al recién llegado, pero aún sus ojos insolentes debieron bajarse ante la tranquila mirada de Crillon. “¿Para qué me quereis?”

—“Para proponeros una partida de juego”, contestó Crillon, Señor Berthaud, tengo una propuesta que haceros. Su vida es vuestra, la habeis ganado. Bueno, os la juego contra quinientas coronas”.

El ceño amenazador de Berthaud no se relajó en lo más mínimo. “Nó”, dijo con desdén. “No jugaré con vos, Señor de Crillon. Dejad que ese necio muera. ¿Qué es él para vos?”

—“Nada, pero tengo el capricho de rescatarlo” replicó Crillon con tono ligero. “Vamos, apuesto mil coronas contra él. ¡Mil coronas por una vida! ¡Por Dios!” agregó con una mirada irónica á Bazán. “¿Sois caro amigo mio!”

Berthaud sacudió la cabeza negativamente. “Nó, no jugaré. He ganado su vida y exijo que me pague”.

—“¿Dos mil entonces! ¡Dos mil hombre! Y agrego mi cadena. Vale quinientas más”.

—“¿Nó! ¡nó! ¡nó!”

—“¿Entonces, decid contra qué quereis jugarla!” ruió el grande hombre con el rostro inflamado de ira. “Con mil demonios! ¡Qué quereis jugar contra ella. ¿Qué quereis jugar en contra?”

—“¿La vuestra!” murmuró con gran suavidad Berthaud.

Bazán respiró con fuerza, sobresaltado: por lo demás, el silencio era tan intenso que se podía oír la caída de las brazas en el hogar. La audacia inmensa, sin límites del desaffo hizo sonreír á algunos y asustarse á otros. Pero ninguno sonreía más burlonamente que Berthaud, el desafiador, ni nadie se inmutó, menos que Crillon, el desafiado.

—“¿Alta es la apuesta!” dijo, alzando la cabeza con aire un poco sardónico, casi de broma; y miró alrededor como lo haría un lobo al verse atacado por ovejas. “Mucho exigís, Señor Berthaud”.

—“Pediré menos, entonces”, replicó Berthaud con ironía. “Si gano os daré su vida. Quedará libre sea que ganeis ó perdaís, Señor de Crillon”.

—“¿Es demasiada generosidad!” con el mismo sarcasmo.

—“Mucho ó poco, podeis tomarlo ó dejarlo”.

—“¿Queda entendido?”

—“Sí”, repuso Berthaud con reverencia burlesca.

—“¿Entonces, acepto”, exclamó Crillon, y con un movimiento tan brusco que muchos retrocedieron, se sentó á la mesa.

—“Las condiciones son claras”, prosiguió con aspereza. “Si gano, si gano, salimos libres, Señor Berthaud. Si pierdo, el Señor de Bazán queda libre, y yo me comprometo bajo mi palabra de honor, de noble, á matarme antes de amanecer”.

Probablemente ninguno de los presentes sentía un asombro igual al de Berthaud. Su cara lívida se encendió ligeramente, y un destello de alegría feroz brilló en sus ojos. Pero toda su respuesta fué: “Sí, estoy conforme”.

—“¿Entonces, jugad!” dijo Crillon.

Su sonrisa era tan tranquila, su manera tan natural y su voz tan segura como al entrar. Los viejos jugadores que rodeaban la mesa y que habían visto como última puesta, veían á este otro arriesgar la suya por un mero capricho, con sentimientos bien diversos: con asombro, con admiración y una impresión de inferioridad que no hería tanto su amor propio como despertaba su interés. Por el momento, el hombre que dominaba la muerte, era un semidios.

—“¿Jugad!” repitió Crillon. “¿Jugad! Pero, cuidado con esa luz, os está quemando la manga”.

Era efectivo; la manga empezaba á arder. Berthaud, retiró la luz, y como si la sangre fría de su enemigo lo pusiera fuera de sí, hechó los dados con furia, volcando el cubilete sobre la mesa y levantándolo, después con un jesto de desafío. Soltó un juramento terrible: su cara se puso lívida. No había hechado sino dos ases, el punto más bajo.

Crillon hechó un as y un dos, lo indispensable para ganar.

—“No prodigo nada inútilmente”, dijo.

Pero pocos oyeron sus palabras; su adversario talvez y uno ó dos más, porque de un extremo á otro la sala retumbó y las vigas llegaron á temblar á los gritos de “Viva “Crillon”. “El bravo Crillon!” lanzados por una veintena de voces. Desde entonces y hasta su muerte no fué conocido en la Francia entera bajo otro nombre.

Se levantó é hizo una reverencia con aire soberbio y arrogante. “Adios Señor Berthaud... por ahora”, dijo, y si no hubiera sido demasiado orgulloso para rebajarse á amenazar se habría creído ver una amenaza en sus palabras. “Adios caballeros”, continuó, terciándose la capa. “Muy buenas noches, y mejor fortuna. Señor de Bazán ¿tendreis la bondad de acompañarme? Os advertiré que habeis cambiado un amo por otro”.

—“¿Lo que querais!” exclamó el joven apasionadamente. La extraña audacia del otro había conmovido su naturaleza hasta lo más profundo. “No teneis más que pedir y se hará”.

—“Muy bien”, contestó con gravedad Crillon, “así sea. Os tomo la palabra. Aunque fijaos, Señor de Bazán, lo que os voi á pedir no es poca cosa. Es algo”, deñeniéndose, “á lo que yo mismo tengo miedo”.

—“Oidme. Mañana el Rey cena en casa de la Señora de Sauvés. Yo estaré con él. La casa está en la Rue de l'Arbre Sec, dos puertas más allá del Convento. Aquí teneis cien coronas. Vestios de modo que parezcai uno de mis caballeros, y esperad mi llegada cerca de la entrada. Seguidme entonces, y en la cena poneos de pie tras de mi silla, como los demás de mi comitiva”.

—“¿Y eso es todo?” preguntó Bazán atónito.

—“Nó, no es todo”, contestó Crillon con sequedad. “El resto os lo diré al oído al pasar”.

—“¿Soi vuestro! Haced de mí lo que querais”, protestó Bazán...

La noche siguiente, en cuarto para las nueve aguardaba ya fuera de la casa de la calle de Arbre Sec, se colocó, aunque no sin dificultad, en primera fila y espasó, examinando con impaciencia febril á cuantos entraban.

Crillon no parecía, pero pronto un gran clamor proclamó la venida del Duque de Guisa, y este noble entró pausadamente,

recorriendo con mirada de águila las caras respetuosas de la multitud. Momentos después, por la conversación de los que lo rodeaban se impuso que el Rey se acercaba.

Fué recibido con excesiva frialdad, y solo aquellos que estaban inmediatos á la guardia se tomaron el trabajo de saludar y eso descuidadamente.

Bazán alzando su sombrero gritó á voz en cuello: “¡Viva el Rey!”. Iban seis personas en el coche, pero Enrique (cuya cara delgada y pálida y escasa barba no permitían equivocarse sobre su persona) notó el saludo y quién lo hacía, y su mirada puso al joven en tal confusión que casi le cuesta caro; porque solo al cerrar sus filas los guardia tras el coche vino á notar á Crillón sentado junto á la portezuela más cercana. Apenas lo vió, se adelantó mezclándose con la servidumbre que seguía el carruaje y consiguió entrar.

El patio, presentaba gran confusión, por lo que Bazán no tuvo dificultad alguna para acercarse á Crillón y cambiar con él unas pocas palabras. Fué tal el afecto que le produjera la orden susurrada á su oído, que no se dió cuenta de nada de lo que pasaba á su alrededor hasta encontrarse en una larga galería esperando junto con otros miembros de las comitivas de los grandes, mientras éstos conversaban en uno de los extremos.

Pero no tuvo tiempo para fijarse en ellos ni en las grandezas del nuevo y espléndido medio que lo rodeaba, porque las puertas se abrieron de par en par, y en medio del silencio general pasaron los grandes de la Corte al comedor, donde estaban ya, sentados ó de pie, el Rey, el Duque de Guisa y varias damas, quienes habían entrado por otra puerta. Bazán siguió con el grupo de caballeros de las comitivas, y viendo á Crillón que se preparaba á tomar asiento, no lejos de la plataforma y dosel que marcaban el sitio del Rey, se colocó inmediatamente tras de su silla.

Si las palabras que Crillón murmuró á su oído no hubiera ocupado por entero sus pensamientos, Bazán hubiera sentido mayor admiración por la escena que ante él se presentaba, que, sobrepasaba en lujo todo lo que hubiera podido imaginar el joven provinciano. La sala, cuyas murallas y techo eran artonados de cedro, estaba tapizada con ricos cortinajes de terciopelo azul y alumbrada por un centenar de bujías. La mesa resplandecía con los exquisitos manteles y vajilla de oro, con lozas de Palissy y vasos de Cellini. Era difícil sospechar que hubiera peligros ocultos bajo aquellas sederías, aquellas copas centellantes, tras los risueños ojos; más difícil aún descubrir bajo tan hermosas apariencias el peligro de que aún Crillón tenía miedo.

Pero para Bazán, mientras esperaba con sus nervios torturados por la tensión de la espera, todo esto era nada. No era para él sino lo que son las flores más hermosas para el hombre que ve una víbora serpenteando entre ellas y presta á lanzarse. La orden de Crillón le había revelado todo en una sola frase, de modo que cuando reconoció á Berthaud al lado opuesto de la mesa, cerca del extremo superior y atendiendo al Duque de Guisa, no sintió la menor sorpresa y solo una fuerte sospecha sobre el lado de que podría venir el peligro que se temía.

Era el Rey un hombre de unos treinta y siete años y de apariencia tan afeminada, que se hacía difícil creer que hubiera tomado parte en batallas y que en un tiempo hubiera dado esperanzas de llegar á ser gran capitán; tenía un perrillo sobre las rodillas y parecía oír con aire fatigado y de aburrimiento lo que le decía en voz baja una hermosa mujer sentada á su lado. Prestaba muy poca atención en apariencia á sus palabras y menos entusiasmo por su belleza, comiendo apenas, pero mostrando tener gran sed. Sus ojos tenían expresión marcada de cansancio, y sus dedos delgados temblaban nerviosamente.

Bazán lo vió vaciar de un sorbo su copa; de oro apenas tomó asiento y alargarla para que se la llenaran de nuevo. Este servicio fué prestado por un solícito servidor, y por un momento, el Rey mantuvo la copa en la mano mientras conversaba con su vecina. La dejó en seguida sobre la mesa pero sin retirar su mano.

Un segundo después la sala entera resonó con un grito de alarma y de indignación, y todas las caras se volvieron en la misma dirección. ¡Bazán con audacia sin igual se había adelantado, había tomado la sagrada copa, arrebatándola casi de la real mano y la había vaciado.

Mientras algunos saltaban enfurecidos de sus asientos, otros se apoderaban del culpable y lo mantenían sujeto. Alguien más entusiasta que los demás ó más sensible al ultraje contra el Soberano, sacó su daga y le tiró una puñalada terrible al pecho. El golpe iba bien dirigido y con saña, pero fué diestramente parado por Crillón, quien había sido de los primeros en levantarse. Con un golpe de su espada envainada hizo volar zumbando hasta el techo la daga homicida.

—“¡Atras!” gritó, con voz de trueno, poniéndose delante del culpable. “¡Atras, digo! ¡Yo responderé al Rey de todo!”

Se abrió un espacio, ante sí, siempre sin sacar la espada de la vaina, y pronto una señal trajo rápidamente á su lado los dos guardias más cercanos (de su Regimiento) quienes cruzaron con presteza sus picas frente al prisionero, defendiéndolo de un ataque inmediato. En el intervalo todo el mundo se había levantado tumultuosamente, con excepción del Rey, que parecía el menos inmutado de todos por el incidente. Alzó la mano para imponer silencio.

—“¿Está loco?” preguntó tranquilamente. “¿Qué es lo que hay, Crillón?”

—“Voy á satisfacer á Vuestra Majestad”, contestó el cortesano. Pero antes de seguir, con un rápido cambio de tono, gritó con voz estentórea y rápidamente: “¡Detened á ese hombre de Ornano!!! Detenedlo!”

El aviso llegó demasiado tarde. El Corso saltó hácia la puerta con agilidad increíble, pero la muchedumbre impedía el paso y el hombre á quien Crillón se refería, el mismo que diera la puñalada á Bazán, y que no era otro que Berthaud, llegó á ella primero, la salvó de un brinco y se perdió de vista, aún antes que los que estaban cerca de la entrada se repusieran de la sorpresa.

—“Su Majestad ha preguntado, Señor de Crillón”, dijo alguien con tono altanero é imperioso “¿qué significa todo esto?”

—“Lo complaceré”, contestó Crillón fijando con dureza su mirada en la arrogante fisonomía de su interlocutor. “Y á vos también, Señor de Guisa. Se ha tratado de envenenar á mi Señor. Este joven, observando que una persona extraña servía vino al Rey, ha salvado la vida á Su Majestad! tomando el veneno.

Enrique de Guisa rió desdeñosamente.

—“¡Y en mi casa!” exclamó la Señora de Sauves en el mismo tono.

—“Nada he dicho contra la Señora de Sauves”, replicó Crillón, con firmeza. Por lo demás el Rey juzgará. El resultado es muy sencillo. Si el muchacho sale ileso es evidente que no había veneno en la copa y que soy un embustero. Si sufre las consecuencias ¡que diga el Rey quien miente!”

El efecto de las últimas palabras fué el atraer todas las miradas, y entre ellas la del Rey, hácia el prisionero. Bazán estaba reclinado contra la pared, con la copa apretada aún convulsivamente en la mano. Al volverse todos de común impulso á mirarle, su rostro empezaba á palidecer, un espasmo hizo temblar sus labios y un segundo después la copa caía de su mano inerte y rodaba por el suelo. Retirándose con un movimiento convulsivo del apoyo del muro, extendió las manos y buscó á tientas, como si, ya no pudiera ver, hasta que encontrando la alabarda de uno de los soldados trató de sujetarse en ella. Al mismo tiempo murmuró sordamente: “¡Señor de Crillón, ya habeis visto! ¡Estamos... ahora... en paz!”

Y hubiera caído al suelo, pero los guardias lo levantaron en brazos y lo sostuvieron, en medio del murmullo general de horror; para muchos valientes aún de aquella época, la muerte en esta forma era espantosa. Aquí y allá varias damas lanzaron gritos de espanto, otras se desmayaron. Entretanto la cara del joven se tornaba lívida, su cuello empezaba á ponerse rígido, los ojos á saltársele de las órbitas. El Rey lo miró y se estremeció. “¡San Dionisio!” murmuró, mientras gruesas gotas de sudor aparecían en su frente. “¡Qué escapada!” ¡Qué escapada! “¿No se puede hacer algo por salvarlo?”

—“Trataré de hacerlo, Sire”, contestó Crillón, abandonando por primera vez su actitud defensiva. Sacó un pequeño frasco del bolsillo, ordenó á uno de los guardias que mantuviera abiertos los dientes del joven por fuerza y vertió el contenido del frasco en su boca.

—“¡Valiente muchacho!” murmuró, “ha vaciado la copa. Solo le pedí que bebiere la mitad. Habría sido bastante. Pero es joven y fuerte, puede ser que escape”.



El Emperador de Alemania

NUNCA olvidaré los tres días, que con la pareja imperial alemana pasé en el castillo de Sigmaringen, el antiguo castillo de los Hohenzollern, á orillas del Danubio, no lejos del lago Costanza, perteneciente hoy día á la familia del Kronprinz de Rumania. Los reyes rumanos habían llegado previamente para recibir á sus imperiales huéspedes. La mansión real se hacía estrecha, pues gran número de príncipes y princesas de Alemania, con el príncipe y la princesa Leopoldo de Hohenzollern, se encontraban reunidos allí, movidos por extraña mezcla de miedo y de agrado al mismo tiempo ante la honra de conocer al Emperador relacionado con muchos de ellos por algún lazo lejano.

Tan luego como entré al departamento destinado para mí en el castillo, encontré un programa completo de las fiestas que seguirían á la llegada del Emperador, con indicaciones exactas sobre los vestidos que deberían llevarse en la estación y durante la noche.

La inmensa muchedumbre de príncipes, oficiales y altos personajes hallados al día siguiente en la estación me hizo perder

La Emperatriz vestía de blanco. Seguimos la procesión en medio del estampido del cañón, el resonar de las campanas y el clamoreo humano, ascendiendo por las estrechas calles de la ciudad hácia el castillo que la coronaba, profusamente iluminado.

Los huéspedes imperiales comieron en privado con los príncipes presentes en el castillo; pero, á las nueve, todos fuimos á tomar nuestros lugares en la sala de recepción, mientras el corazón nos latía con fuerza y los ojos centellaban de impaciencia y se dirigían á menudo, hacia la puerta por donde el real cortejo debía entrar.

Recordé en aquellos momentos que yo era la única representante de la raza latina y refrené mis preguntas y mis movimientos. Las damas de honor y los oficiales me trataron muy amablemente y, me hicieron colocar junto á la puerta.

El primer Chambelan golpea el suelo tres veces con una varilla de oro: sigue un gran silencio, luego se abre la puerta, y aparece el Emperador de Alemania, llevando del brazo á la Reina de Rumania. Vestía deslumbrante uniforme blanco de militar



Palacio real de Berlín

la esperanza de dirigir, siquiera una mirada al Emperador, pero mi buena estrella quiso que pudiera divisar por entre el hombro de una alteza real y la manga de un húsar, la pálida figura imperial, su frío semblante, sus llameantes ojos y su rígida boca. Le seguía la Emperatriz cuya risa sonora oí cerca de mí, mientras los besos y saludos iban y venían. Nos dirigimos á la escalinata para verlo subir al carruaje y saludar á la concurrencia. Después de un corto paseo, cuando la noche empezaba á esparcir sus sombras, me pareció más extraordinariamente pálido que al principio; no se dibujó ni una sonrisa en sus labios al dirigir su mirada á la alegre multitud, cuyas manifestaciones parecían no impresionarle, pero su mirada parecía hacer vibrar cada nervio.

Llevaba uniforme negro, con botones blancos, de metal, y adornos de plata; su yelmo, también negro, estaba bordado con plata.

que contrastaba con la cinta carmesí de la Orden Rumana. Su mirada era radiante, aunque severa su faz serena. Nueva ocasión de admirar sus ojos relampageantes que descubrirían su incógnito. Le siguen, la Emperatriz y nuestro Rei, á quienes apenas tengo tiempo de dirigir una mirada, pues, el Emperador y la Reina, se han detenido frente á nosotros.

Creo que estuve temblorosa y muy cortada, pero hice mi reverencia con tanto entusiasmo y agitación, que el Emperador se rió y la Reina le dijo: esta niña se encuentra en un momento interesante de su vida, no ha dormido en toda la noche pensando en el honor que la esperaba.

“¿Por qué?” preguntó el Emperador en inglés, sonriendo alegremente. Esta joven ha conocido ya muchos hombres notables, más grandes y más notables que yo. También ha visto emperadores, de modo que uno más ó menos no puede hacerle impresión.

Me dicen, señora, que cuando niña ha gozado Ud. del raro privilegio de pasar algunas veladas en casa de Víctor Hugo, ¿qué puede pues, impresionarla en mi presencia habiendo estado en presencia del Jenio?"

Como no pudiera yo atinar con la respuesta, el Emperador continuó: "nunca habría creído Ud. que tiene sobre mí una superioridad que le envidio. He visto todo lo que vale la pena de verse, pero no á Víctor Hugo ni á ningún verdadero genio literario. ¿Estaba muy encorvado por los años? ¿Hablaba claramente? ¿Cuáles eran sus tópicos favoritos?"

En este momento había recobrado mi sangre fría por completo; la Reina me sonreía y el Emperador seguía hablando.

"El inglés gana terreno rápidamente como lenguaje de las cortes" dije.

Un rápido movimiento del entrecejo me indicó que entraba en terreno prohibido y el Emperador cortó la conversación diciendo: "Mañana hablaremos de París, de literatura y de Ud. Ahora tengo que recibir á toda la gente que me espera, entre los cuales tengo amigos y conocidos", y se marchó rápidamente.

Mientras tanto había perdido de vista á nuestra Reina á quien quería dar las gracias por haber llamado la atención del Emperador sobre mi persona. Vagaba por entre la multitud cuando sentí un golpecito en el hombro. Era mi Reina que quería presentarme á la Emperatriz.

Hay algo de fresco y genuino en ella, que hace recordar á las sencillas heroínas celebradas por los poetas alemanes en cantos y baladas; díjome antes de partir que mi Reina le enviaría la traducción de mis baladas rumanas, pues le deleita el folk-lore.

Luego se retiró por entre la muchedumbre que abría paso respetuosamente.

Un príncipe me preguntó si había visto el diamante que la Emperatriz lleva en el pelo; diamante que fué encontrado en el sombrero de Napoleón I después de la batalla de Waterloo.

Seguí á la Emperatriz y traté en vano de ver el gran diamante. Su Majestad iba á llegar á la puerta y á desaparecer cuando al volverse me vió y exclamó con asombrosa intención: "Ahora, Ud. desea ver mis joyas, venga sin temor delante de mí. Estas perlas son hermosas pero demasiado grandes; mire este diamante, siempre lo llevo puesto".

Al día siguiente desperté con la conciencia de que algo inusitado había sucedido é iba á suceder. Una hora más tarde me paseaba á orillas del Danubio y lo observaba deslizándose apaciblemente.

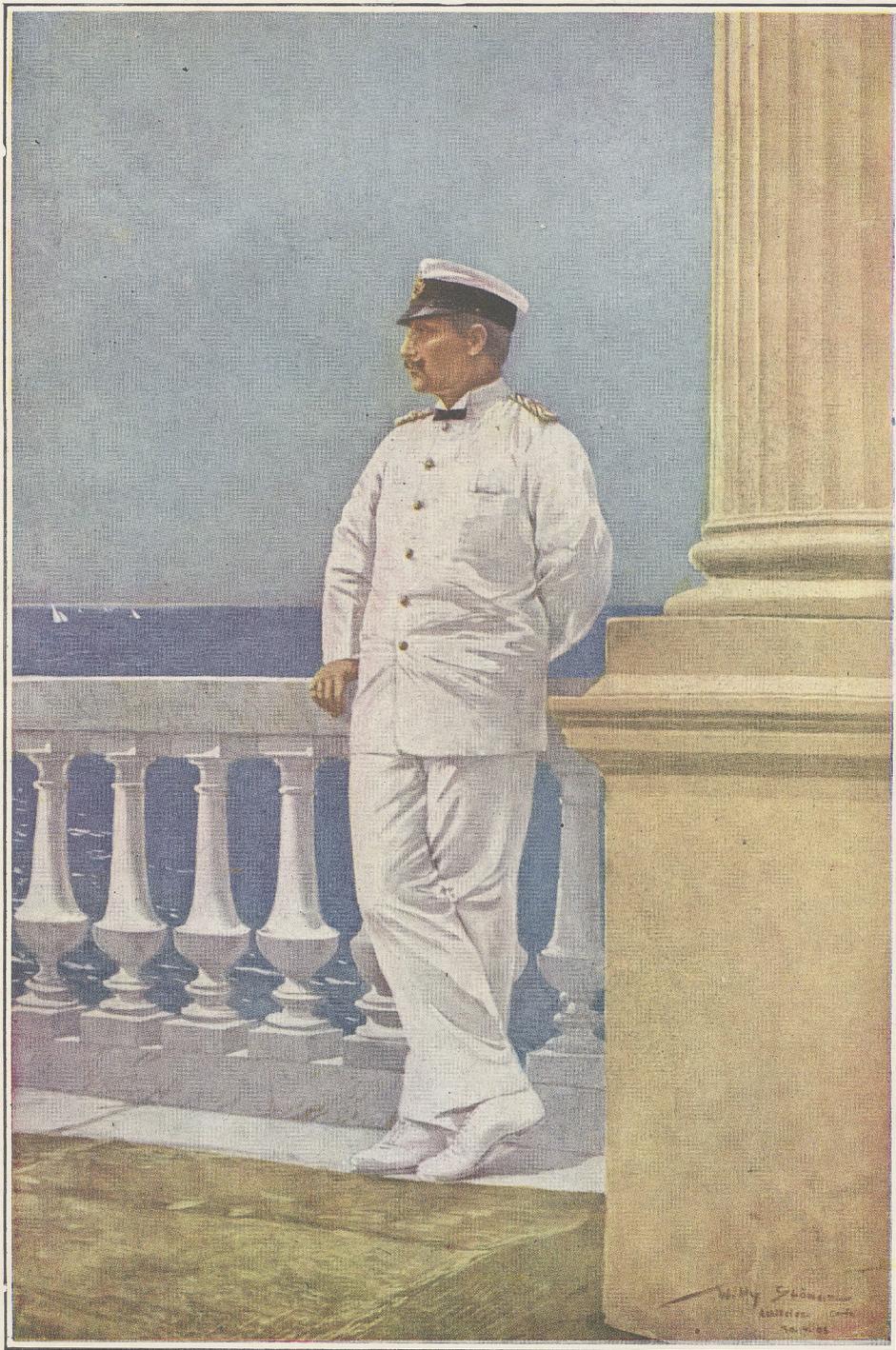
Me dirigí á la Avenida de los Príncipes, donde los Soberanos, príncipes, princesas, generales, edecanes y damas se paseaban luciendo toda una variedad de indumentaria. La Emperatriz vestía una delgada blusa gris de mañana y el Emperador un traje de caza; hablaban á cada uno que se detenía á saludar ó hacer reverencia.

La Emperatriz me preguntó sonriente cómo había empezado el día, si visitando ó comiendo. Habiendo contestado que lo último, me dijo: "Parece Ud. demasiado sana y razonable para llegar á ser un poeta muerto de hambre". El Emperador estaba de muy buen humor, mostrando los árboles, dando consejos sobre la crianza de perros, atravesando el prado para coger algunas flores silvestres. Señalándomelas, dijo: "No valen tanto como sus laureles pero son muy bonitas. Ahora dígame la verdad ¿ha estado Ud. refrescando sus laureles á la orilla del río?"

En la tarde recorrimos en carruaje las hermosas selvas que rodean á Sigmaringen. En medio del silencio del bosque nos sorprendió el sonido de trompetas y vimos pasar un grupo de ginetes en medio de los cuales cabalgaba el Emperador un corcel negro. Llevaba el uniforme de los Húsares de la Muerte. Otra vez, vi aquella expresión resuelta y la mirada refulgente de su pupila, perdida en la lejanía de la selva. Parecía una estatua de piedra, una imágen del Hadó.

Después supe que había recibido malas noticias de una huelga de obreros en Westfalia.

Pero á la hora del té, en el museo del castillo, noté que el Emperador había cambiado de ropa, de semblante y de humor. La sala estaba adornada con vitrinas que contenían maravillas



S. M. el Emperador de Alemania

Interrumpía casi cada frase, interrogando, en tono afirmativo, por ejemplo: "¿No me equivoco al pensar...? lo que significa "no puedo equivocarme". Y mordía su labio inferior hasta dejar señalados sus dientes en él y continuó: "Ud. escribe en francés, ¿verdad?" al fin concluirá por escribir en su propia lengua. Se que le gusta escribir francés y hablar inglés; por eso me he dirigido á Ud. en la lengua más agradable para la conversación ó por lo menos una de las más agradables".

del arte antiguo coleccionadas por el gusto esquisito del que fué príncipe de Hohenzollern. Guillermo II demostró vastos conocimientos en materias que corresponden á los anticuarios y á los conocedores. Era enteramente diferente del Emperador á quien había visto en la mañana, de aquel imponente jinete negro de la selva; sin embargo para un observador minucioso, la dureza de la mirada se mantenía velada solo á ratos.

“Le hice una broma sobre aquellos laureles, esta mañana” me dijo al acercarse á mí “y á propósito, ¿dónde está la famosa corona? He sufrido una decepcion; en cuanto llegué me dijeron que iba á conocer á un ser extraordinario, una joven que no es ni reina ni princesa, pero que usa corona, una corona de laureles dada por la Academia Francesa, y cuando espero ver una real corona de laurel, por la primera vez en mi vida, he aquí á la joven en cuestión, que se atreve á mostrarse sin nada en la cabeza, en la noche, y con sombreros sin gracia en el día, ¿dónde está esa corona? la cuelga Ud. á la cabecera de su cama ó á la ventana para que la admiren los transeuntes?”.

“—Señor, contesté, los Emperadores y los Reyes usan coronas en grandes ocasiones, pero los poetas no pueden hacerlo ni en el momento más grande de su existencia; de lo contrario Su Majestad habría visto la mía ayer y hoy. Nuestras coronas son invisibles; solo existen en la imaginación, así, poseemos riquezas, palacios y reinos fuera del alcance de la vista de los mortales.

“Y así no estará Ud. expuesta á perderlos”, dijo el Emperador. “Pero, hablando en serio, ¿piensa quedarse de poeta toda la vida ó pasará esa enfermedad? Considero un ser ridículo á una mujer que escribe”.

“Ya me habían dicho que á su Majestad no le gustaban las mujeres intelectuales y que solo les concedía el desempeño de los asuntos domésticos”.

“—No hasta ese extremo; las intelectuales son peligrosas y debieran llevar bozal para que no mordieran. Pero, ¿cree Ud.

que una mujer necesita ser intelectual para escribir? Por el contrario: la inteligencia de la mujer consiste en evitar el ridículo y en parecer bien. Ahora, ¿puede una mujer que escribe continuar siendo bonita? Los jestos, la actitud de una mujer que escribe, vencen todos sus esfuerzos estéticos. ¿Podrá mostrarse bonita una mujer que arruga el entrecejo para perseguir una idea ó concentrar su atención? Ahora, Ud. es muy inteligente, más de lo que puede esperarse de una mujer que escribe. Ud. está ahora tan sonriente, tan fría, tan inafectada como si yo no hubiera herido sus más altas nociones de mujer, talvez su amor propio”.—“No lo tengo señor, pero sí firmes convicciones que

nada podrá destruir”.—“De todos modos, tiene Ud. muy buen carácter y no es presumida ni pretenciosa. Voi á hacerle algunas concesiones: La música y la pintura pueden hacer la existencia de una mujer muy feliz y útil para su familia; concederé también que una mujer no sale de su sexo siendo poeta: las mujeres no son razonables, tampoco lo son los poetas. Tanto las mujeres como los poetas han nacido para confortar y alentar la alegría de vivir. Bueno, puede Ud. quedarse siendo poeta, sin exasperarme completamente”.

“—Agradezco á su Majestad su gracioso permiso”.

Rióse el Emperador y explicó la conversación á la Emperatriz, que prometió darle á leer las baladas rumanas.

En la comida brindó, con sonora y metálica voz, que hizo vibrar todos los corazones allí presentes.

Antes de la partida de sus Majestades fui á despe-

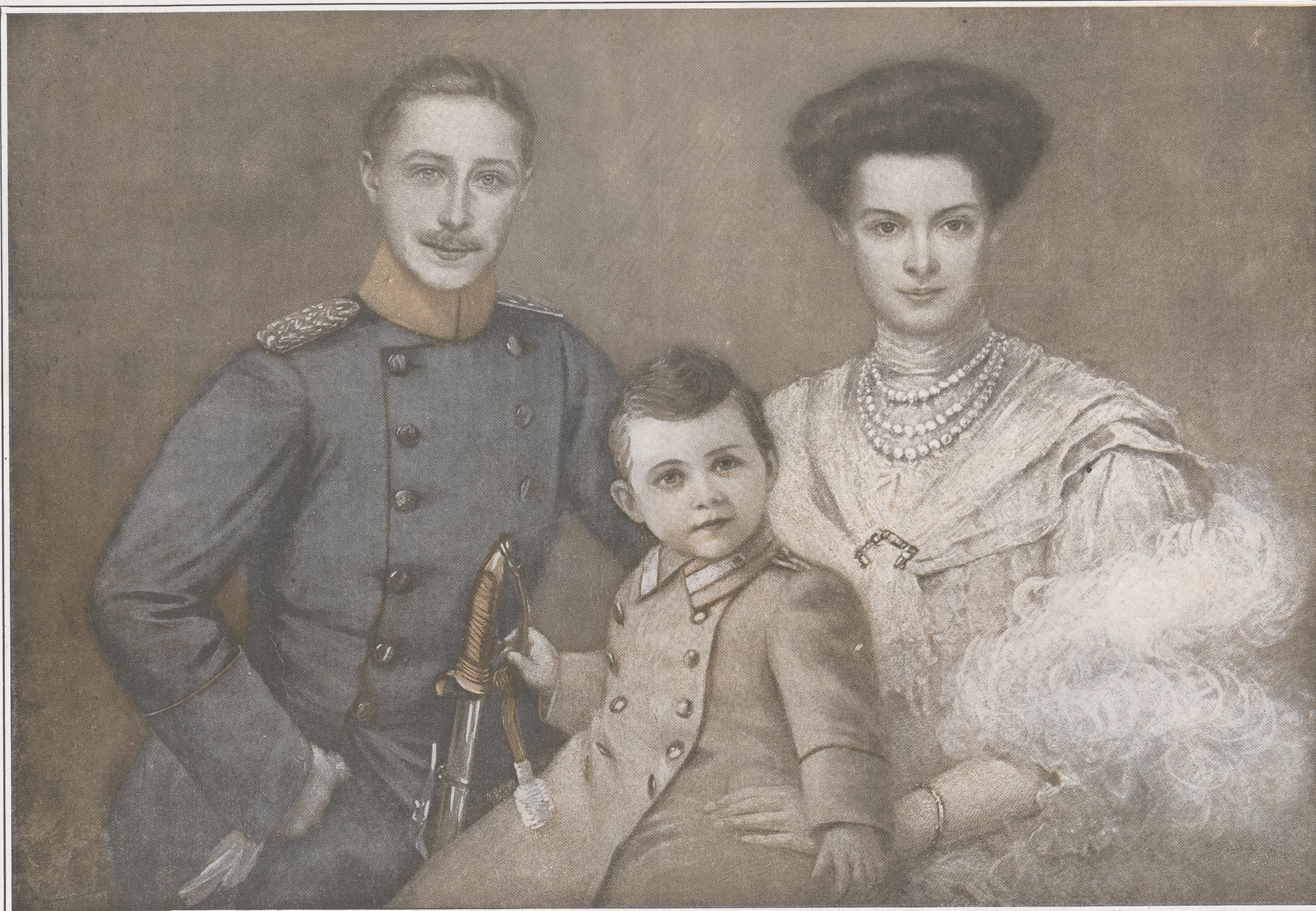
dirme: “Le deseo buena suerte y montones de coronas de laureles que le cubran hasta las cejas”, dijo Guillermo II. “Nó, dijo la Emperatriz, “le deseo felicidad en cualquiera forma que quiera gozarla”. Besé las manos y salí. Muchas veces he encontrado á los viajeros imperiales pero en ninguna parte como en esta ocasión he podido juzgar lo que hay de extraño y admirable en el Emperador de Alemania.

H. VACARESCO.



S. M. la Emperatriz de Alemania





EL PRINCIPE IMPERIAL DE ALEMANIA Y SU FAMILIA

DON EUSEBIO LILLO

PARA Don Eusebio Lillo, los vivientes de hoy somos posteridad. Su obra nos lleva una generación—si no dos—y se nos presenta limpia, sencilla, homogénea, invulnerable al apasionamiento de las tendencias literarias, y segura, por su claridad, de no ser falseada por ningún fenómeno de óptica histórica.

Es una obra de entusiasmo y de juventud. Nada de tristezas enfermizas ni de languideces enervantes; tiene una frescura de sonrisa.

Considerada como debe considerársela, en relación con su tiempo, resulta admirable,—venerable. Cuando Lillo empezó a escribir soplaban en Chile vientos románticos.

El romanticismo había venido de España, á donde Espronceda, el duque de Rivas y Zorrilla habían llevado esta modalidad literaria que recorrió las naciones europeas tomando en cada una de ellas una faz diversa.

En Alemania fué una protesta contra el espíritu de los enciclopedistas franceses que había dominado en casi todo el siglo décimo octavo. La crítica enciclopédica no dejaba lugar al ensueño, impedía el libre aletear de las esperanzas ultraterrenas, desgarraba las más bellas fantasías religiosas, mostrándolas como viejas decoraciones del vacío.

El romanticismo empezó entonces como una vuelta á las ensoñaciones del período gótico, á lo bello ilimitado, en el claro sentir de Juan Pablo. De ahí pasó á Francia. El romanticismo francés buscó sus elementos en la resurrección pagana del siglo décimo séptimo, y también en los tiempos medios.

Las poco místicas tendencias del espíritu francés lo llevaron á aquel esplendoroso período de la historia, en el que las pasiones se embriagaban en su propia omnipotencia sobre la razón fría y dialéctica. Luego pasó á Italia, y allí, como en Inglaterra, fué un retorno á las aspiraciones religiosas, y buscó en las más ó menos novelescas resurrecciones de los tiempos medios, las satisfacciones de su sed de colorido y de infinito.

La literatura sud-americana, reflejo entonces de la española, tuvo los mismos caracteres románticos que ésta.

Se puede decir que en América no han dominado poderosamente sino dos modos literarios: el romanticismo antes y el modernismo ahora. Hablamos de la lírica.

Tanto se imponía el romanticismo que no solo se adaptaba la producción literaria á las grandes líneas del pensar romántico, sino que muchas de las composiciones de la época parecen buscar aún las resonancias imitativas del acento de los escritores de esa escuela, en especial de Zorrilla, uno de los que más influencia tuvo en Sud-América. Son conocidísimos los versos que este poeta leyó en la tumba del crítico Larra. Empezaban:

Son conocidísimos los versos que este poeta leyó en la tumba del crítico Larra. Empezaban:

Ese vago rumor que rasga el viento...

En un certámen literario celebrado en Santiago el año sesenta y tantos para honrar la memoria de Salvador Sanfuentes, muerto hacía poco, obtuvo el primer premio una silva que empezaba:

En fúnebre concierto,
vago clamor dilátase doliente...

y el segundo premio otra composición que comenzaba con el mismo leit-motiv:

Qué es esa vaga y dulce melodía
que se dilata en torno tristemente
y murmura...

En esa atmósfera escribió Don Eusebio Lillo. Pero antes de hablar de la obra, conozcamos al hombre.

Esperábamos en el jardín de la casa, á la sombra de los árboles, mirando las flores que manchan aquí y allá el verde de las matas. Ariba, el sol de la tarde incendiaba el azul.

De pronto, en uno de los corredores se abrió una puerta y la simpática y todavía flexible figura de Don Eusebio, apareció, insinuándonos amablemente el avance. Cruzamos el jardín, saludamos al poeta, y entramos de lleno á una grata conversación en una sala de severo mueblaje moderno, con un escritorio cubierto de libros y revistas y adornada con innumerables cuadros de dorados marcos que flameaban en la sombra.

De regular estatura, nevados el bigote y los cabellos, de ojos vivísimos y sonrosado cutis, Don Eusebio acciona con vehemencia, haciendo relampaguear los cristales de los lentes que se quita y se pone nerviosamente. Al hablar sus jestos, intensos, pero no exagerados, tienen cierta elegancia despectiva que parece indicar un orgulloso despego de los hombres y de las cosas.

El poeta ha estado enfermo.

—La edad, nos dice. A los ochenta y dos años no se puede pasar bien. Sin embargo, hay algunos más viejos que yo... un profesor mío, Don Ramón... Don Ramón...

—¿Briceño? apuntamos con un comienzo de certeza.

—El mismo.

Ante nuestro intento de rendirle un sincero homenaje.

—¿Por qué se ocupan de mí? nos dice. Ocúpense de los jóvenes. No creo en las loas verbales; quisiera que me considerasen olvidado,—y, á un ademán de protesta hecha por nosotros, agregó, reforzando su pensamiento,—quisiera que me considerasen como no nacido...

Sus jestos acompañaban á sus palabras; pero sus ojos no. Pequeños, vivos, luminosos, jugaban con una chispa de alegría ante nuestras frases de admiración á la sana espiritualidad de sus versos.

—No insista sobre eso que Ud. llama lijereza, gracia, levedad de mis versos. ¿Sabe por qué no son tristes, melancólicos, llorones? Pues, por algo muy sencillo, porque en mi vida he hecho más dinero que versos... He pasado contento, sin que me importen las opiniones ajenas. Vea Ud., hace algunos años, un diario dió la noticia de haber ganado yo un pleito de más de un millón de pesos... ¡Hubiera visto Ud. esta casa! Se llenó! —Señor, aquellos versos de Ud. á la violeta ¡qué hermosos! —Qué admirable su composición *El Junco*! Y así, todos mis visitantes agotaban los elogios de lo que yo no estimo. Le aseguro, mi amigo, que es horrible oír frases como esas cuando se sabe que no son sinceras, que son interesadas!

No debía creer sino á los literatos. (Los que mienten menos). Pero trataba á muy pocos. ¿De los nuevos? No los conocía. Oía hablar de algunos, pero su memoria no retenía los nombres por mucho tiempo.

Le hablamos de P. A. González—¿González? no...; sí, creo haber leído algo de un joven González, que me llamó a atención; pero no recuerdo bien.

Y volvió á su tema. Quiere que lo olviden, que no se ocupen de él.

—Artísticamente, dijimos, un creador es inseparable de su obra, y la suya es ya nacional. ¿Cómo esquivarse á la mirada de la actual generación que tantas veces ha tenido en los labios la frescura de los versos de Ud?

Insistió. Y como viera que nuestra vista se detenía por cuarta ó quinta vez en las páginas de una tela sumida en la penumbra —¿Es Ud. aficionado? ¿Le gustan los cuadros?

Abrió la ventana, y, alegre y decididor, nos fué mostrando su valiosa colección pictórica.

Aquí un paisaje, árboles, llanuras; allí un magnífico desnudo, de rubios contornos, admirablemente envueltos, original de David, de los buenos tiempos en que el maestro estaba en su primer apogeo; acá unos jentilhombres de Juan Francisco González, el español, llenos de soltura fino colorido, y en graciosa actitud



Don E. Lillo en su escritorio

mosquetera; arriba, en un lienzo de oscura entonación, un grupo de hienas híspidas, del pintor italiano Bouvier. A la derecha un curioso agrupamiento de figuras pintadas en plancha de cobre,—¿alguna escena histórica?

—Lo traje de Bolivia, nos dice el poeta. Qué buenas obras hay allá! Tienen un Ribera que vale un dineral. Todo eso lo tienen desde el tiempo de la conquista. Durante el coloniaje fué pasmosa la corriente de civilización hácia el sur de Bolivia.

Nos habla de su viaje.—¿Qué buena jente!

—No conozco la de ahora. La de mi época era excelente. Mantengo intactos los recuerdos de las amabilidades que recibí. Entonces habfa allá un buen poeta, Ricardo Bustamante. ¿Tienen ahora alguno?

Le nombramos dos ó tres. Conocía de nombre al delicado Villalobos.

Pasamos á otra sala. Más cuadros. Estanterías llenas de libros. Al ver algunos nombres célebres en el lomo de los volúmenes.

—Que bien acompañado vive Ud., Don Eusebio.

—Sí, son mis buenos compañeros. Sin ellos ¿qué sería mi soledad?

Nos detuvimos, en otra sala aún, ante una tela de Alfredo Valenzuela Puelma.

Recibiendo la luz al través de los arabescos de hierro de la ventana, se presenta el lienzo. De pié, un musulmán de jaique y turbante blancos, levanta el velo de una esclava de venta, sentada junto á un muro. Ante esa mano que la desnuda, la mujer cruza los brazos á la altura de la cabeza, queriendo impedir que la negra mirada del musulmán caiga sobre su cuerpo.

Indicamos algunas bellezas dominantes en el colorido, y lamentamos que el ilustre artista esté perdido ya, definitivamente, por la extraña luz de insensatez que aceraba sus claros ojos azules.

—Este cuadro, nos dice, fué pintado por Valenzuela en el taller de Benjamín Constant. Aquel orgulloso artista quería mucho á Valenzuela.

Abrió una puerta. El comedor. Una mesa totalmente cubierta de fruterías rebozantes. Y mientras aceptábamos las amabilidades del maestro, volvimos á interrogarle discretamente sobre su vida literaria. Se nos quería escapar, pero le cruzábamos el camino.

—¿Sofía? Escribía bien. Hacía versos, en aquellos años en que otros los fabricaban.

Creimos adivinar:

—¿Don Guillermo Matta? Los Matta?

—Me gustaban los versos de Francisco... ¿Ha leído Ud. á Sanfuentes? "El Campanario" es un bello poema. ¿Por qué se olvidan de eso?

Le aseguramos que Sanfuentes no está olvidado, que se le lee aún, pero poco, como á casi todos los muertos. En Chile los poetas se mueren de veras...

Sonrió. Y mientras nos servía en una copita de dorado baccarat un aromado Pedro Ximenes, insinuamos al poeta la idea, que tantas veces se le ha propuesto, de reunir sus composiciones en volumen.

—Hace algún tiempo, un amigo mío, un señor Silva, muy admirador de mis versos,—aunque era Notario, dijo sonriendo, se empeñó en hacer un libro de lo poco que he publicado. Tuve que oponerme decidido, enérgicamente, porque si no... lo hace!

—No entraría en ello, aparte de otras consideraciones que ignoramos, pero que respetamos, cierto temor por el criterio artístico del Notario? Nó, señor. Era muy inteligente. ¿O cree Ud. que un Notario no puede ser inteligente?

—No, Don Eusebio.

Y reímos francamente.

Insistimos. Su amigo le dió un buen consejo, y quería hacer una buena obra.

Sus versos no deben estar dispersos. Es Ud. de los poquísimos poetas que no ha sentido la influencia directa, despersonalizante, de los grandes románticos, ni aún de Zorrilla... (ahuyentamos del espíritu la imagen de soñadores ojos y de ensortijada cabellera de Alfonso de Lamartine).

—Sí, á pesar de gustarme mucho: ¡qué facundia!

—Lo ha salvado su buen fído. No siempre sus ideas son brillantes; pero todas las viste con armonioso y amplísimo ropaje verbal.

—Justo.

—¿Y al otro gran romántico, Hugo?

—Lo leí poco. Sus grandiosidades no van con mi modo de ser. Como al Ande, lo miro, admirándolo, pero sin acercarme mucho. Y luego como no he sido aficionado á las fantasías religiosas...

Me gusta ver claro.

—Ya sabía yo, Don Eusebio, que en su juventud, y aún en su edad proveya, fué Ud. asiduo lector de Voltaire.

—En efecto lo leí con mucho gusto.

—¿Y ahora?

—Ahora no leo casi nada, ó vuelvo á leer lo que leí.

—Así, ¿no se ha interesado Ud. por los nuevos rumbos literarios, por los novísimos cánones estéticos?

—Nó.

Y después de un silencio reflexivo:

—Hay algún ropaje, digamos así, con que se vista la poesía de hoy?

Indudablemente el poeta nos quiere hacer hablar. Comprende de que no hemos hecho sino buscar en su espíritu, y quiere hacer lo mismo en el nuestro, y me pregunta sobre algo que, de seguro, conoce.

Aceptando el engaño, digamos las diferencias que hay entre el antiguo y el moderno sentir artístico. No atacamos, ni preconizamos teorías, las expusimos, tranquilamente, sencillamente.

Nos escuchaba, con atención, y, al terminar, sonrió. Sonreímos también: nos habíamos comprendido: lo que decíamos. lo sabía él mejor que nosotros!



¿La obra del poeta?

Un verso suyo nos da casi toda su estética:

Para mi lira las sencillas flores.

Quiere la frescura de las formas vegetales. La blanda ondulación de los tallos, la gracia de las hojas erectiles, la delicadeza de los dibujos inverosímiles del ramaje, las sombras y los verdes, la nieve de los juncos, el oro de los retamos, las llamas de las rosas, las lágrimas azules de las violetas. El perfume de todos estos maravillosos asomos del misterio terreno ha sido el aire vital para los cantos del bardo. To los ellos, con excepción naturalmente de los patrióticos, están impregnados de aromas agrestes. No se han separado de la tierra. Esta es para la pupila del poeta, tan honda y está tan constelada como el azul. En ella están los ideales verdaderos y los celestes ensueños corpóreos...

¿A qué las inconsistencias fantasmagóricas de tanto sistema filosófico explicativo de algo tan sencillo como la vida? ¿A qué seguir las de los especulativos, cuando aquí abajo tenemos las seductoras explicaciones que nos da el amor?

¿A qué helarse con el frío contacto de la inmensidad oscura cuando la tierra nos solicita con su alegre, sana y cálida orgía de luz y de color?

Sus pensamientos no han sido, pues, parásitos de la sombra.

El misterio no le debe ni una mirada.

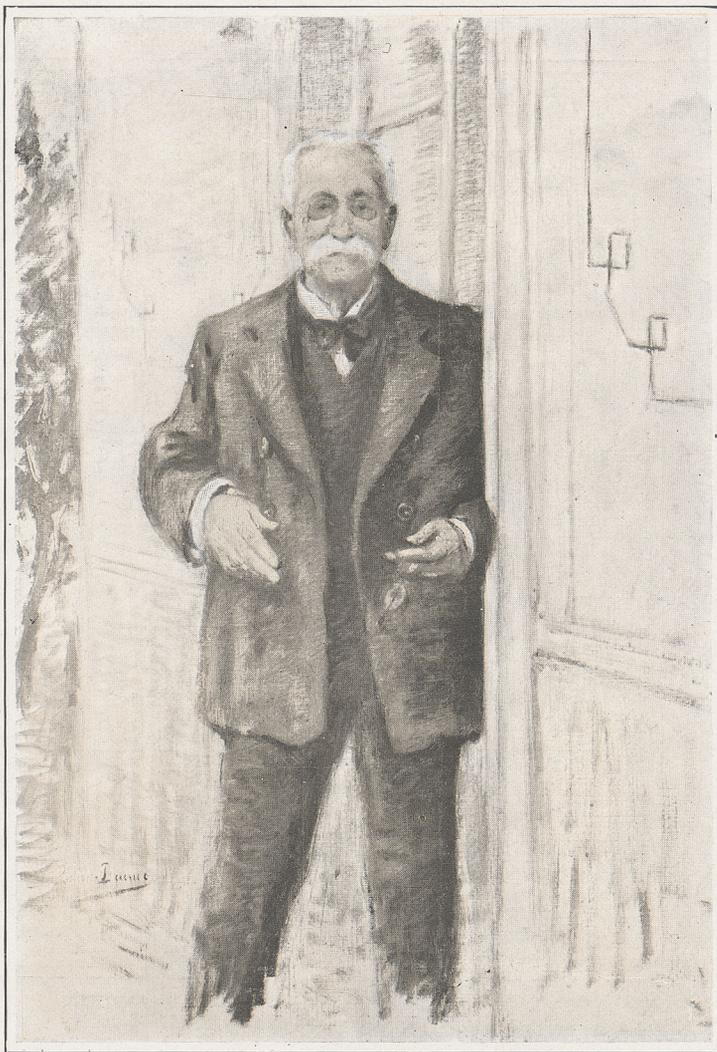
Siente el aletear de las auroras futuras como el de una banda de palomas que arrullara en el secreto de las selvas.

El mañana lo tiene sin cuidado.

Sus vivas pupilas no han tenido nunca el presentimiento luminoso de las estrellas por venir.

Risueño, exquisito, catador de la vida, ha mezclado el vino de las rosas con la nieve estival de los jazmines. Sin preocuparse de los sueños ni de nubes ha cantado, reído y soñado, siguiendo la ligera línea de su concepto pagano de la existencia y del mundo.

Si hemos tenido un artista sencillo, liviano, de jugueteadora



Don Eusebio Lillo en la intimidad

elegancia fraseológica, cuyo acento ha señalado la serena placidez de los griegos, ha sido Don Eusebio Lillo.

Es inútil paladear sus versos si se busca una gota de amargura; inútil asir su vaso ríamico si no es para beber una sana alegría.

Su espíritu es ligero y chispeante como la espuma

Se desliza plegándose y desplegándose en sutiles revueltas e inflexiones de brisa por entre el siempre flexible ramaje de su verba rimada.

Va en un permanente rebullir de risueño escepticismo. Se conmueve más ante la delicadeza de las flores que ante la grandeza de las ideas. Al mundo que habla, piensa y lucha, prefiere el mundo que aroma...

Cierto que en su juventud fué deportado por su entusiasta complicidad en el lampo del 20 de Abril; pero su actitud duradera, definitiva, ha sido la de un poeta silenciosamente epicúreo.

El viejo Horacio lo habría convidado á la mesa, en la quinta de Tibur ó en la cabaña de Torento y lo habría sentado junto á su predilecta esclava bárbara Cloe, á la hora en que el exquisito ritmador latino abría una de sus odorantes ánforas griegas llenas del oscuro Palermo ó del clarísimo Sabina.

Pero no es todo.

La obra de Lillo tiene un matiz heroico.

La gloriosa perdurabilidad de su nombre debe mucho al himno patrio. La sencilla elevación de los versos de ese himno parece haber tomado algo del bronce que los evoca. Es un triunfo de las afinidades electivas en la turbadora alquimia de lo prodigioso... La palabra hecha bronce.

Pero Lillo, al soplar, como todos los poetas de su tiempo, los vibrantes clarines americanos, lo ha hecho no con los acentos que despiertan la agresividad del patriotismo, ó del patrioterismo, sino con los que rememoran los instantes de gloria, las victoriosas explosiones de sentimiento colectivo. Sus cantos ignoran las acometedoras entonaciones de Tirteo; tienen los sentidos fervores, los juveniles entusiasmos de Poetefi.

El soplo de heroísmo que anima la vida toda de la naturaleza, que levanta la ola y el árbol, es el que pasa por sus estrofas temblorosas de aspiración.

Ese mismo soplo pasa por el poeta. Su ancianidad es adorable. Ochenta y dos años de vida no han podido agostar la viveza de su espíritu. ¡Y cuidado que habrá visto miserias!

Armónica con su juventud, su ancianidad no es la de un Hugo pletórica de ideas novadoras, cebrada de luces visionarias, ni la severa, áspera y Aquilina de un Algernon Charles Swinburne; no tiene ni un rasgo de las nevadas senectudes apostólicas y si mucho de la sonriente malignidad de la vejez de Voltaire y de la serena alegría de la vejez de Anacreonte.

Decid ¿no es esto legendario entre nosotros donde aún la juventud cuaja en los labios la risa ante los pavores de la sombra.

Su amor á las flores lo ha hecho imitarlas, bebiendo su savia, como ellas, en la tierra materna.

Sus raíces conocen los ocultos manantiales de las aguas vírgenes.

Estos son los lineamientos generales del poeta y de su obra.

Meditadamente no hemos trascrito composiciones suyas. Podrían encontrarse en ellas, aquí ó allá, algunos comienzos de ideas distintas de las que hemos indicado como caracterizadoras de su personalidad. Pero, observando bien, esos productos de la natural complejidad de todo espíritu, desaparecen ante el fondo de la obra, limpia de hastío y de dolor. Si estos dos elementos tan conocidos de la lírica mundial, hubieran ajado el corazón del poeta, su voz habría tomado inevitables inflexiones dolorosas.

Sin embargo, hay quienes acusan á los ojos del poeta de no estar inocentes de las lágrimas...

Aunque nadie, que sepamos, ha podido asir la verdad oculta en este delicado espíritu como en interioridades oceánicas, creemos, juzgando por su bella obra de sinceridad, que su alegría no es de las que tienen profundidades pavorosas.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

EL BANZAI DE BIRANUMA

DESPUÉS de los primeros golpes de la Escuadra de Togo, errados algunos, otros tan formidables como un mazazo en el cerebro, el Japón se reconcentraba como en un tanteo de sus fuerzas.

La duda pasó como una flecha envenenada apocando por un momento los caracteres. Pero el estudio de la situación fué rápida y se llegó á un convencimiento sereno: Porth Arthur, como lo había propalado la estrategia europea, era invencible por mar.

Entonces comenzó la verdadera ejecución del auténtico plan de guerra, con todas sus vastas ramificaciones que abarcaban una esfera de acción tan amplia, ni siquiera soñada por los más advertidos guerreros.

La gran movilización de fuerzas niponas comenzaba, pues, en seguida de los primeros desengaños experimentados en la histórica rada donde pereciera la juventud más brillante de la Marina mikadonal, sacrificada en un vanidoso ensayo imitativo de la hazaña de Hobssons, que exaltó al lirismo las facultades heroicas del Imperio.

Apreciada con espíritu crítico esta primera faz de la campaña naval, se llega á la dolorosa conclusión de que en aquella máquina en apariencias tan prodigiosamente montada, había un tornillo flojo...

Pero, sea lo que fuere, el hecho es que los héroes de Port Arthur, así como los héroes del 21 de Mayo entre nosotros, señalaron al derrotero, de la gloria el Ejército invasor.

No fué, pues, aquel un sacrificio estéril; así como el ataque audaz, antes de la

declatoria de guerra, fué dignificador del orgullo patrio.

Después de estos momentos, resonó como un vibrante toque de clarín en todo el Imperio el Edicto del Mikado, llamando á las milicias; y en un severo recogimiento



Nativo de Hokaido

se leyó aquel llamado á la muerte para la juventud.

Las ciudades fueron rápidamente des-poblándose; el exodo de Tokio era como

un caudaloso rio cuya corriente generosa arrastraba un torrente de almas templadas en las sublimes enseñanzas del samurai.

El espíritu caballeresco venía á golpear cariñosamente el alma guerrera; el **yamato-damashi**, flor cuyo perfume se esparce á través de veinticinco siglos de la historia de aquel pueblo, venía de nuevo á inspirar la moral de los caballeros con las máximas cortantes del **Bushido**. Y por todas partes, como en los tiempos del joven guerrero Wakizaba Jibel, había madres que despedían á sus hijos con esta frase: "Morireis seguramente. Este es mi último adiós!".

Estos jóvenes guerreros, antes de tomar la ruta que les indicaba el honor, y que ninguna otra autoridad reglaba dentro de la conciencia nacional, eran despedidos con la fiesta sencillísima de los amigos íntimos que les llevaban vitoreándoles al son de una banda de músicos infantiles, á la estación ferroviaria.

Rodeados de sus parientes y amigos de barrio—esta fiesta de **otomadachis**, como se llama en lengua nipona á los amigos, tenía un carácter moral tan grande dentro de sus proporciones limitadas, que el observador no podía sino deducir de ellos útiles enseñanzas.

✽

Los hermanos de Tokimatzu, la gheisha más europeizada de Yokohama, y, al decir de todos los turistas, la mujer más fotografiada en el mundo; los hermanos de la graciosa Tokimatzu también habían sido llamados al servicio militar.

Eran hijos de un samurai, de esa casta destronada de militares pensionados por el mismo Mikado, quien hiciera cesar en 1868, al cerrar la época feudal, el poder omnímodo de aquellos arrogantes señores.

El mayor de aquellos muchachos, Terutake, era un taimado nipón de cabeza redonda y de ojos pequeñísimos, de cabellera tenaz, de mirar esquivo; y el otro, Minoru, era la ingenuidad personificada del muchacho travieso y ligero en su sencilla simpatía.

Llevaban el apellido Hirosé, de uno de los héroes de Port Arthur. Amaban la guerra y se exaltaban al pensar que luego marcharían al frente. Odiaban al novio de Tokimatzu, al pintor Bazuske, laureado en los salones artísticos de Tokio, porque era un socialista de la escuela del agitador Osaki que había estigmatizado en el Jiji, con las frases de Víctor Hugo, á la guerra ó llamando á sus parciales al odio á la guerra.

En casa de Tokimatzu, mientras sus hermanas Tama-Ko y Kin, danzaban al son de los lánguidos acordes del shamisen, se había trabado más de una vez esta cuestión de principios, en la que el pintor no se daba á los razonamientos airados de sus contradictores.

Y entonces Tokimatzu intervenía aplacando á sus hermanas y dando una escusa á su novio.

Bazuske era un elegante. Nadie llevaba como él, con tanto donaire, su kimono gris forrado en seda, ni calzaba ghetas de madera más fina ni tabis más inmaculados que los suyos.

La cabeza estaba llena de ideas nuevas recojidas en los libros europeos y en más de un viaje por Estados Unidos. Era un joven de treinta años, vehemente, ilustrado, soberbio de su superioridad intelectual. Dominaba sin contrapeso en casa de las tres gheishas, una de las cuales apenas frisaba los 14 años y ya desarrollaba las danzas más complicadas, imitando á maravilla los jestos trágicos del más grande de los actores clásicos del Japón, Danguero. Cuando Kin bailaba estas danzas guerreras, el artista trataba de disuadirla á enmendar rumbos y le aconsejaba dirigir sus facultades al estudio de los poemas.

Y entonces él le declamaba enfáticamente éste, sobre el amor: "En mi corazón, el amor corre impetuosamente como al pie de la montaña un torrente oculto entre el bosque".

—¡Oh!—yo amo á la guerra y canto como Sade Yako á la guerra Emperatriz Yugo! ¡Cómo traducía aquella muñeca los sentimientos de una época tan lejana! Su mímica era diabólica y ferroz en algunos pasajes y uno sentía, viéndola danzar, que surgía la figura trágica de la Emperatriz de Corea!

—¡Oh!—decía al fin Bazuske—dirigiéndose á Tokimatzu—esta muchacha me fatiga con sus danzas militares. Y luego, no se oye hablar sino de la guerra; de manera que á nuestra vista se extiende á todas horas una siniestra mancha de sangre. Más de una vez he arrojado con rabia los pinceles empapados en rojo. Y en alguna ocasión, por una aberración del sentido pictórico, intenté pintar ramas de cerezas en flor con los tonos del punzón.

Bazuske había hecho la caricatura del patriotismo en un cuadro de tristeza abru-

madora: un soldado que volvía de la guerra, con la frente abatida, bajo el peso de la vergüenza al no haber encontrado la muerte en los campos de batalla; un soldado que se había quedado sin hogar, sin padres, sin hermanos, su prole aventada por la desolación y el hambre. Mirando su casa desierta, ese soldado mostraba en su frente la arruga dolorosa del que llega á una cosa horripilante, que le coje de sorpresa en una revelación que ilumina una vida, abriendo á la luz un cerebro apagado...

Aquel cuadro, digno del pincel de Hokusai, no había sido comprendido por otra persona que Tokimatzu, la guardadora del secreto y de la cruel ironía.

Y un día que Bazuske hacía alarde de su despegue profundo á la milicia, llamada por él con los epítetos de asesina y pretoriana, Tokimatzu le echó en cara su arranque de audacia para exhibir una obra insultante de la idea patriótica.

—Aquí no hay nadie que comprenda eso...—contestó Bazuske.

—Y yó...?



En las puertas de un templo

—Ah! Tú eres una occidental, influida de las ideas europeas. Tus mismos ademanes de modelo, tan celebrados en el mundo, son de una europea. Tú no tienes sino el Kimono japonés...

Dulcemente rebatía Tokimatzu las ideas de su novio, demostrándole que ella era tan patriota como la más porfiada samurai.

✽

Por donde se iba en aquel tiempo de los cerezos, que esparcían en toda la extensión de Yokohama la poesía de la flor sagrada en el estremecimiento de la primavera; por donde uno iba no se oía otra palabra que la de Porth Arthur: se hablaba, se cantaba, se decía con el pensamiento, se veía escrita en las rosas que lle-

vaban pendientes de los cabellos y que temblaban como una promesa sobre el peinado de las gheishas. A la caída del sol pasaban cantando himnos de guerra las procesiones de niños vestidos de generales y almirantes, con sus patillitas y bigotes postizos, con sus espadas desenvainadas, graves, como hombres grandes, que hubieran aprendido á conciencia el patriotismo, que lo sintieran por manera extraña al oír su ¡banzai! al sentir los acordes de su canción que evocaba el pasado, dando la impresión de un desfile de shogunes, daimios y samurayes, lenta, solemne, rodeando la litera del Mikado, cerrada á los ojos de los simples mortales; ó al ver agitarse sus símbolos de guerra, rojos, que temblaban con su aleteo de victoria en los adornitos de papel, en las linternas, en las banderas, y que parecían tomar vida propia en los momentos en que esos niños cantaban á la futura victoria de Porth Arthur diciendo que "el Japón estaba muy bien en la guerra", que todos lecían que era el primero en bravura, que todos deseaban dar su vida á la Patria, y saludar, al morir, al Sol Levante!". Y el estribillo repetía: "Todos dicen que el Japón está muy bien y que es el primero en el orbe entero!".

Los ecos de estas canciones infantiles al caer la tarde, este saludo al Sol, que tenía toda la belleza dramática de un cuadro que podría pintarse pero que es imposible describir, evocaba en los que vagábamos por aquellas tierras el recuerdo de la Patria lejana y nublaba nuestros ojos...

El eco de las palabras de los futuros soldados se perdía, se cruzaba; la vibración de las voces infantiles rasgaba con sus notas agudas el espacio; y el coro de voces vagaba á la luz de las estrellas, y del mar á la montaña no se oía sino la candorosa canción, que cantada por los niños al morir el Sol había de repercutir en el corazón de los guerreros y decirles con la ingenuidad del patriotismo que el "Japón estaba muy bien... que era el primero!".

✽

El alma de Bazuske permanecía fría á todo este esplendor, á este refinamiento de la cuerda patriótica que no le había cojido jamás con ninguno de sus sagrados entretenimientos.

Un día, en aquellas amargas horas de espera de la victoria de Port Arthur, después de haber marchado al frente los jóvenes Hirosé, y de haberles acompañado á la estación en una animada procesión de otomadachis; después de haber escuchado, haciéndoles el círculo de la gloria, con todas las banderas en alto, el juramento de morir por la patria, Tokimatzu volvió á hablar á su novio de este sagrado deber.

—Tú deberás partir bien pronto—dijo le. Las primeras falanjes de bravos ya han tenido en la montaña de 203 metros. Ya ves, el mismo viejecito Nakamura, arrastrándose con sus piernas de valetudinario, ha escalado la cima moscovita para caer entre sus soldados. Todos los ancianos y las mujeres, si fuere menester, caerán como ellos en defensa del Sol Levante!

El pintor movía su cabeza pensativa.

De pronto, tomando las manos de su novia, perfiladas como un marfil de Kio-

EL BANZAI DE HIRANUMA

te, díjole que creía en el ideal, en el amor, en una patria universal.

Tokimatzu le miró espantada.

—¿Acaso no amas la patria del Mikado, de tu familia, del heroico Salgo, de tu novia?

—¡Oh! sí, mucho, hasta el delirio; pero detesto la guerra... Querría marchar muy lejos para no oír hablar de estas matanzas sacrílegas...

Un rayo de esperanza venía luego á iluminar el corazón de la gheisha.

—Bazuske, no has visto jamás el **banzai** de Hiranuma. Todos, hasta los extranjeros que tanto nos odian, se sienten conmovidos al ver pasar nuestros soldados bajo los arcos triunfales, y vibran sus corazones al unísono de los nuestros, al oír el grito sagrado de **banzai!** Ven mañana conmigo, te lo ruego...

La **gheisha** tomó su shamisen y cantó á media voz un poema de otoño. Su cuello se doblaba sobre el hombro de su amado balbuceando: "cuando en otoño, pienso que todo tiene su fin, como las hojas secas que caen, todo me inspira la tristeza. No es para mí sola que llega el otoño; porque yo siento la tristeza al escuchar el canto de los insectos".

✽

—A Hiranuma, pronto!

—Ayako!—se oía en todos los contor-



Tocadora ambulante

nos de Yokohama, gritar á los kurumayas que corrían desbocados arrastrando sus cochecitos.

Una incontable procesión había partido del Parque de los Cerezos que simbraban

sus ramas cargadas de flores, como en un saludo á los patriotas.

Todo lo feérico que la imaginación de un artista pudiese concebir resultaría pálido como cuadro descriptivo de aquella manifestación estupenda. Millares de hombres, mujeres y niños, ajitaban banderas, símbolos, linternas y de todos los puntos de la ciudad converjían comités de ciudadanos con sus bandas de músicos que entonaban himnos cantados en coro por la multitud delirante.

Se ascendía un poco la pequeña montaña en cuya cima Hiranuma, resplandeciente, parecía una ciudad de luz en el espacio.

¡Qué corazón no palpitaba con fuerza al encontrarse en medio de aquel cuadro único por su fantasía y por su vibración exótica!

En medio de aquella multitud, Tokimatzu buscaba con ojos anhelosos á su novio.

—¿Quién sería capaz—pensaba—de no gritar á pulmón lleno, con todo su ser, el glorioso **banzai!**

La multitud, airemolinada en torno de la estación esperaba febrilmente la hora de llegada de la Guardia Imperial que iba apresurada á llenar los claros del Ejército de Nogi en Port Arthur.

Corrían por todas partes personas que conducían obsequios para los soldados, y se oía gritos, encargos, frases cariñosas y alegres, en medio de un tumulto simpático que tocaba cierto límite discreto del desorden.

Sobre su kuruma, Tokimatzu, de pie, á la luz de las antorchas y al resplandor de las linternas que parpadeaban, su figura pálida de sobresalto en la espera de su amado, aparecía como la evocación de una heroína de los tiempos de Saigo, brava y hermosa como la cantaron los poetas. Su mirada se perdía en lontananza, anhelando traspasar las sombras profundas tras de aquel cuadro de luz y de armonía nacional.

—¡Oh!—pensó de pronto—esto es más terrible de lo que me imaginaba. Si él no viene, es un traidor...

Un **banzai** espantable resonó en el espacio, confundiendo con los quejidos asmáticos de la máquina que arrastraba penosamente aquel tren cargado de gloria...

Y el delirio de aquella multitud enloquecida hacía vibrar el aire, electrizando con su frenesí la atmósfera.

Tokimatzu extendió como una sacerdotiza sus brazos desnudos para saludar, y su cuello torneado y blanco y flexible como el de un cisne, doblábase á ratos entristecido...

El pensamiento de la afrenta invadía todo su ser, que se revelaba como en una protesta de raza.

—¡Nó! esto es imposible.—Romped las filas, marchad, gritó á su kurumaya, volved, pronto!

No quería ver más; tuvo vergüenza de seguir contemplando aquella gloria de su raza, sola, abandonada de su amor!

Se sintió invadida de una pena tan honda, que por primera vez en su vida expe-

rimentó el deseo de cantar á gritos su desgracia en la soledad de la noche.

Las flores de cerezo que arrastraba el viento, pasaban acariciando la frente de la gheisha en aquella carrera loca de los kurumayas.

—¡Que largo camino!— exclamó la



Un cómico vestido de Samurai

gheisha al entrar al vestíbulo de su casa, donde iluminaba la linterna el nombre de Tokimatzu en caracteres clásicos.

Sobre el tatami, en el mismo sitio preferido de los amantes y en el que se juraran tantas veces amor, encontró una despedida del pintor, tierna, respetuosa, poniendo al tiempo como mediador y al mar de por medio de dos corazones que se amaban á pesar de todo...

Tokimatzu recorrió febrilmente las líneas nerviosas de Bazuske, y arrugando entre sus dedos delicados la carta del viajero que huía de la horripilante guerra, cayó cubriéndose el rostro sobre el **tatami**.

Había algo más allá de la Patria que ella no había comprendido hasta entonces...

Su llanto, dulce como el rumor de la brisa primaveral que esparcía las flores de cerezo, ajitaba su cuerpecito en una débil palpitación de mariposa herida...

ANGEL C. ESPEJO.

Yokohama (Japón), 1905.

EL DOMINIO DEL AIRE

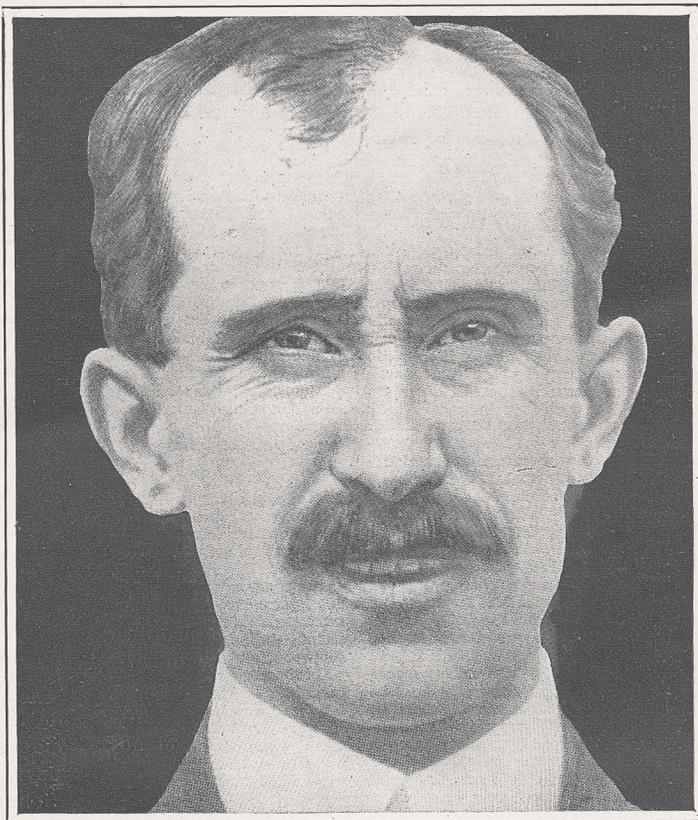
LOS descubrimientos se suceden unos á otros, con pasmosa rapidez y son de tal manera sorprendentes, que los últimos hacen olvidar á los primeros. Los rayos Roetjen nos permiten obtener la fotografía del interior de un cuerpo cerrado y sólido; el telégrafo sin hilos trasmite el pensamiento, á distancia, de manera misteriosa; el descubrimiento del **radium** convulsiona las viejas teorías científicas; luego se descubre la dirección de los globos. Ahora tenemos ya resuelto el problema de la aviación, el verdadero dominio de los aires, que habrá de convulsionar la humanidad. Porque entra en lo íntimo de cada gran descubrimiento el hecho de producir transformaciones sociales é históricas de incalculables consecuencias. ¿Acaso la vuelta dada al Africa por Vasco de Gama ó el descubrimiento de América por Cristóbal Colón no revolucionaron la historia europea? El descubrimiento de la pólvora y la invención de la imprenta ¿no trastornaron las relaciones de los pueblos, desarrollaron su pensamiento y dieron nueva forma á la vida pública? La invención de las máquinas perfeccionadas de la industria moderna ¿acaso no ha procurado nueva contestura á la sociedad entera, creando el capitalismo, la lucha entre el capital y el trabajo y nuevas capas democráticas y las corrientes que de ellas se derivan?

Ahora ya tenemos resuelto el problema del dominio de los aires, es decir, la construcción de máquinas que cruzan el espacio, siendo más pesadas que el aire sobre el cual se ciernen: Antes, solo se creía posible cruzar las capas del aire con los Globos que se sostenían por ser más livianos que él.

El polvo, ligero, de suyo, vuela bajo la acción del viento, así como los insectos que no pueden resistir corrientes débiles; vuela de igual modo el globo, por ser más ligero que el volumen de aire desplazado. Cuanto mayor es el peso de un ave, mayores son las dificultades que tiene para el vuelo. La más grande de todas, el Cóndor, no pasa de treinta libras. En cambio el hombre-cañón pesaba cerca de trescientas libras. Se comprendería que en Francia hubieran podido hacerle diputado, pero no que llegase á volar. Y, sin embargo, el milagro se ha realizado. Tenemos el dominio de los aires. Mediante una máquina ingeniosa, cualquier día, en el rigor del invierno, cruzaremos por encima de la nevada Cordillera de los Andes, para irnos, en unas cuantas horas, de Santiago á Buenos Aires, ha escuchar el canto divino de Caruso en la Opera. El descubrimiento, patrimonio por ahora de los adinerados valientes, lo será, como el de los automóviles, de todo el mundo, mediante un poco de paciencia.

La idea de la aviación, vino de estudiar el vuelo de las aves. Se observó que si los pájaros pequeños, como el zorzal y el jilguero, al volar desarrollan una fuerza muscular que el hombre jamás podrá tener á su disposición, en cambio las grandes aves como el Cóndor, el Aguila, el Buitre hacen esfuerzos relativamente insignificantes para cruzar la vasta superficie de los cielos en los cuales se ciernen con majestad tranquila. Despliegan sus alas, y son arrastrados por el viento, como naves aéreas, á inmensas alturas. Peale observó pelicanos que llegaban, sin aletear y sin esfuerzo visible, á 2,000

metros. Darwin vió cóndores que durante media hora se cernían por los aires. Se dice que el Albatros puede volar desde el cabo de Buena Esperanza hasta Australia, sin aletear. A primera vista parece que semejantes hechos contradicen las leyes de la gravedad. ¿Cómo, siendo más pesadas que el aire, esas aves se mantienen suspendidas en el espacio, y hasta parece que quisieran llegar á lo infinito en su insondable vuelo? La observación de la naturaleza vino á descubrir el secreto, y los globos, en su vuelo, llegaron á diseñar algo á manera de un mapa aéreo. Existe infinidad de corrientes en la atmósfera, horizontales las unas, verticales las otras, de velocidades y fuerzas diversas. Las aves, con admirable y secreto instinto, aprovechan la diversidad de esas corrientes para elevarse ó descender ó para mantenerse en el espacio, en igual forma que los buques de vela aprovechan los vientos en las inmensidades



Orville Wright

de los mares. A veces, el viento las coje por debajo de las alas, otras las empuja: Una ligera desviación, una inclinación cualquiera, la hace encumbrarse ó descender. La forma convexa de sus alas permite al ave deslizarse por encima del viento. Se notó, mediante la observación, así mismo, que las grandes aves, para elevarse al espacio necesitaban hacer considerable esfuerzo. El cóndor tiene que tomar una carrera, para emprender su vuelo, y cuando no tiene espacio para correr, es fácilmente cojido por el cazador. Se dijo que si un ave pesada podía vencer esas dificultades ¿porqué no había de poder hacerlo de igual modo el hombre? Se necesitaba, eso sí, dos elementos indispensables: la energía de fuerza necesaria para sostener contra el viento las alas artificiales, y en seguida, la habilidad para mover esas alas según las corrientes de la atmósfera y para guardar el conveniente equilibrio.

Y los antiguos concibieron tanto el problema como la posibilidad de resolverlo. Según refieren las crónicas, en los Palacios de los Califas de Córdoba se vió como

un moro exhibía un extraño aparato provisto de alas y de resortes poderosos, destinados á volar.

Un grande artista, de inteligencia universal, arquitecto, ingeniero y pintor de genio, Leonardo de Vinci, el célebre autor de la **Cena**, trató de resolver el problema del vuelo humano, trazando los diseños de un aparato, en extremo parecido al que inventó y usó con gran éxito el célebre aviador Lilienthal. Estos planos se conservan en el Museo del Louvre.

El ingeniero Otto Lilienthal, de Berlín, después de estudiar el vuelo de las aves pesadas, que **no aletean**, de las que se dejan arrastrar por las corrientes atmosféricas, resolvió construir un aparato, provisto de grandes alas artificiales, parecidas á las de las aves. El hábil y audaz hombre de ciencia consiguió volar, recorriendo espacios de trescientos y cuatrocientos metros, evolucionando á través de la atmósfera. Según decía los cambios de dirección se obtienen con la simple transposición del centro de gravedad. El manejo de las alas y la marcha en contra del viento, eran cuestión de práctica. El aparato de Lilienthal consistía en un par de alas de quince metros cuadrados de superficie, en un esqueleto de bambú recubierto de algodón. Entre las alas estaba el aviador, y tenía un timón en forma de cola.

Lilienthal ejecutó sus arriesgadas ascensiones á través del espacio, con bastante éxito. Pero no se atrevía á volar cuando la velocidad del viento era de nueve metros por segundo. Pero los vientos vivos, levantados de súbito, le ofrecían peligros inmensos, elevándolo, de súbito, á enormes alturas, para dejarle caer de golpe. Había resuelto el problema de volar como ave **venera**, quiso moverse **aleteando** para lo cual, empleaba cuatro alas movidas por un pequeño motor de ácido carbónico. El peso total del aparato con el aviador era de tres quintales.

Un golpe de viento súbito le cojió inesperadamente el 13 de Agosto de 1896, precipitándolo en dirección vertical y produciéndole una muerte instantánea. Era un héroe-mártir de la ciencia.

En vista de semejante resultado, hubiérase podido creer que los más audaces abandonarían para siempre la idea de resolver problema tan peligroso, en cuyo término esperaba la muerte. Pues sucedió precisamente lo contrario, tan lleno de negaciones y de contradicciones se presenta el espíritu del hombre. Fué precisamente la noticia de este suceso trágico lo que vino á despertar el entusiasmo de los hermanos Wright por el estudio del nuevo espíritu.

Según dicen ellos, fué tan solo en el trascurso del verano de 1896, al saber la muerte deplorable del aeronauta alemán, cuando ellos dirijieron persistentemente su atención al problema del vuelo. Estudiaron con gran interés los **progress in Flyng Machines**, de Chanute, los **Experiments in Aereodynamics** de Langley, los **Aereonauts Anuals** de varios años, los folletos del **Smithsonian Institution**, y los artículos de Lilienthal, que acababa de morir. Ante la muerte de éste, se creyeron llamados los Wright á figurar entre los profetas de la aviación; su inextinguible entusiasmo les movía, transformando su curiosidad pasiva en celo de creadores.

Como personas de espíritu eminentemente práctico y americano, los jóvenes

Wright escogieron la más útil, aún cuando la más peligrosa entre las dos escuelas de aeroplanos, la del vuelo planeado, en la cual había perdido la vida Lilienthal. ¿Por qué no buscaron la solución por el camino más fácil? Comprendían la extravagancia y el derroche de construir máquinas tan delicadas como costosas, cuyas alas nadie sabía mover; preferían los aparatos de alas rígidas, como las de las grandes aves que apenas las agitan.

La primera afición de estos jóvenes por el vuelo aéreo se había despertado de un

aeroplano, pero los experimentadores encontraron que ese era, precisamente, el problema por resolver. A una pérdida de equilibrio, causada por una ráfaga súbita, debió su muerte Lilienthal.

El primer modelo de los hermanos Wright, imitaba el aparato de Lilienthal en las superficies sustentadoras, con un perfil en arco de parábola y una flecha de 1|12; pero en vez de tener 15 metros cuadrados, como el alemán, fué llevado á 29. Pero tuvieron que abandonar este modelo. Descubrieron, además, en sus ensayos, que las tablas de precisión de aire eran inexactas. De igual manera tuvieron que abandonar muchos de los principios científicos tenidos hasta entonces como inconclusos.

Constataron, entre otras cosas, en el curso de sus experimentos, que al revés de lo afirmado por la enseñanza clásica, el centro de presión, en el caso de una superficie curva, se dirigía hacia atrás á medida que el ángulo de superficie con el viento se hacía más agudo. Comprendieron que necesitaban estudiar científicamente y á fondo los problemas, cuyos ensayos habían sido para ellos desalentadores. Les ayudó un sabio americano, Mr. Chanute.

Prosiguieron sus ensayos. En el mes de Septiembre de 1902, los Wright ejecutaron un millar de vuelos planos de más de 200

metros de extensión, algunos en contra de un viento de 36 millas por hora. En 1903 hicieron otra serie de vuelos durante los cuales se mantuvieron en el espacio por más de un minuto en un punto dado.

Una vez que poseyeron los datos precisos para sus cálculos y un sistema de equilibrio eficaz, construyeron un aeroplano de motor, previendo un peso de 600 libras, que fué aumentado en 150 libras más al descubrir que el motor era más poderoso de lo esperado.

Las tablas arregladas por ellos, para las corrientes de aire, les permitieron fácilmente la construcción de las alas del aparato.

En cuanto á las hélices, esperaban pedir á los ingenieros navales una teoría de sus propulsores. Pero supieron que éstos procedían empíricamente, y **sin teoría de hélices propulsores**. Tuviron que resolver por su cuenta este problema del aeroplano. Los primeros vuelos del aeroplano con motor fueron efectuados en Diciembre de 1903. El primer vuelo duró 12 segundos; el cuarto, 59, en

contra de un viento de 32 kilómetros por hora. Era la primera vez, en la historia del mundo que una máquina, llevando un hombre se elevaba por los aires con vuelo libre y describía un curso horizontal sin disminuir su velocidad.

El aparato, era imperfecto. El 17 de Noviembre de 1905 los hermanos Wright cantaban victoria, ya se veía su triunfo, y escribían la siguiente carta: "El 6 de Septiembre hemos logrado vencer nuestro record del año último que era de 4 kilómetros 500 metros. El estado de humedad del suelo, resultado de lluvias frecuentes en verano, ha contribuído grandemente al éxito. El 26 de Septiembre hicimos 17 kilómetros 961 metros en 18

minutos 9 segundos. El 3 de Octubre nos mantuvimos en el aire veinticinco minutos y recorrimos 24 kilómetros 533 metros.

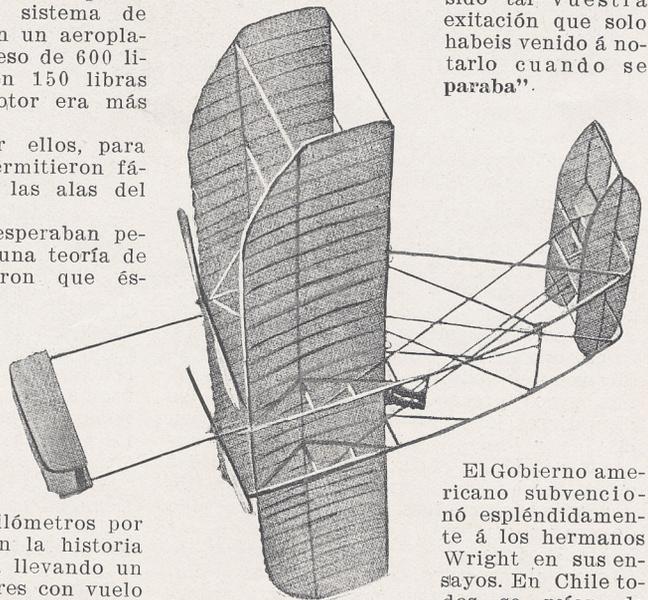
El 5 de Octubre, por falta de esencia, solo nos mantuvimos por espacio de 38 minutos en el vuelo, recorriendo un espacio de 38 kilómetros.

En 1908 los progresos han sido considerables.

He aquí lo que dicen los hermanos Wright: "Para formarse una idea aproximada de la manera como el aparato funciona, el lector no tiene más que representarse los preparativos de partida. El aparato es instalado sobre un monoriel que hace frente al viento y sólidamente atado á un cable. El motor funciona, y tras de él las hélices comienzan á girar.

Os sentais en el centro del aeroplano, al lado del conductor. Este suelta el cable, y os lanzais hacia adelante. Un apoyo que mantiene la máquina en equilibrio sobre el riel, se lanza con vosotros, pero á los pocos metros os abandona. Antes de llegar al fin del monoriel, el conductor lanza el timón adelante y el aeroplano se eleva como volantín que sufre la presión del aire. El terreno á vuestros pies, os parece una mancha; pero á medida que os elevais los objetos se destacan, á una altura de 30 metros. Fuera del viento que os azota el rostro, no experimentais la más leve sensación de movimiento. El conductor mueve una palanca, el ala derecha se eleva, y el aeroplano se inclina hacia la izquierda. Experimentais una virada muy rápida, pero no teneis la sensación de que os arrancarán de vuestro asiento, como en automóvil ó en ferrocarril. Os encontráis ahora frente á vuestro punto de partida, y los objetos parecen moverse con rapidez mayor, aún cuando la precisión del aire sobre vuestro rostro no se nota—es que ahora marchais con el viento".

"Cuando os acercais al punto de partida, el conductor para el motor y la máquina decide oblicuamente al suelo. Aún cuando bajeis con una velocidad de una milla por minuto, no sentís el menor choque, y os sería imposible precisar el momento en que habeis tocado el suelo. El motor producía un ruido infernal durante el viaje, pero ha sido tal vuestra excitación que solo habeis venido á notarla cuando se paraba".



El aeroplano Wright en pleno vuelo

El Gobierno americano subvencionó espléndidamente á los hermanos Wright en sus ensayos. En Chile todos se reían de Don Francisco Miralles cuando inventó su aparato. Y el roto á quien colocó sobre una muralla, para que se arrojase de allí al espacio, le respondió tranquilamente: "—Patrón ¿no sería mejor que volásemos de abajo pá arriba?".



Wilbur Wright

hecho, al parecer, insignificante. Newton concibió la primera idea de la gran ley física de las pesantes al ver como caía de un árbol una manzana. Los dos americanos eran niños en 1878, cuando su padre les llevó, como regalo de Pascua, un objeto que llevaba escondido. No bien entró á la pieza cuando lo arrojó al aire. Y en vez de caerse, como los niños temían, subió por el aire hasta llegar al techo, revoloteando en seguida. Era un lindo juguete llamado "hélicoptero", que los niños Wrihth bautizaron con el nombre de "la lechuza", y se componía de un esqueleto de caña cubierto con alas de papel y dos hélices movidas en sentido inverso por elásticos. Los niños, con el ingenio mecánico de la raza americana, fabricaron iguales juguetes, á su turno, y con esto quedó grabado en su cerebro infantil la idea del vuelo por los aires.

La muerte de Lilienthal afebró su espíritu, y se consagraron al estudio del problema hasta el año 1900. La actividad científica se encaminaba entonces en aquella dirección. Máxim gastaba 500,000 francos en ensayos,—toda una fortuna—y decepcionado, los abandonaba. La máquina Ader, construída por cuenta del Gobierno francés, fracasaba. Lilienthal y Pilcher perecían. Chanute abandonaba sus experimentos, y Langley, por cuenta del Gobierno de la Unión Americana, hacia ensayos secretos.

El primer aeroplano construído por los hermanos Wrihth emprendía el vuelo en Kitty Hawk, en el Estado de Carolina del Norte, en Octubre de 1900, en forma de máquina destinada á elevarse como un volantín, con un hombre adentro, con vientos de 15 á 20 millas por hora. Constaron que para elevarse necesitaban vientos mucho más poderosos, lo que no era frecuente. Fracasaron también en el problema del equilibrio. Parece, á primera vista, que fuera fácil el equilibrio de un

VIÑA DEL MAR



Viña del Mar.—Chalet del Señor D. A. Ross

ANTES que el Otoño levante sus primeras brumas ó deje caer sobre la tierra húmeda por el aliento precursor del Invierno; sus hojas amarillas; escribo esta crónica haciendo recuerdos, que no están muy lejos, que apenas son de un ayer iluminado de sol y cruzado por vuelos de gaviotas.

Es posible que sobre estas cuartillas, caiga, mientras escribo, una de esas hojas que mueren primero y que se me imaginan seres precoces y delicados,—almas de mujeres jóvenes—que de prisa conocen la vida y luego la abandonan, como cansadas yá. Mejor sería: que el anuncio del otoño, hecho en la melancólica misiva de una hoja seca, viniera á comunicar un poco de sentimentalismo á estas líneas que os hablarán de sol, de mujeres hermosas, de frescas olas verdes convertidas en espumas, de alas de aves marinas y de amores; sí, también de amores, de esos amores que son como sombras de alegrías y cuyo refugio ha sido la tiendecilla de playa la arena humedecida por el discreto beso de una ola.

¡Viña del Mar!

Por sí solo, el nombre es sugestivo y evocador. No sé que hay en la combinación de esas tres palabras, que al pronunciarlas, parece que á la mirada acudieran las visiones de una marina azul é infinita; á los oídos, la música estraña de rom-

pientes que chocan y al alma, la invasión de perfumes de rosas y suspiros que asoman, sus rostros azulejos por sobre las tapias blancas; aroma sano y salobre de agua marina, de algas azotadas por el viento, y también, lo que siempre va unido irremisiblemente á todo recuerdo de la vida; la memoria dulce y acariciadora de unos ojos de mujer en donde habeis visto reflejarse el mar y el cielo; el recuerdo del aroma de un corpiño, de un pañuelo, del pomo de una sombrilla que un instante feliz llevasteis en la playa mientras vuestra compañera os hablaba lento y quedo...

La vida en este pueblecito encantador, tiene su carácter propio. Existencia corta y dulce de tres meses, lijera como un sueño matinal.

Cuando Diciembre toca a su fin y la primera hoja empolvada de un olmo cae sobre la blancura de un jazminero florido; ya los cuidadores de estos chalets que permanecen cerrados todo el invierno, abren las ventanas claras, descorren las cortinas y dejan que la brisa marina barra el polvo agrupado en rincones y muebles.

Un día cualquiera, cuando se ha oído el pitazo de la locomotora que llega á la estación, á los pocos momentos se ve por la calle polvorosa y desierta, el break de los patrones que avanza á todo trote, lleno

de equipaje, anunciador de la larga temporada.

Así, poco á poco, empiezan á recobrar vida todos estos castillejos encantadores, á abrir sus balcones, por donde se ha colado audazmente y con todo descaro, la copa fina de un suspiro azul, como atisbando curiosa, precisamente en la ventana que corresponde á la alcoba de una mujer...

Un día, pasando silenciosos tras la reja de uno de estos jardines, oímos una voz de cristal que puebla el silencio de la siesta, de tranquila alegría. Es una romanza, el trozo de un dúo, recuerdos de la ópera última oída en Santiago, vueltos á evocar en la dulce pereza de estío que adormecen susurros de abejas y chocar de ramas agitadas por el aire.

Es á veces, tres ó cuatro notas de un piano, que repercuten sonoras en la quietud del pueblo. Ha sido un motivo musical insinuado tras una enredadera de clemátides color ópalo, tocado por manos invisibles.

Luego, silencio. Y después, ese mismo motivo, envuelto en un torrente de armonías que parecen llamar á la vida á todas aquellas blancas viviendas que surgen graciosas de entre jardines.

Nos detenemos para ver, para acechar, obsesionados por una curiosidad irritan-